

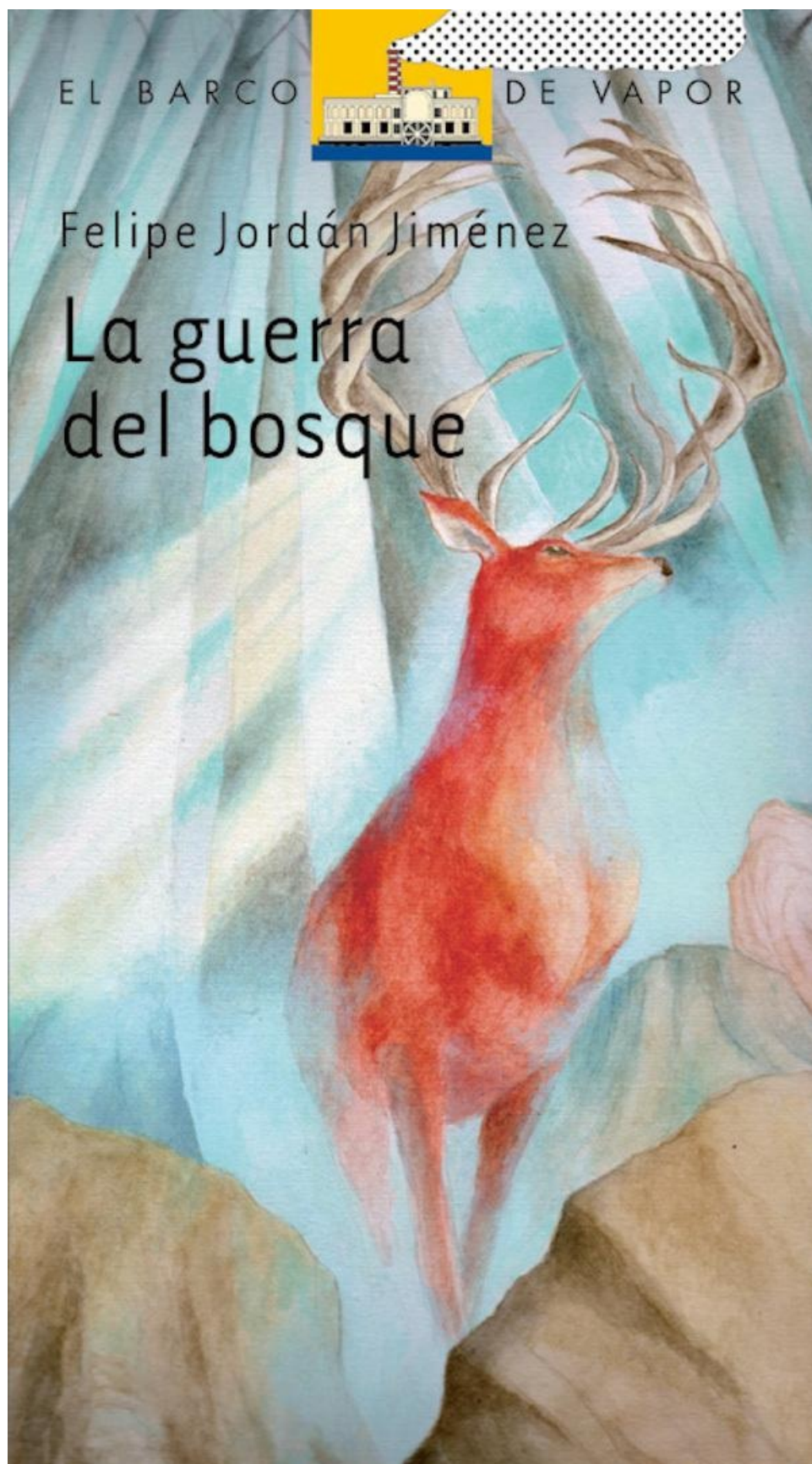
EL BARCO



DE VAPOR

Felipe Jordán Jiménez

La guerra del bosque



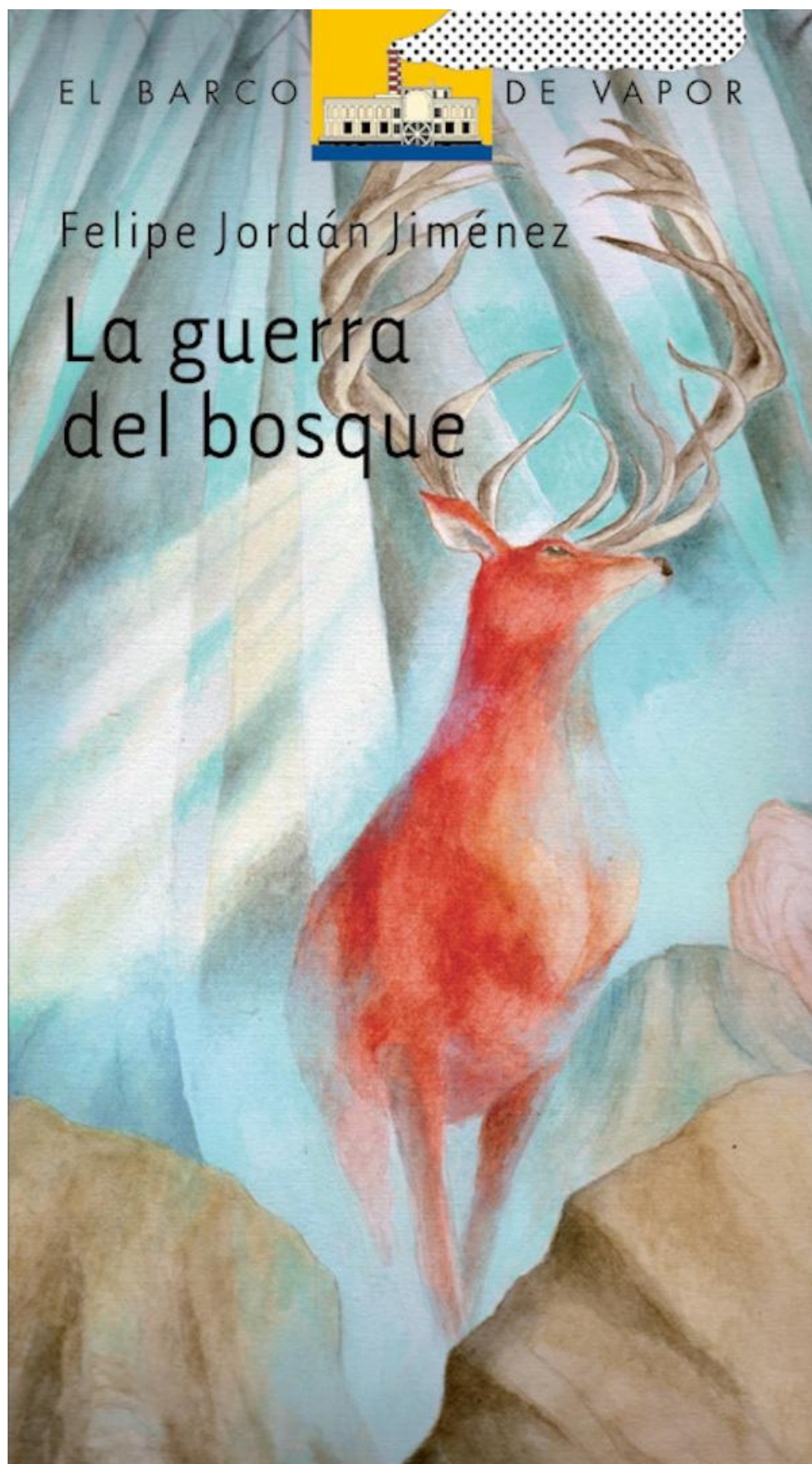
EL BARCO



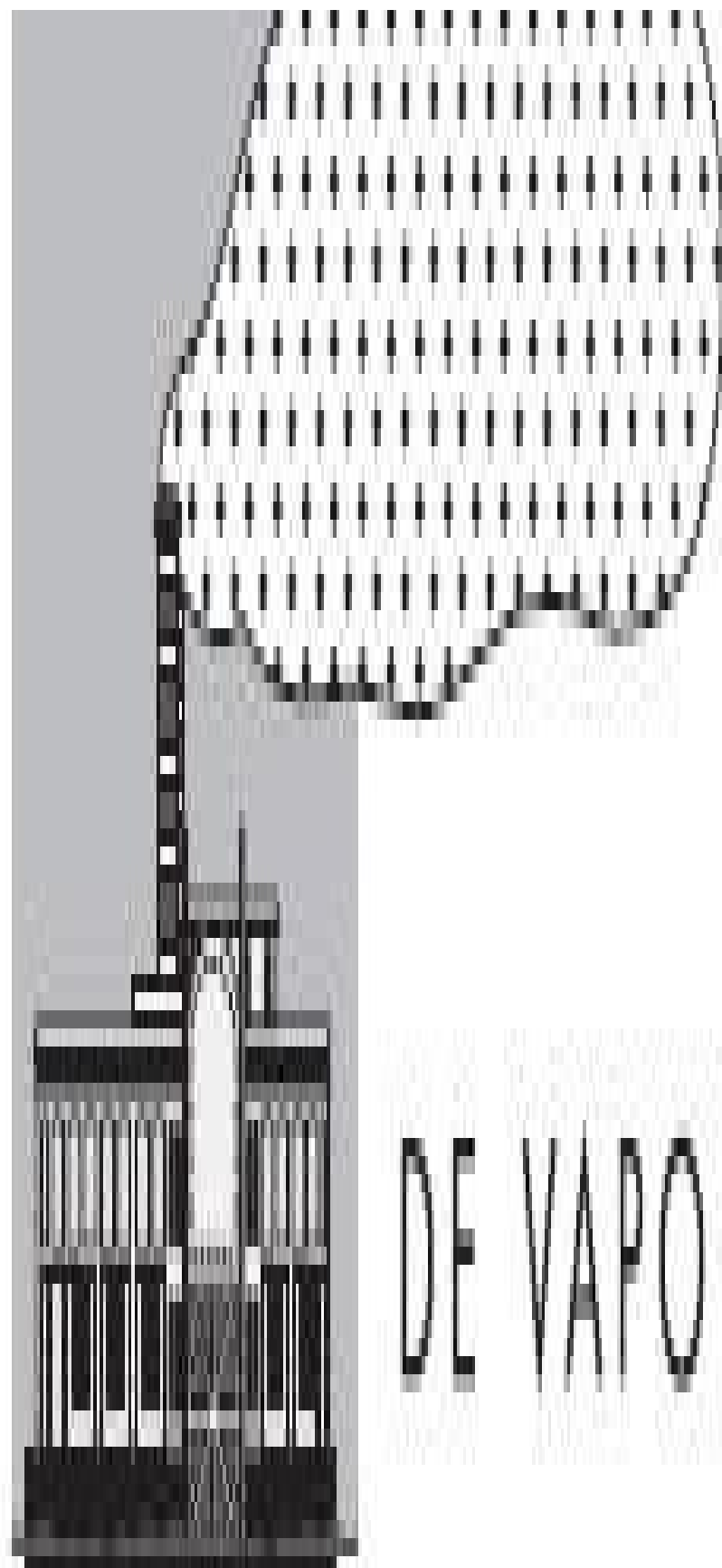
DE VAPOR

Felipe Jordán Jiménez

La guerra del bosque



EL BARCO



DE VAPOR

La guerra del bosque

Felipe Jordán Jiménez

PREMIO AL MEJOR LIBRO PUBLICADO PARA
NIÑOS Y NIÑAS MARTA BRUNET 2009, DEL
CONSEJO DE LA CULTURA Y LAS ARTES

ACCOG

11

La guerra del bosque

Ilustraciones: Malena Eysymontt

Dirección literaria: Sergio Tanhnuz P.

Dirección de arte: Carmen Gloria Robles S.

Diagramación: Pablo Aguirre L.

Producción: Andrea Carrasco Z.

Primera edición: junio de 2008

Tercera edición: abril de 2010

© Felipe Jordán Jiménez

© Ediciones SM Chile S.A.

Coyancura 2283, oficina 203

Providencia, Santiago de Chile.

www.ediciones-sm.cl

chile@ediciones-sm.cl

Registro de Propiedad Intelectual:

Inscripción N° 170.803

ISBN Papel: 978-956-264-532-4

ISBN Digital: 978-956-264-884-4

Edición Digital: marzo 2012

Impresión: Maval Impresores

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

■

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea digital, electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

■

N010CH

A la razón de mis palabras,

mi hija Florencia...

Y a mi sobrina Nati, por su cariño

(y a Caro, Vale, Romi y Eduardito,

porque los quiero).

De todos los lugares apartados del mundo, el más apartado era, sin duda, El Apartado, pueblo perdido en un valle entre volcanes semidormidos, cerros vestidos de bosques como mares verdes y potreros llenos de vacas llenas de leche.

Porque si de algo se puede estar seguro en esta vida, es de que El Apartado era un pueblo lechero. No importando lo lejos y escondido que se encontrara, ni que hubiese que atravesar un lago y recorrer caminos indomados para llegar hasta él, su gente se había empeñado en criar vacas y en vender leche. La mejor, la más blanca, la más sabrosa de las leches. No estaba escrito en ninguna parte, pero el lema de sus habitantes era: vacas, más vacas, y leche, mucha leche. Como se ve, era gente simple, pero muy clara para sus cosas.

Aunque la mayoría de los apartadinos vivía en las afueras del villorrio (lejos del supermercado, pero cerca de sus vacas), este congregaba un buen número de casas, dispuestas con holgura en torno a la plaza de armas, y alrededor de ella se levantaba el centro cívico, es decir, los cuatro edificios más importantes del pueblo: la iglesia, el colegio, el consultorio médico (donde también funcionaba el correo) y, por supuesto, la sede de la Cooperativa Lechera de El Apartado S. A., sociedad a la que todos estaban ligados de una u otra manera.

El Apartado era el lugar más tranquilo del mundo, donde había muchas celebraciones y pocas preocupaciones. No había televisión por cable (casi no había TV en realidad), por lo que la gente tenía que conversar y, como pocas casas contaban con teléfono, estaban obligados a hacerlo cara a cara la mayor parte de las veces. A trasmano de todo, era un pueblito sosegado, donde la vida transcurría sencilla y apacible... aburrida pensaría más de alguno. Sin embargo, hasta un lugar como este puede estremecerse de vez en cuando, sobre todo si en él vive un chiquillo como Rigo.

Porque Rigo era un niño... algo extraño, en eso estaban de acuerdo todos en el

pueblo, pero nadie dejaba de quererlo por ser así. Tímido, sin duda, callado y meditabundo también, era la antítesis de los demás chiquillos del lugar, tan bullangueros y traviesos. Él no. Aunque era amigo de casi todos, no participaba mucho de los juegos ni diabluras de los otros, que hartos hacían rabiar a sus padres y vecinos. Rigo prefería pasearse por los bosques que encerraban al villorrio en un manto de verdes hojas que junto a sus ramas y raíces casi se tragaba las casas del poblado. Siempre solo y sin prisa, observaba cada tronco, cada brote, cada insecto, con fijación de científico y paciencia de coleccionista.

Andaría por los doce años y no tenía mucho cuerpo; sin embargo, lo que le faltaba en porte, le sobraba en inteligencia y deseos de aprender, lo que hacía que todo el tiempo se le viera ensimismado y distraído, absorto en alguna lectura o perdido entre las nubes de sus ensoñaciones. Vivía en una casa pequeña, pero con mucho jardín, a la salida del pueblo junto al estero, con su papá, Martín, el veterinario; su mamá, Laura, la profesora, y su hermana Violeta, la alumna de tercero medio. Habían huido de Santiago algunos años antes para radicarse en ese diminuto punto del mapa sureño donde encontraron una vida más lenta y lánguida tal vez, pero también más amable y transparente. El chico era quien más se había beneficiado con el cambio, al crecer enamorado de esa naturaleza tan viva que lo rodeaba y entre la que se paseaba por horas, mirándola, palpándola, escuchándola con embobada fascinación.

Pero, con todo, Rigo nunca hizo nada fuera de lo común (aun para un niño como él), sino hasta ese verano aciago en que don Orlando Meyer instaló su infortunado aserradero. Don Otto, como le decían todos, no se imaginó que su funesta idea de explotar los bosques nativos de la región iba a desatar la tremenda trifulca que se armó, y todo por causa de un mocoso obstinado que se empeñó en arruinarle el negocio.

Pero la historia de Rigo comienza un poco antes, pasado el Año Nuevo, cierto día en que él y su padre, montados en la camioneta, corrían dando tumbos por un desastroso camino, rumbo a la casa de don Segismundo, un viejo parcelero que tenía unas cuantas vacas por las que vivía y moría, a tal punto que se decía en el

pueblo que doña Rosaura, su mujer, para lograr su atención, en vez de hablarle, le mugía. Era frecuente, entonces, que el viejo requiriera los servicios del veterinario y, como siempre que podía, el chico acompañaba a su papá, pues le gustaban los animales y ayudarlo le permitía estar en contacto con ellos. Además, aprendía un montón de cosas que aquilataba como un tesoro en su cerebro ávido de saber.

Cuando llegaron, don Segismundo los recibió algo compungido y con cara de “usted disculpe” que solo entendieron cuando vieron a doña Rosaura en la puerta, acompañada de una mujer baja, morena, de edad indescifrable y vestida con el atuendo tradicional de su gente. Todos sabían quién era y sabían, también, que ella y el veterinario no solían llevarse muy bien.

—¡Por san Rumiante... Le dije a mi mujer que no la llamara, pero...! —explicó por lo bajo el anciano cuando descendían del vehículo.

Pero el veterinario no pareció sentirse afectado por la presencia de la mujer de rostro inmutable y serio, que frunció el ceño al verlo.

—Buenas tardes, doña Rosaura —saludó cortésmente el médico a la dueña de casa. Luego, con la más amplia de sus sonrisas, se dirigió a la otra:

—Mamartita, ¿cómo está usted? Hace tiempo que no nos veíamos.

—Marimari¹, dotorcito Martín —respondió ella, seca y sin sonreír—. Yo estoy como me ven, cada día un poquito más vieja y otro poquito más sabia.

—No me cabe ninguna duda de eso, Mamartita —respondió el papá de Rigo—. Espero que sea así conmigo también.

—Tú estudias, dotorcito, eso es bueno —pero la mujer no pareció alegrarse por lo que decía en realidad.

Marta Lincoqueo, a quien todos llamaban Mamartita, era la machi² más respetada de la zona, y de más allá incluso. De ella y de su sabiduría habían dependido los lugareños, mapuches y no mapuches, para mantener su salud y la de sus animales, y, la verdad, lo había hecho bastante bien durante muchos años. Pero la modernidad y el progreso la relegaron a un segundo plano en la vida comunitaria, sobre todo cuando llegaron los médicos y su consultorio rural, con todas sus medicinas, exámenes e interconsultas al hospital regional, lo que le significó dejar de asistir a las personas y tener que dedicarse casi exclusivamente a los animales. Pero, finalmente, llegó también el padre de Rigo, con lo que sus actividades como meica³ disminuyeron al mínimo. Por eso no sentía simpatía alguna por el veterinario, y encontrarse con él no le gustaba para nada, pues sabía que su palabra no tenía peso ante lo que él dijera.

—Yo ya miré la vaquita, don Segismundo —señaló muy seria la machi— y no es nada para preocuparse... Tiene malo el humor, nada más.

—¡El humor! ¡Santa lactosa! —exclamó el anciano muy poco diplomático—. ¡Absurdo! Pase, pase, doctor. En el corral está la Chabelita, que no ha querido comer nada y me tiene preocupadísimo. ¡Por san Bartolo ordeñador!

El padre de Rigo, aunque no pudo evitar sonreír ante el particular santoral del anciano, no quiso ser mal educado con la machi y, para compensarla de la brusquedad de don Segismundo, dijo:

—¡Vaya...! Justamente, ayer no más estuve leyendo un estudio, hecho en algunas granjas de Israel, que hablaba del humor en los animales domésticos. Era muy interesante...

—¡Ya, doctor! —se rió burlón don Segismundo—. ¡No me embrome! ¡Después me saldrá con que va a curar a mi vaquita contándole un chiste!

—No es broma, hombre —afirmó seriamente el veterinario—. Pero, por si acaso, vamos a revisar a la Chabela. Dos opiniones son mejor que una.

Y partieron los tres presurosos hacia el corral. Mamartita no abrió la boca, pero, sin hacer caso de doña Rosaura, los siguió con paso tranquilo y menudo.

En tanto su papá revisaba la vaca, Rigo se dedicó a acariciarle el testuz y a mirarla fijamente a los ojos. Se hubiese dicho que buscaba algo en ellos, que se veían opacos y legañosos.

Por fin, después de quince minutos de una acuciosa inspección, el veterinario guardó sus instrumentos y, meneando la cabeza, miró al animal un tanto desconcertado.

—No parece haber nada malo con ella, don Segismundo —dijo, y la meica, que asistió impasible a toda la revisión, esbozó una ligera sonrisa.

—Pero, ¿qué le pasa entonces, doctor? —preguntó el anciano.

—No sabría decirle, mi amigo —admitió el padre de Rigo, luego añadió—. ¿Dice usted que no come hace días? ¿Cuántos?

—¡Santas vaquillas! No sé... uno o dos —contestó don Segismundo, haciendo un gesto vago con la mano.

—Tres —la voz tímida de Rigo los sorprendió a todos.

—¿Qué? —le preguntó su papá.

—Hace tres días que no come —explicó el chico distraídamente sin dejar de acariciar al animal.

—¿Y cómo sabes tú eso, ternerillo? —esta vez fue don Segismundo quien preguntó.

—Porque hace tres días se llevaron a la Palomita... —respondió simplonamente Rigo.

—¿La Palomita? —su padre no entendía nada.

—La vaquilla —señaló don Segismundo—. La última ternera que parió la Chabela. La vendí hace tres días justamente.

Rigo asintió con la cabeza y acotó:

—La Chabela está triste porque la echa de menos, por eso no come.

Don Segismundo soltó una carcajada fuerte y desagradable y el veterinario frunció el ceño. Iba a preguntarle a su hijo cómo sabía él lo de la Palomita, pero la voz triunfal de Mamartita lo interrumpió.

—Les dije que tenía malito el humor... —recordó la machi.

—¿De dónde sacaste eso de que la vaca estaba triste? —preguntó el veterinario, mientras conducía camino a casa.

—Estaba claro... —respondió Rigo mirando por la ventanilla.

—¿Cómo que estaba claro? —su padre le echó un vistazo confundido.

—Sí, poh... Se le notaba en la cara a la pobre... —contestó el chico sin dejar de mirar hacia afuera.

Al domingo siguiente, Rigo y su familia se encontraban en el Estadio Comunitario de El Apartado, que no era otra cosa que un potrero en las afueras del pueblo, que los días en que no se jugaba fútbol era invadido por las vacas,

que no hacían fintas, ni cabeceaban, ni remataban al arco, pero sí recortaban el pasto con sus dientes y abonaban el círculo central de una no muy perfumada manera. El domingo de fútbol era sagrado para los apartadinos, tanto, que el cura había tenido que amenazar casi con la excomunión a sus fieles para evitar que los hombres fueran a misa con los chutadores puestos. En la cancha, los jugadores emulaban a sus astros favoritos (aunque solo fuera en la manera de revolcarse en el piso después de recibir una patada), en tanto sus familias y amigos los alentaban desde el borde del campo de juego, mientras engullían las viandas y bebidas con que solían reponer fuerzas, agotados de tanto gritar para que los jugadores mojaran la camiseta.

El veterinario, que jugaba de delantero, ya había anotado dos goles, y buscando el tercero, pateó con todas sus ganas la pelota antes de que los defensas se le echaran encima. Pero su furibundo tiro se fue por sobre el arco y el balón se perdió entre unos matorrales cercanos. Como era el único que había, tres o cuatro chiquillos corrieron a buscarlo, entre ellos Rigo, que iba al final de todos. Los primeros encontraron rápidamente la pelota y ya la traían de vuelta, cuando alguien gritó “¡el Veneno, el Veneno...!”, haciendo que los chicos huyeran despavoridos, abandonando el balón a su suerte. El Veneno, el perro del cuidador, era muy bravo y tenía un registro de mordidas impresionante, por lo que permanecía encerrado los domingos, pero ese día, nadie supo cómo, se había escapado, abalanzándose sobre los que fueron tras la pelota y estos, olvidándola, corrieron a ponerse a salvo, todos... menos Rigo. Quienes presenciaron la escena desde lejos, creyeron que el muchacho se había paralizado por el miedo y temieron lo peor cuando vieron al animal correr ladrando y gruñendo hacia él. Pero a pocos pasos de alcanzarlo, se detuvo en seco y se quedó viéndolo cara a cara por unos instantes que fueron eternos, especialmente para los padres del niño. Luego vino lo más extraño y que dejó a todos perplejos: el perro se dio un par de vueltas, vacilante, para terminar meneando la cola y sentándose muy tranquilo, mientras Rigo recogía la pelota y se alejaba hacia la cancha.

—¿Por qué no arrancaste, piojo? —le preguntó su hermana, una vez que el perro fue encerrado de nuevo y el partido hubo recommenzado.

—¿Y por qué tenía que arrancar? —Rigo puso cara de sorpresa.

—¡Qué pregunta, hijo...! —intervino su madre, nerviosa—. Ese perro pudo atacarte y morderte... la cara, no sé...

—El Veneno nunca me mordería, mamá — replicó Rigo, mirando el partido.

—Ha mordido a medio pueblo y a ti te iba a respetar —dijo burlona Violeta—. ¡Tuviste suerte esta vez, piojo, nada más!

—No es suerte —la interrumpió un chiquillo regordete, el menor de los Valenzuela, que también miraba el partido—. A tu hermano nunca lo atacan los perros bravos. Se queda mirándolos y... ¡zum!, los domina con la mente. Lo hace siempre.

—Ya... dime ahora que súper Rigo vuela también —se burló Violeta y se alejó hacia donde estaban sus amigos.

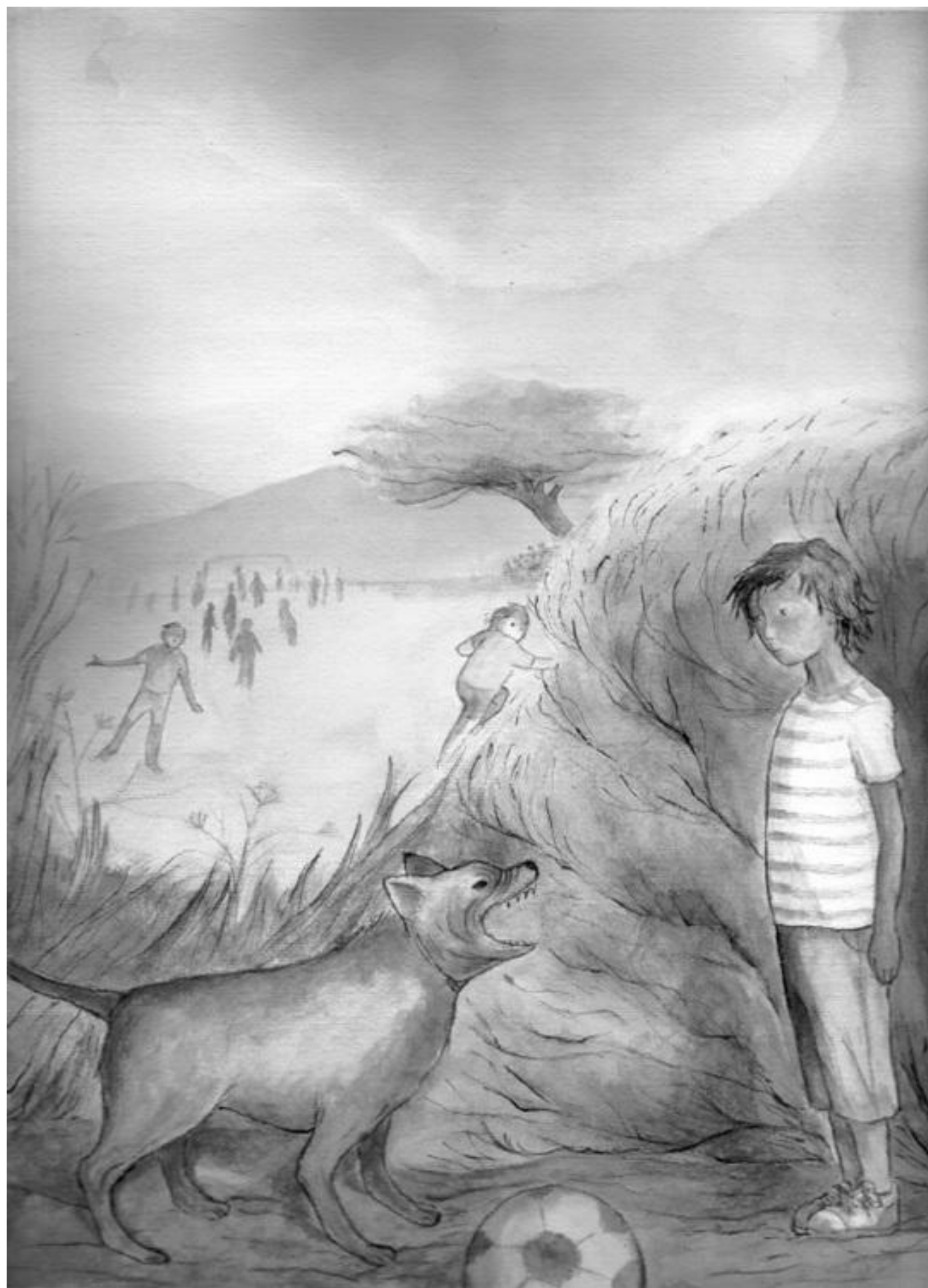
El episodio del Veneno se olvidó pronto ante los rumores que empezaron a circular por el pueblo. Rumores que, poco a poco, dividieron las opiniones de la gente, aun antes de concretarse. Rigo no supo lo que pasaba hasta que, volviendo de uno de sus habituales paseos al bosque, se encontró con unos hombres instalando un gran letrero en el camino, frente a las tierras de los Meyer. Curioso, se acercó a ver qué era todo aquello y, cuando estuvo listo, leyó lo que decía el mamotreto ese:

AQUÍ SE CONSTRUIRÁ EL FUTURO DE

NUESTRA REGIÓN.

EMPRESAS ORLANDO MEYER.

Sin entender a lo que se refería el anuncio, venció su timidez y preguntó a uno de los hombres y lo que este le respondió no le gustó para nada. Se fue corriendo a su casa y se encerró en su pieza a pensar. Solo cuando su mamá lo llamó a comer, ya entrada la noche, salió enfurruñado y más callado que nunca.



—¿Y a ti qué te pasa? —lo interrogó su hermana con sorna.

—Nada —respondió.

—¿Cómo nada? —exclamó Violeta riéndose—. ¿Y esa cara de taimado? ¿Te peleaste con alguien?

—Muy contento no estás, bandido —comentó su papá, mirándolo serio—. ¿Te pasó algo?

—No... pero me va a pasar —contestó Rigo mirando la sopa.

—¿Qué te va a pasar? —lo miró Laura preocupada.

—¿Supieron lo de los Meyer? —lanzó él a su vez y todos pusieron cara de entender para dónde iba la cosa.

—¡Saltó la liebre! ¡Así que de eso se trataba...! —exclamó Violeta, dando un respingo y haciendo un gesto de desagrado con la nariz.

—Sí, es el comentario obligado en todo el pueblo —respondió su padre, también con cara de disgusto.

—Por suerte, la gente no está muy contenta con la idea —afirmó la chica.

—Pues yo tengo la impresión contraria —señaló su papá—. Con todos los que conversé hoy, lo encontraban estupendo.

—Es lógico —concluyó la mamá—. Tú hablaste con los mayores, que ven en todo esto una oportunidad de más trabajo. En cambio, Violeta lo conversó con los chiquillos de su edad, que son más rebeldes y ecologistas, y... eso.

Rigo los miraba con cara de no entender de qué se hablaba en la mesa.

—Ustedes no se dan cuenta... —dijo de pronto, interrumpiendo a los demás. — ¿De qué no nos damos cuenta? —le preguntó su padre.

—Si cortan los árboles, ¿qué pasará con los animales del bosque? —reflexionó con voz sombría.

—Un aserradero no es tan terrible, hijo —quiso consolarlo Martín, aunque sin mucho éxito—. No es llegar y talar todo el bosque. Tienen que hacer estudios antes de que les den permiso y deben plantar la misma cantidad de árboles que cortan.

—Pero, lo malo es que replantan pinos —señaló Violeta tristemente—, y un pino no es lo mismo que una lenga o un raulí...

—Ese no es futuro ni para los pájaros carpinteros —se quejó el chico—. Don Otto va a dejar sin casa a miles de animales...

—¡Pero va a ganar un cerro de billetes! —completó su hermana sarcástica.

—Bueno, es su tierra y puede hacer en ella lo que quiera —afirmó resignada Laura.

—Hasta donde yo sé, no es su tierra precisamente, no toda al menos —replicó su esposo suspicaz—. La mayor parte es de su socio y cuñado, un tal Opitz Yáñez o Yáñez Opitz, no sé muy bien.

—A ese no lo conozco —reconoció Laura distraídamente.

—Porque vive en Santiago y casi no viene para acá —contestó Martín—. Don Otto maneja el negocio aquí.

—Es lo mismo entonces. Nada se puede hacer —sentenció la mujer.

—¡Pero, mamá! —exclamó Violeta molesta—. ¡Sí podemos hacer algo! ¡Es más, debemos hacer algo! Un hombre solo no puede imponer su descriterio a todo un pueblo si ese pueblo se rebela...

—¿Cómo es que tenemos una hija revolucionaria? —preguntó Martín a su esposa y ambos se rieron.

—Ríanse, no más —los desafió su hija picada—. Después van a llorar, cuando esto sea un desierto pelado.

—¿No se puede hacer nada, papá? —quiso saber Rigo sin mucha esperanza.

—Realmente, no lo sé, hijo —contestó su padre más serio.

—¡Pues, yo sí voy a hacer algo! —amenazó Violeta con vehemencia—. No importa que estemos de vacaciones, pero los jóvenes de El Apartado haremos oír nuestras voces...

—Lo que nos faltaba —comentó risueña Laura mirando a su esposo—. Primero, un domador de perros y ahora, ¡una activista ecológica!

Poco después, mientras Rigo veía la televisión, Violeta pasó por su lado y tomó un libro de una repisa antes de irse a acostar.

—¿Qué libro es ese? —le preguntó a su hermana solo por decir algo.

—Uno de los mejores —respondió Violeta, que era ávida lectora—: Fuenteovejuna, de Lope de Vega⁴.

—¿Y por qué es tan bueno? —el tono de voz de su hermano dejaba traslucir que no le creía mucho.

—¿Cómo que por qué? —exclamó ella sorprendida, y luego explicó emocionada—. Imagínate un pueblo entero que se rebela en contra del tirano que abusa de ellos.

—¿Y...? —Rigo no pareció entender la emoción de su hermana.

—Es una hermosa alegoría de la lucha contra los que abusan de su posición privilegiada... —prosiguió Violeta con entusiasmo.

—¿Qué es una alegoría? —quiso saber Rigo.

—Una especie de... de... de metáfora —explicó la chica.

—¿Meta... qué? —él entendió menos aún.

—¡Ah... eso no importa! —dijo fastidiada Violeta—. Lo que importa es que esta historia muestra que todo un pueblo unido puede luchar y vencer no solo a un déspota abusivo, sino cualquier adversidad, ¿entiendes? —concluyó Violeta como iluminada.

—Sí... pero ¿qué es un déspota abusivo? —preguntó el chico.

—Alguien que tiene plata o poder y abusa de eso —respondió ella.

—O sea... —él titubeó un segundo.

—¿Qué? —preguntó ansiosa su hermana.

Rigo la miró con rostro impasible e hizo una breve pausa antes de responder:

—Un don Otto cualquiera...

A la mañana siguiente, Rigo paseaba por el bosquecillo de lumas, boldos y canelos que había cruzando el estero. Al igual que siempre, miraba con atención hacia todos lados, como buscando algo. A veces, se detenía a observar algún insecto de aspecto tremebundo, aunque inofensivo, que recorría su propio camino entre las hojas que alfombraban el suelo. Así, embebido en sus pensamientos, fue saliendo por el lado opuesto del bosquecillo, que daba a un camino de tierra poco frecuentado.

Pasado el camino, tras una cerca de alambres de púas, una pequeña planicie con abundante pasto antecedió a un bosque ya más en regla y de árboles de tronco grueso y largo, entre los cuales todo era sombra espesa. El chico se quedó mirando hacia esos árboles, parado en medio del camino. Tan concentrado estaba, que no escuchó el galopar que se acercaba por la curva que la vía formaba unos quince metros hacia el sur.

Por eso la sorpresa lo paralizó cuando el caballo apareció veloz y casi lo embistió, pasándole a pocos centímetros de distancia. El animal se detuvo unos cuantos metros más allá; sin embargo, Rigo no se movió ni dijo nada. Seguramente esperaba que el jinete lo reprendiera por estar tan mal ubicado, pero no fue así. En lugar de recriminaciones, una voz de niña le preguntó preocupada:

—¿No te pasó nada?

Se volvió y descubrió sobre la cabalgadura a una chica muy rubia y de ojos claros, que lo miraba seria, mientras él hacía lo propio, al parecer embobado por la visión.

—¡Oye! ¿Estás bien? —insistió ella, esbozando una ligera sonrisa ante la cara de estupor de Rigo.

—¡Sí! —exclamó de pronto, como despertando de un sueño—. O sea... claro... sí... eso...

—¡Qué alivio! —suspiró la niña, desmontando—. Te vi de repente y no supe qué hacer. ¡Por suerte el Pampanito te esquivó!

—Perdona, yo estaba en medio del camino y... —Rigo dejó la disculpa en el aire, pues la chica se le acercó sonriéndole abiertamente.

—Hola, soy Marichen, ¿y tú? —se presentó sin timidez alguna.

—Rigo... ho-hola —titubeó el muchacho.

—¿Rigo? ¡Ah! Por Rigoberto, ¿sí? —aventuró Marichen siempre risueña.

Él arrugó la frente y asintió con un movimiento imperceptible de su cabeza. La niña comprendió en seguida.

—¿Qué? ¿No te gusta tu nombre? —y sin esperar respuesta agregó—. El mío tampoco me gusta. Me lo pusieron porque mi abuelita se llamaba así.

—¡Aah! —exclamó Rigo incrédulo—. A mí me pusieron Rigoberto, también por mi abuelo.

Se rieron con ganas, sin dejar de mirarse a los ojos.

—Pobres abuelitos —dijo Marichen divertida—, ¿qué culpa tienen ellos de llamarse tan feo?

—Pobres nietos —completó Rigo en el mismo tono—, ¿qué culpa tenemos nosotros de que ellos se llamen así?

Volvieron a reírse.

—Tú no eres de por aquí... —dijo Rigo ya más en confianza.

—No, soy de Santiago —corroboró Marichen—. Vine de vacaciones. ¿Tú eres de acá?

—No, nací en Santiago también, pero estoy desde chico aquí —respondió él.

—¡Qué suerte! —suspiró ella echando una mirada alrededor—. Aquí todo es precioso y... tan limpio.

—Yo pienso lo mismo —señaló el chico siguiendo la mirada de ella—. No podría vivir en otro lugar...

Guardaron silencio unos segundos, como para llenarse los ojos del paisaje. Luego ella preguntó:

—¿Y qué hacías parado en el camino?

—Esperaba —contestó simplemente Rigo, clavando su mirada en el bosque.

—¿A quién? —quiso saber Marichen.

—A ellos... —y el chico levantó una mano, indicando hacia los árboles.

Un pequeño grupo de hermosos y gráciles animales salió de entre los troncos y se dirigió a paso cauteloso hacia la pradera que el camino bordeaba. El líder, robusto y con grandes astas en la cabeza, se detenía cada dos o tres pasos a olisquear el aire moviendo las orejas en todas direcciones. En cierto momento, se percató de la presencia de los dos niños allá a lo lejos, en el camino. Los vigiló por un rato, pero luego los ignoró y comenzó a pastar. Sus compañeros lo imitaron.

—¡Qué bellos! —exclamó encantada Marichen—. Son... ¿huemules?

—No —dijo Rigo sonriendo ante la ignorancia de la niña—. Son ciervos rojos y no son autóctonos, los trajeron de Alemania, para cazarlos⁵.

—Ah... ¡Qué pena! —comentó ella entristecida de pronto.

—Pero solo cazan a los que viven salvajes en los cerros —explicó él entonces—. Estos son de la señora Meléndez... los tiene como mascotas, pero no están domesticados.

—¡Lindas mascotas! —dijo Marichen—. ¿Pero no estarían mejor en Alemania?

—Cierto... pero... ¡Quieta! Mira —Rigo señaló hacia el macho líder que se acercaba a ellos con un trotecillo suave y acompasado. Más atrás, las hembras y

los cervatillos lo miraban atentos.

—¿Qué pasa? —preguntó la niña—. ¿Está enojado?



—Noo... viene a saludarnos —replicó sonriendo el chico.

A tres metros de él, el ciervo se detuvo de golpe y se quedó mirándolo a los ojos. Rigo le hizo señas a Marichen para que se acercara despacio y tranquila. Cuando ella estuvo a su lado, sin alzar mucho la voz, el chico habló, dirigiéndose al animal.

—Ven... ven... —dijo suavemente, al tiempo que hacía un gesto con la mano—. Mi amiga quiere acariciarte... ven... sin miedo... ella es buena...

Para sorpresa de Marichen, pues el chico había hablado muy despacio, tanto, que resultaba imposible que el ciervo lo oyera en realidad, el animal se acercó lento, poco a poco, hasta quedar al alcance de ellos. Entonces, Rigo lo acarició en la frente y, tomando la mano de Marichen, hizo que ella también lo acariciara.

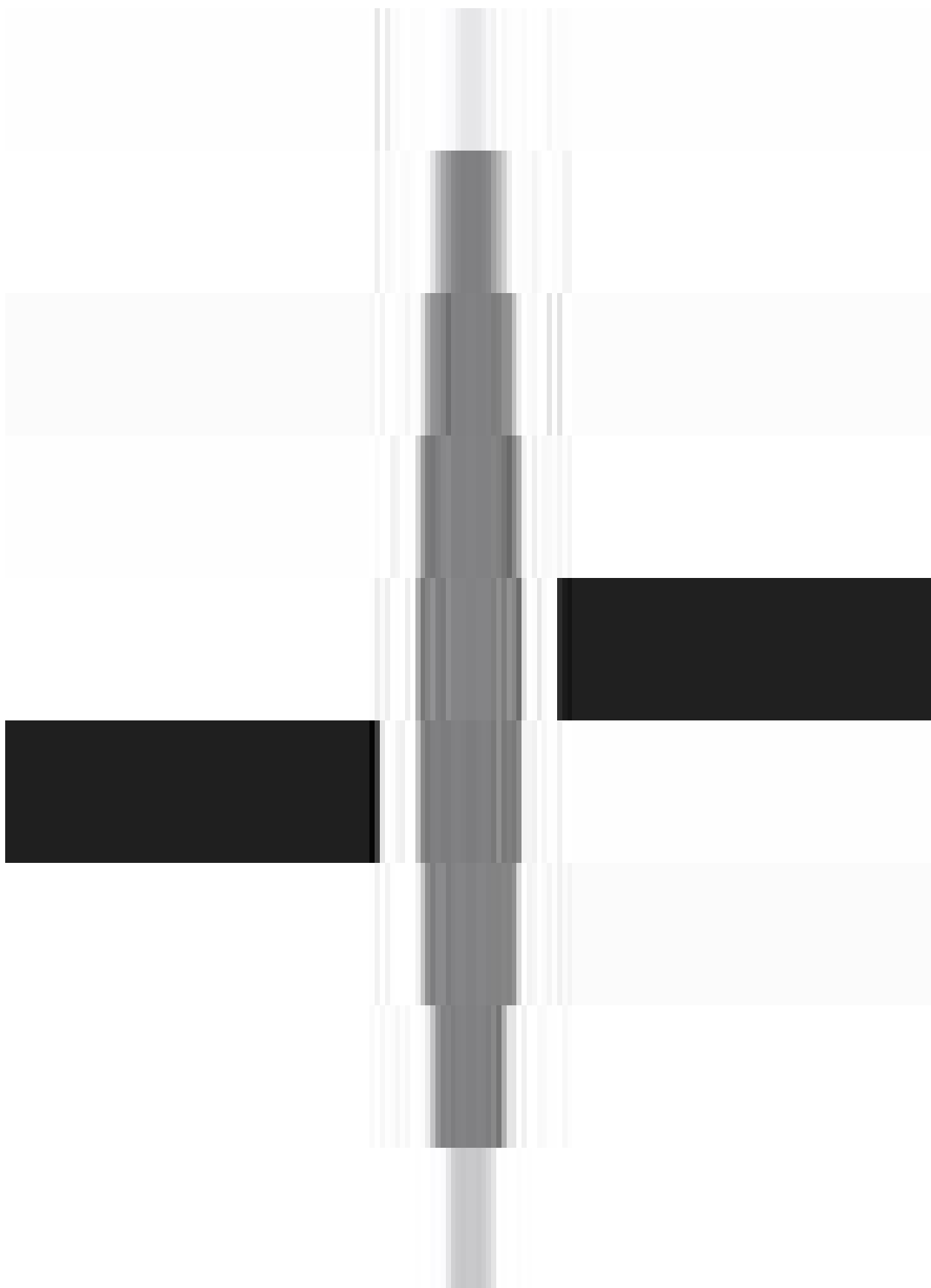
—Dijiste que no estaban domesticados —recordó la niña mirando fascinada al animal.

—No lo están —respondió Rigo sonriendo—. Son tan salvajes como cualquiera de sus hermanos que habitan en los cerros.

—Pero, ¿cómo...? —preguntó extrañada ella.

Rigo la miró sonriendo, pero nada contestó.

En eso, el Pampanito bufó fuerte y el ciervo, asustado, dio un respingo y escapó alejándose hacia la manada.



—¡Por la inmaculada natilla, nada bueno traerá ese aserradero! ¡No, señor! —exclamó don Segismundo con su vozarrón de sirena de carrobomba.

—¿Cómo que no? —dijo uno de sus interlocutores, un hombre moreno y muy flaco—. ¿Y el trabajo que dará? Si los más jóvenes andan todo el día pateando piedras...

—Eso sin contar el beneficio que significará para los rubros asociados, en primer término, y para la economía local en general, después —intervino un hombre grueso, de anteojos y corbata.

Todos los presentes en la conversación, llevada a cabo en la “Picá del Diablo”, lugar de reunión favorito de los hombres de El Apartado, se quedaron mirando al de la corbata con expresiones contradictorias.

—¿Qué dijo, don Eurípides?! —preguntó don Segismundo arrugando el entrecejo.

El de los anteojos suspiró resignado.

—Que el aserradero no solo dará trabajo, también necesitará comprar cosas, ¿y quién se las venderá? Pues los otros negocios del pueblo —explicó don Eurípides, secretario de la cooperativa, poeta aficionado y entusiasta de la ópera, que se consideraba a sí mismo como un diamante entre carbones.

—Pero yo insisto —continuó don Segismundo, alentado por su tercera cerveza del día—; este es un pueblo lechero, hemos sido siempre un pueblo lechero y debemos seguir siéndolo. ¡Por san Roquesillo! ¡Más vacas necesitamos! ¡No leñadores!

—Pero diversificar la producción... —comenzó a decir don Eurípides, pero se corrigió sobre la marcha—, es decir, que haya otras empresas, aparte de la lechera, aumenta nuestras posibilidades económicas.

—No todo es plata en esta vida —terció un hombre joven, que recién venía entrando—. Hay que pensar en el daño ecológico. En esos bosques hay árboles que demoraron miles de años en crecer. Además, están los animales.

—¡Pero, si nos ponemos a pensar en todas esas leseras, nunca haremos nada! —replicó el flaco riéndose.

—Sin embargo, es un factor por considerar... —señaló meditabundo don Eurípides.

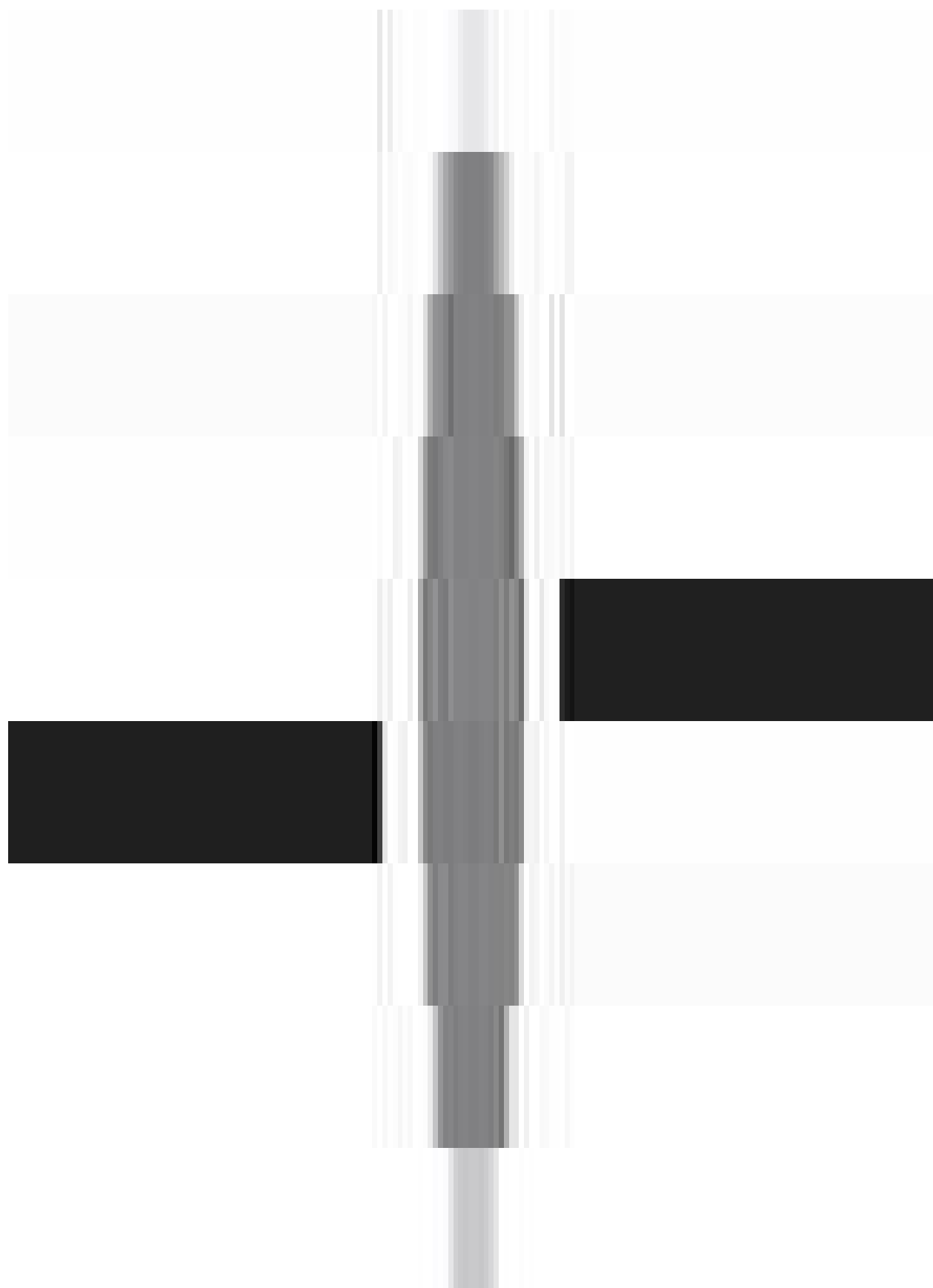
—¡Las vacas no comen árboles, así que no me importan mucho! —por lo visto, don Segismundo era incapaz de ver las cosas sin pensar en sus animales.

—Las vacas no son los únicos seres vivos en este mundo, señor —respondió algo molesto el muchacho y agregó, al tiempo que se alejaba hacia la puerta—. Y si botan el bosque, todos saldremos afectados.

—¿No se los dije? ¡Por la sagrada lechería! Con o sin árboles, ese aserradero no traerá nada bueno —comentó don Segismundo cuando el otro se hubo marchado.

Después del almuerzo, Rigo salió de nuevo al bosque, pero esta vez no cruzó el estero, sino que se dirigió hacia el sur, a las tierras de los comuneros⁶ mapuches que lo conocían desde chico y lo dejaban moverse tranquilo por sus campos. A veces conversaba con alguno de ellos e, incluso, en varias oportunidades lo habían invitado a comer a sus casas. Aunque su mamá decía que Rigo era mañoso en la mesa, él aceptaba sin aparente problema lo que sus anfitriones le ofrecieran, por lo que era estimado entre la gente de la tierra.

Llevaba una hora, más o menos, metido en un bosque de altos mañíos y lengas, cuando escuchó un balido que llamó su atención. Se encaminó en dirección del sonido, hasta dar con tres o cuatro ovejas que miraban confundidas la maraña de troncos a su alrededor. Se les acercó despacio y las acarició suavemente.



Mamartita maldijo mentalmente al Winka, su perro, por haber asustado a las ovejas cuando las estaba entrando al corral. Le faltaban cuatro, que arrancaron del juguetero perro, y se perdieron en el bosque que rodeaba casi en su totalidad la ruca de la machi.

Resignada, pensó que regresarían solas cuando se calmaran y se volvió para entrar en su vivienda, pero un repentino balido la contuvo. Se quedó mirando vigilante y, al rato, las ovejas perdidas aparecieron por entre los árboles. Pero no venían solas, pues tras ellas apareció también un niño. Mamartita levantó las cejas al reconocer al hijo del veterinario.

—¿Y tú? —le preguntó secamente una vez que él pudo escucharla.

—Traje las ovejas —respondió él sin expresión alguna en la voz—. Estaban perdidas...

—Sí, las ovejitas no son muy inteligentes y se pierden rapidito —contestó la mujer siempre seria.

—No son tontas —las defendió Rigo—, pero se asustan con facilidad. Enséñele al perro a no molestarlas.

Mamartita se sorprendió tanto que su expresión dejó de ser severa y no pudo evitar titubear al preguntar:

—¿Cómo supiste que el perro las espantó?

Rigo sonrió y se encogió de hombros, desviando la mirada hacia el bosque.

—Aquí no hay muchas cosas que asusten a una oveja, salvo usted o el perro —respondió desganado—. Y usted no lo haría.

—Yo tampoco soy tontita, pichiwentru⁷ —replicó la curandera mirándolo fijamente—. Yo ya me di cuenta con lo de la vaquita del viejo pesado, que tú no eres como los otros mocosos. Tú algo escondes...

—Ya traje las ovejas, así que me voy —dijo el chico y se encaminó hacia los árboles.

—Gracias por devolverme mis ovejitas —alcanzó a gritarle Mamartita antes de que desapareciera entre los troncos.

Luego, por primera vez en muchos años, la vieja machi se rió contenta.

Aquel sábado el gimnasio de la cooperativa estaba lleno como nunca. Sobre la entrada del recinto colgaba un lienzo pintado a la rápida, anunciando simplemente:

ASAMBLEA

Adentro, sobre una tarima de madera, donde se acomodaban una mesa y varias sillas, Violeta, seria y eficiente, daba órdenes a diestra y siniestra, mientras otros chicos de su edad corrían por todos lados, siguiendo sus instrucciones.

Violeta no solo era la hija del veterinario de la zona y de una de las profesoras del colegio, también era presidenta del Centro de Alumnos, además de secretaria del Movimiento Juvenil de Acción Social, vicepresidenta del Club de Hijos de los Empleados de la Lechera y representante en la región de varias organizaciones ecologistas, entre otras cosas. Por todo eso, había movido cielo y tierra para organizar esta asamblea en la que todos los apartadinos escucharían de boca del propio don Orlando Meyer todo lo referente al famoso aserradero.

Aunque estaban de vacaciones, sus compañeros no se iban a la playa ni a ningún otro lado, la mayoría se quedaba a ayudar a sus padres con las vacas y la leche. En un acto de solidaridad, muy propio de su carácter, Violeta había decidido no salir del pueblo en verano, gesto que le valió la amistad incondicional de todos sus compañeros, que ahora le devolvían la mano acarreando sillas, parlantes y de un cuantuhay, para que todo resultara como ella quería.

La chica y sus amigos habían hecho los contactos para atraer autoridades de todo tipo, desde la directora del colegio, hasta el cabo Carrasco, comandante del retén, pasando por el jefe de bomberos, los directivos de la cooperativa y, por supuesto, los dirigentes sindicales de toda la zona. Tampoco olvidaron a los comuneros mapuches y hasta lograron que la radio local, Vía Láctea F.M., la apartada voz del mundo, transmitiera en vivo y en directo el evento para todos aquellos que no pudiesen asistir.

Sin embargo, esos debían ser muy pocos, porque prácticamente todo el pueblo estaba en el gimnasio, partiendo por las autoridades comunales de turno que, en este caso, las representaba el secretario del concejo municipal, pues el alcalde

andaba de vacaciones (El Apartado era parte de la comuna de Puerto Escondido, un pueblo lacustre algo mayor, ubicado más cerca de la civilización). También llegaron el cura, el doctor en jefe del consultorio y el director de la cooperativa, todos ellos sentados a la mesa sobre la tarima. Allí, además, una silla vacía esperaba a don Otto, quien ya venía con retraso.

En las graderías, entretanto, don Segismundo y doña Rosaura conversaban animadamente en primera fila. Un poco más atrás, se encontraban don Eurípides y el flaco moreno, y entre los comuneros, Mamartita. Los padres de Rigo, algo intranquilos por la demora, se ubicaron adelante, pero un poco aparte de los demás. En cuanto al chico, no se le veía por ningún lado.

—¿Y Rigo? —preguntó Violeta a sus padres—. Estoy esperando a que aparezca para empezar.

—No sabemos dónde se metió —respondió Laura inquieta—. Vino con nosotros, pero...

—¡Piojo de porquería! —exclamó la muchacha—. Todo esto lo hago por él y se escapa...

—Ya vendrá —replicó Martín—. De todos modos, hay que esperar a don Otto, ¿no?

—Sí, pero... ¡aquí llega justamente él! —señaló Violeta, mirando hacia la puerta.

En efecto, acallando la cháchara incontenible del público, un hombre de unos setenta años, canoso, delgado y alto, impecablemente vestido, entraba sonriendo y saludando a todos lados. Iba acompañado de otro hombre, bastante menor que él, aunque tampoco un jovencito, alto, gordo, rubio y de cara rubicunda. Era su hijo, también llamado Orlando, y, en consecuencia, todos le decían don Ottito. Una vez que padre e hijo entraron y estuvieron acomodados sobre la tarima, junto a los otros, Violeta y el muchacho que hablara con don Segismundo y los demás en la “Picá del Diablo” subieron para dar comienzo a la asamblea. El joven abrió uno de los micrófonos, dio la bienvenida a todos, agradeció a los personajes ilustres su presencia y luego cedió la palabra a Violeta, quien se encargó de presentar los antecedentes de la reunión.

En pocas y acertadas palabras, en eso le había ayudado su mamá, profesora de lenguaje, ella resumió las razones de la asamblea: partiendo por criticar la poca información acerca del proyecto, siguiendo con algunas dudas respecto de su desarrollo y terminando con la preocupación por el impacto ambiental que la instalación del aserradero provocaría. Don Otto escuchó muy atento todo lo que la chica expuso y, aunque no venía a cuento, también aplaudió como el resto de la concurrencia cuando ella terminó. Entonces, pidió el micrófono y tomó la palabra.

—Queridos vecinos y amigos —comenzó con voz melosa y tono afectado—, me alegro muchísimo de que se haya organizado esta asamblea para así poder contarles todo el bien que mi proyecto acarreará a nuestro amado pueblo.

—Viejo zorro —le susurró Laura a Martín—. Parece un político.

—Créanme, amigos —continuó don Otto—, he pasado noches enteras en vela, preguntándome si este proyecto realmente sería beneficioso para todos... ¿Y saben qué me respondía siempre? ¡Por supuesto que sí! Porque, es cierto: esta es una empresa Meyer, manejada y operada por un Meyer, pero las utilidades no serán solo para los Meyer... ¡Cada hijo nacido en esta tierra tendrá su parte! —y

mirando a Violeta, añadió—. ¡Y cada apartadino por adopción, también!

Gran parte de la concurrencia aplaudió entusiasmada, pero muchos hicieron gestos de incredulidad bastante notorios.

Don Otto esperó a que se hiciera el silencio de nuevo y prosiguió:

—Queridos amigos, mi familia ha vivido en El Apartado desde que mi abuelo llegó a Chile, proveniente de su natal Hamburgo. Ustedes nos conocen, ¡me conocen!, he hecho tratos con la mayoría aquí presente, he cargado en mis brazos a casi todos los que tienen menos de veinte años. ¡Cómo no pensar en ustedes al momento de decidir un asunto como este!

En ese instante el anciano hizo una pausa dramática, esperando una ovación, pero esta no llegó. Apenas un tibio aplauso que le demostró que su sobreactuación había quedado en evidencia y que los apartadinos no eran tontos. Entonces, cambió de estrategia.

—Entiendo que algunos amigos quieren preguntar acerca del proyecto... —dijo mirando a Violeta y a su compañero con cara de interrogación.

Ella se puso de pie de inmediato y mirando sus papeles confirmó:

—Así es. Los vecinos interesados se han preinscrito para aclarar sus dudas. Empezaremos con don Segismundo Calderón.

Don Segismundo se puso de pie y, sin necesidad alguna de micrófono, su voz llegó a todo el gimnasio:

—Yo quiero saber, estimado don Orlando, ¿cómo afectará este aserradero suyo a la industria lechera?

—Le aseguro, don Segismundo —contestó don Otto—, que la industria lechera no sufrirá ningún cambio, a no ser, quizás, la eventual aparición de algunas hectáreas más para pastura.

—Pero los campos desmontados de árboles —replicó el anciano lechero— no producen buen forraje para las vacas. ¡Por santa Blanca, la lechera, que no!

Y, contento consigo mismo, se sentó cediendo la palabra a otro.

—Señor Meyer —quien siguió era el hombre moreno y flaco—, ¿podría decirnos exactamente cuántos empleos generará el aserradero?

—Esta es la mejor pregunta —señaló don Otto sonriendo ampliamente—. No puedo dar una cifra exacta, pero estoy en condiciones de asegurar que, entre taladores, operarios, administrativos y, por supuesto, servicios externos contratados para trabajar con nosotros, etc., este proyecto absorberá casi un noventa por ciento de la cesantía local.

Los aplausos saludaron la respuesta. Cuando retornó el silencio, don Eurípides tomó el micrófono.

—Mi pregunta es simple —se largó el hombre—. Un proyecto de esta naturaleza y envergadura requiere necesariamente de una inversión significativa en áreas interrelacionadas, pero no por ello afines, entiéndase infraestructura, tanto de acopio de insumos, como vial, para su perfecta funcionalidad en el tiempo. ¿Qué inversiones, y en qué áreas específicas, está su empresa dispuesta a hacer, considerando que este pueblo carece de los soportes mínimos para una industria como la suya?

Cuando don Eurípides se calló, todo era silencio y hasta don Otto lo miraba perplejo. Fue la incontenible voz de don Segismundo la que irrumpió para exclamar:

—¿Qué?!

Lo siguió una andanada de exclamaciones, mezcladas de silbidos, risas y abucheos:

—¿Qué dijo? —gritaron varios.

—¡Habla en cristiano, hombre! —exclamó un terrateniente ofuscado.

—¡Ándate a Santiago a trabajar en la tele! —se burlaron los amigos de Violeta.

—¡Buena... “catedrático de la lengua”! —lo embromaron los que estaban más atrás.

—¡Publícatela en un libro la preguntita, oh! —gritó otro por ahí.

—¿Quién le pasó el micrófono? —se rió don Segismundo.

—Traigan una pizarra paá que la escriba, mejor —sugirió el flaco moreno.

Fue tanta la algarabía, que ni Violeta, ni su amigo, ni nadie pudo contenerla. Tuvo que intervenir el cura, última autoridad fraternal, para que los ánimos se calmaran.

—Hermanos, por favor —empezó el hombre de iglesia—. Estoy seguro de que don Eurípides puede repetir su pregunta...

Los gritos se redoblaron:

—¡Nooo!

—¡Qué lata!

—¡Que se calle!

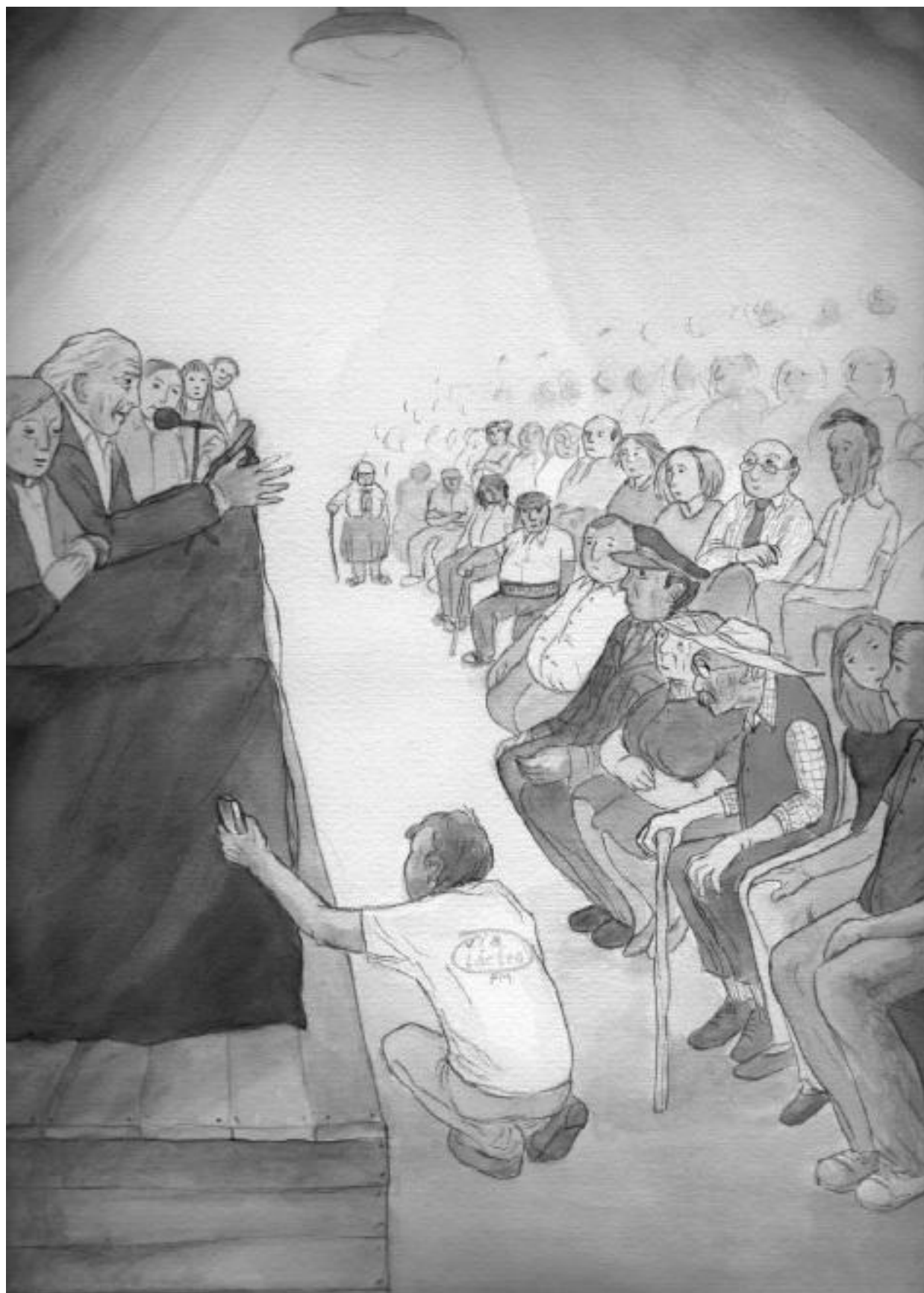
—¡Que se vaya!

—¡Que se quede mudo!

—¡No, que “enmudezca”, como diría él!

—¡Ya está bueno, señores! —exclamó el cura enojado—. ¡No estamos aquí para crucificar a nadie! ¡Exijo respeto para don Eurípides!

Por fin, los más chuscos se calmaron y don Eurípides, colorado como un tomate, repitió su inquietud en términos más simples y entendibles.



Después siguieron más preguntas, algunas muy técnicas, otras no tanto, que don Otto contestaba claramente, ayudado por los papeles que traía consigo. La asamblea se puso latosa y varios empezaron a cabecear en sus asientos.

Afuera, en tanto, Rigo y Marichen conversaban, ajenos al revuelo de la reunión. El chico había salido para ir al baño, cuando se encontró con la niña, quien lo invitó a comer galletas caseras que traía envueltas en un paño.

—Las hice yo... pero la receta es de mi abuelita —confesó Marichen.

—¿La que se llama igual que tú? —preguntó Rigo, probando una de las galletas.

—No, esa se murió antes de que yo naciera —contestó la chica—. Era la mamá de mi papá.

—Ah... Están ricas —dijo él sonriendo—. ¿Sabes?, yo no creo que tu nombre sea feo. Es alemán, ¿no? ¿Qué significa?

—María —respondió ella—. Y Rigoberto, ¿qué significa?

—No tengo idea —reconoció el chico con desgano.

—Pues, yo le voy a dar un significado nuevo —anunció Marichen sonriendo

iluminada—. Desde hoy, Rigoberto significará “el que habla con los ciervos rojos”. ¿Qué? ¿No te gusta?

Rigo había hecho un gesto brusco al oírla, un rictus mezcla de sorpresa y molestia que la niña no pudo dejar de notar.

—No... es decir, sí... —vaciló él, pero se recompuso—. Lo que pasa es que me gustan todos los animales, no solo los ciervos rojos.

—Pero yo solamente te he visto hablar con los ciervos —insistió la niña sonriendo encantadora.

—En primer lugar, no me puedes “ver” hablar, sino oír —corrigió Rigo, luego continuó—. Y en segundo, yo apenas hablo con la gente, ¡y voy a hacerlo con los ciervos!

—¿Qué? ¿Eres hijo del profesor, acaso? —preguntó un tanto picada la niña.

—De la profesora —precisó el niño sonriendo— y del veterinario de la cooperativa.

—Ahora entiendo muchas cosas —concluyó Marichen mirándolo seria.

En eso apareció la mamá del chico y, entre presentaciones apuradas y disculpas más apuradas todavía, se lo llevó casi a rastras a la asamblea.

Con cara de fastidio, Rigo se sentó junto a sus padres sin mirar siquiera a don Otto. Pero lo que vino a continuación hizo que se interesara repentinamente en el anciano.

—Señor Meyer —preguntó el amigo de Violeta desde el mismo escenario—, ¿cómo contempla su proyecto enfrentar el problema ecológico que, seguramente, creará?

Se hizo un silencio pesado. Hasta ese momento, nadie lo había acusado de nada tan directamente. Pero don Otto pasó por alto la intención del chico y, sonriendo, contestó:

—Es lindo ver cómo los jóvenes se preocupan de participar. Cuando veo y oigo a este muchacho y a esta jovencita —y señaló a Violeta—, me siento orgulloso de este pueblo. Cuando yo tenía su edad, mis mayores no me hubieran hecho el más mínimo caso, pero los tiempos han cambiado... afortunadamente... En cuanto a lo que preguntas, ¿de qué problema ecológico me hablas? Ya lo dije antes: este proyecto ha sido pensado y repensado muchas veces, y no solo en su parte económica, sino también en su repercusión sobre la maravillosa naturaleza que nos rodea.

—Sin embargo —lo interrumpió Violeta, molesta con las adulaciones del viejo—, no nos ha mostrado ningún estudio de impacto ambiental.

—Eso es porque aún están en trámite —respondió don Otto, sin sonreír—. Jovencita, te aseguro que este proyecto cuenta con todos los permisos legales exigidos por la ley, tanto los administrativos como los ambientales...

—¿Y tiene permiso de los animales para dejarlos sin hogar...?!

La vocecita hubiera pasado inadvertida si el murmullo general que se produjo tras la intervención de Violeta no se hubiese apagado de pronto, justo en el momento en que Rigo lanzaba sin pensar su molestia al aire.

Dos segundos después, todo el gimnasio se reía estruendosamente. Todos... menos Rigo, sus padres y don Otto, que le clavó sus ojos azules como si de puñales se tratara.

Cuando la calma volvió, don Otto quiso retirarse, dando como excusa su precario estado de salud. Pero antes de irse, pidió la palabra una vez más.

—Amigos —dijo, tratando de parecer sincero—, si vine hoy aquí fue porque quería explicarles que este proyecto nos beneficiará a todos. No tenía por qué hacerlo, pues, como dije, cuento con todos los permisos (de todas las autoridades que corresponden —y echó una mirada a Rigo, que se puso colorado—) y podría pasar por encima de ustedes, pero también soy apartadino y no está en mi ánimo hacer algo en contra de la voluntad de mis vecinos y amigos. Les aseguro que esto será lo mejor que pueda pasarle a este pueblo perdido en los mapas.

Se ganó un buen aplauso, pero se dio cuenta de que esa cortesía no significaba que los hubiese convencido a todos. Después de las despedidas, y ya dentro de su automóvil, descargó su mal humor con un par de palabrotas y maldiciones. Su hijo trató de alentarle.

—Yo creo que lo hiciste bien, papá —le dijo—. No podías esperar convencerlos a todos con un discurso.

—¡Ya sé, ya sé! —exclamó impaciente—. Pero esos mocosos insolentes... Me sacan de quicio con sus ideas ecologistas. Mira esos cerros llenos de árboles, ¡son cerros llenos de plata! Y no los podemos tocar por unos coipos piojentos y un par de pumas roñosos que se van a morir igual.

—¿Cómo va eso del impacto ambiental? —preguntó su hijo para distraerlo, pero fue peor.

—¿Cómo crees, pajarón? —le espetó el anciano con una mirada terrible—. No hay caso. Desde lo de los cisnes del río Cruces, en Valdivia, esos burócratas están intratables. No he podido sobornar a nadie y el estudio sigue entrampado con los “especialistas”.

—Te dije que lo mandarás a hacer en serio —replicó el otro picado—. Estaba claro que redactándolo tú mismo, como lo hiciste, no iba a llegar a ningún lado.

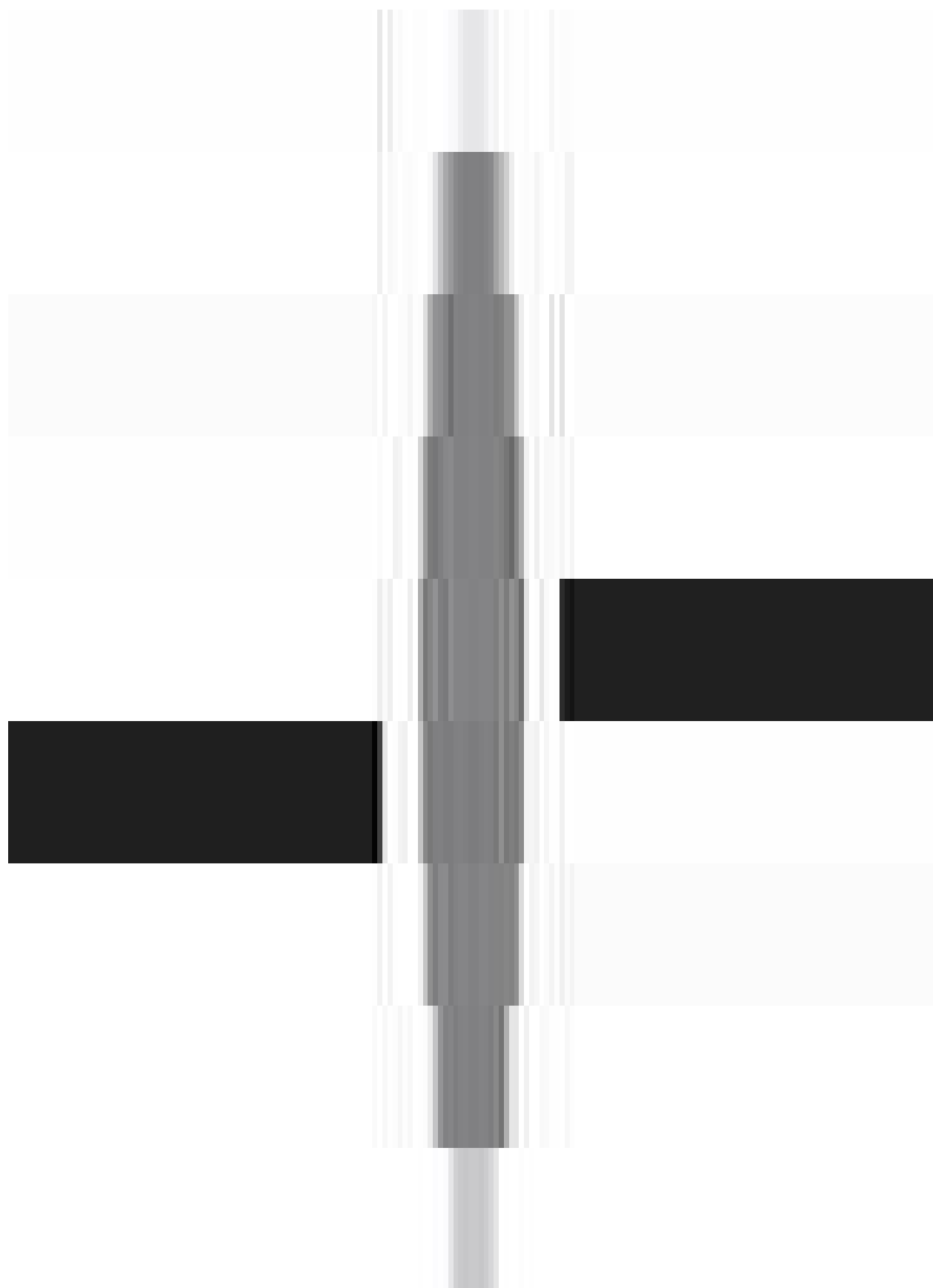
—¿Y qué más podía hacer? —se defendió don Otto—. Ahí no solo hay lengas y coigües, también hay araucarias y alerces⁸, sin contar a los bichos de toda especie. Jamás me autorizarían a cortar un solo árbol si supieran todo eso.

—¿Estás seguro? —preguntó su hijo y continuó—. Hasta donde yo he podido averiguar...

—¡Ah! ¡¿Qué sabes tú?! —lo interrumpió bruscamente su padre—. ¿Crees que porque has leído un par de libros más que yo ya te las sabes todas?

—Fui a la universidad, papá —respondió sombrío su hijo.

—Que yo pagué —replicó el anciano sin mirarlo, luego preguntó—. ¿Y la niña? ¿Dónde está? Ya quiero irme, búscala.



—Tú sí que sabes intervenir en una reunión —le dijo burlona Marichen a Rigo.

—No te rías... fue sin querer —explicó el chico.

—Me imagino, pero... —la niña dudó un instante.

—¿Qué? —él la miró fijo.

—¿Realmente crees que ese proyecto es tan malo? —preguntó Marichen con tono preocupado.

Rigo demoró unos segundos en contestar.

—Ayer me dijiste que este era un bello lugar —explicó por fin—. ¿Cómo crees que será sin árboles? Nunca más podrías acariciar un ciervo rojo, simplemente, porque ya no habría ciervos... ni ningún otro animal, como no fueran vacas...

Marichen no supo qué contestar a eso y se quedó en silencio. Para cuando se le ocurrió qué decir, una voz grave la llamó a sus espaldas.

—Marichen, vamos... —dijo don Ottito.

—¡Voy...! —contestó la niña haciéndole una seña, luego miró a Rigo, que no parecía entender nada, y le dijo:

—Estoy de acuerdo contigo, pero no en todo. Otro día conversamos.

—Sí, pero... ¿dónde vas? —preguntó él con cara de confundido.

—A casa, con mi papá y mi abuelo — contestó ella y se alejó sonriendo, rumbo al auto de don Otto.

Violeta, que presenció toda la escena, se acercó entonces a su hermano y le dijo:
—La amiguita que te fuiste a buscar, ¿eh?, piojo.

Una semana después, y para sorpresa de toda la familia, don Ottito en persona apareció por la casa de Rigo, buscando a su papá. Habían comenzado los trabajos de construcción del aserradero en sus tierras y, al botar un árbol, sus trabajadores descubrieron entre las ramas un tucúquere⁹ herido. El hombre muy empresario sería, pero tenía una conciencia, llamada Marichen, que ese día lo acompañaba en las obras, y por ella llevó a la rapaz a casa del veterinario, a ver si este podía hacer algo para salvarla.

En la parte trasera de su jeep, el pobre animal venía medio envuelto en un saco papero, aterrado y desfalleciente. Con solo verlo, el padre de Rigo se dio cuenta de que tenía un ala rota y trató de moverlo para observarlo mejor, pero don Ottito le advirtió:

—¡Cuidado, Martín! ¡Allá casi le cortó un dedo al que lo metió al saco! ¡Es una fiera el pajarraco este!

—Solo está asustado y adolorido —explicó el veterinario comprensivo—. Voy a buscar unos guantes para tomarlo y entrarlo a la consulta, aquí no puedo hacer mucho...

Y se metió a la casa, dejando a don Ottito, a la niña y a Rigo al cuidado del ave. El niño se acercó un poco, por lo que el tucúquere giró su cabeza y clavó sus ojazos en él, al tiempo que abría el pico amenazante.

—Tranquilo, tranquilo... —susurró Rigo adelantando un poco una mano para tratar de tocarla y calmarla con caricias.

—¡No, niño, no! —exclamó don Ottito—.

¡No hagas leseras! ¡Ese bicho te puede picotear muy feo!

—No es un bicho —respondió con cierta brusquedad el chico, y luego agregó—. Es un tucúquere y estaba bien hasta que le robaron su casa.

—Como sea —dijo el hombre, sin darse por enterado de lo que Rigo decía—. De todos modos, quédate lejos de él, y tú también, hija. Yo voy a ver si Martín tiene otro par de guantes para echarle una mano con este... tucúquere.

Y don Ottito entró a la casa y se dirigió hacia la consulta del veterinario, al que ubicó revolviendo unos cajones, afanado en lo que buscaba.

—¿Encontró guantes? —quiso saber Meyer.

—Solo los quirúrgicos... —contestó Martín distraídamente.

—¡Hum! Esos no sirven de mucho en este caso —comentó don Ottito, mirando para todos lados—. Tienen que ser de mecánico.

—Yo tenía un par de esos, justamente para estas ocasiones —respondió el veterinario.

—Creo que tengo unos en la guantera del jeep. Voy a ver... ¡Por la chupalla del diablo! —exclamó el hombrón, entre sorprendido y asustado.

El papá de Rigo, que seguía buscando en los cajones, se volvió alarmado a ver lo que pasaba y también lanzó una maldición: su hijo, a paso muy lento y suave, entraba en esos momentos cargando al tucúquere que se aferraba con las garras a su brazo derecho, protegido por el saco que lo envolvía. Marichen lo seguía.

Ambos hombres contuvieron la respiración en tanto el chico avanzaba hasta la mesa de examen, junto a la cual había una silla de respaldo alto. Rigo no dejaba de mirar al animal a los ojos, tarareando algo entre dientes y sonriéndole. Cuando llegó hasta la silla, acercó su brazo al respaldo y, sin alzar mucho la voz, dijo:

—Llegamos, amigo, aquí estarás mejor.

Para asombro de su padre y de don Ottito, que no podían creer lo que estaban viendo, el ave se desprendió del menudo brazo del niño y, con un ligero salto, se encaramó al respaldo y se quedó ahí, aparentemente más calmada y más cómoda. Solo cuando Rigo se hubo alejado un par de metros del tucúquere, su padre se atrevió a hablar.

—¡Rigo! —exclamó, pero sin gritar—. ¿Qué crees que haces? ¡Ese animal pudo atacarte! Mira sus garras... si hubiese apretado más fuerte, ese saco no te habría servido de nada. ¡Te las hubiese clavado hasta el hueso...!

—Él no me haría daño, papá —respondió despreocupadamente el chico—. Sabe que lo estoy ayudando...

—¡Chiquillo loco! —intervino don Ottito, con una sonrisa entre divertida y nerviosa—. Imprudente, sin duda, pero logró entrarlo sin escándalo... ¡Toda una hazaña!

—Más hazaña sería que dejaran de cortar los árboles —replicó el chico con resquemor y sin mirarlo.

—Rigo... —le advirtió su padre en tono de “no sigas”.

—Déjelo —pidió comprensivo Meyer—. Ya me estoy acostumbrando: la mitad

del pueblo no me dirige la palabra... y entiendo muy bien el porqué.

—No creo que entienda nada —dijo el chico con voz irritada.

—Ya está bueno, Rigo. No más comentarios —le ordenó su padre, pero el niño no parecía tener intención de parar.

—¡Mira el pobre tucúquere, papá! —exclamó con los ojos brillantes—. ¿No lo entiendes? Él solo es el primero.

—Su chiquillo se cree San Francisco —bromeó Meyer una vez que estuvieron afuera con el veterinario.

—¡Papá! —dijo Marichen mirándolo molesta—. No te burles.

—No, pequeña, no —se apresuró a explicar el hombrón—. No lo digo para burlarme, todo lo contrario, lo encuentro admirable. Ojalá yo tuviera...

Don Ottito no terminó la frase, solo se limitó a hacer un gesto impreciso con la mano.

—Pues, la verdad es que a mí me preocupa... —empezó el veterinario, pero también se contuvo.

—No sé si es admirable o preocupante, pero sí estoy segura de que Rigo tiene razón —opinó vivarachamente Marichen.

—Que tu abuelo no te oiga decir eso —le advirtió su padre, cariñosamente—. Ahora, espérame en el jeep.

En cuanto la niña se alejó, don Ottito dio un hondo suspiro y dijo:

—Estos niños... No sé a usted, pero a mí esta diabla me sobrepasa. Desde que me separé de su madre que he querido traerla y pasar un buen tiempo con ella, y ahora que por fin lo logré, no sé cómo manejarla.

—Mis hijos y yo nunca hemos estado separados por mucho tiempo —señaló sonriendo Martín—, pero créame que tampoco sé cómo hacerlo. La verdad es que lo único que queda es quererlos.

—Cierto —concedió el hombrón y agregó—: Y lo que dije del chico, le aseguro, no fue burla...

—No hay problema —respondió sonriendo Martín—. Mientras no se crea el doctor Doolittle¹⁰...

—¿Quién? —preguntó don Ottito sin entender.

—Un personaje de cuento o película, no sé... Era un veterinario que podía hablar

con los animales.

—Toda una ventaja para un veterinario —comentó Meyer.

—No estoy seguro —dudó Martín.

—En todo caso —concluyó don Ottito antes de marcharse—, su hijo y el pajarraco ese parecían entenderse muy bien.

Cuando volvió a la consulta, Martín encontró a Rigo tarareándole una melodía al tucúquere. El chico se veía más tranquilo, por lo que lo embromó un poco.

—No sabía que tenías amigas de la alta sociedad apartadina —le dijo burlón.

—No somos amigos —respondió el muchacho sonrojándose un poco—, apenas conocidos.

—Ya, déjame hasta ahí no más —añadió su padre riéndose, luego, más serio, agregó—: Y bien, señor experto en aves rapaces, ¿qué tenemos aquí?

—¿Un ala rota? —vaciló el chico.



—Ajá, y en dos partes me temo... ¡Cuidado! —gritó el veterinario, saltando hacia atrás.

Al intentar tomarlo para examinarlo mejor, el tucúquere le lanzó un picotazo a la cara y estuvo a punto de alcanzarle la nariz. Después, trató de dar unos aletazos y volar, pero el dolor le aguijoneó el ala, desesperándolo aún más. Seguramente, todo habría terminado en un desastre si Rigo no interviene.

—¡Quieto! —gritó imperioso, mirando al animal directo a sus grandes ojos.

Increíblemente, el ave se quedó inmóvil enseguida, fascinada por la mirada del niño. Martín abrió la boca estupefacto. Nunca en su vida había visto algo semejante; su hijo parecía controlar al tucúquere como por arte de magia.

—¿Cómo hiciste eso? —preguntó por fin.

—¿Hacer qué? —dijo a su vez Rigo, mirándolo con toda inocencia.

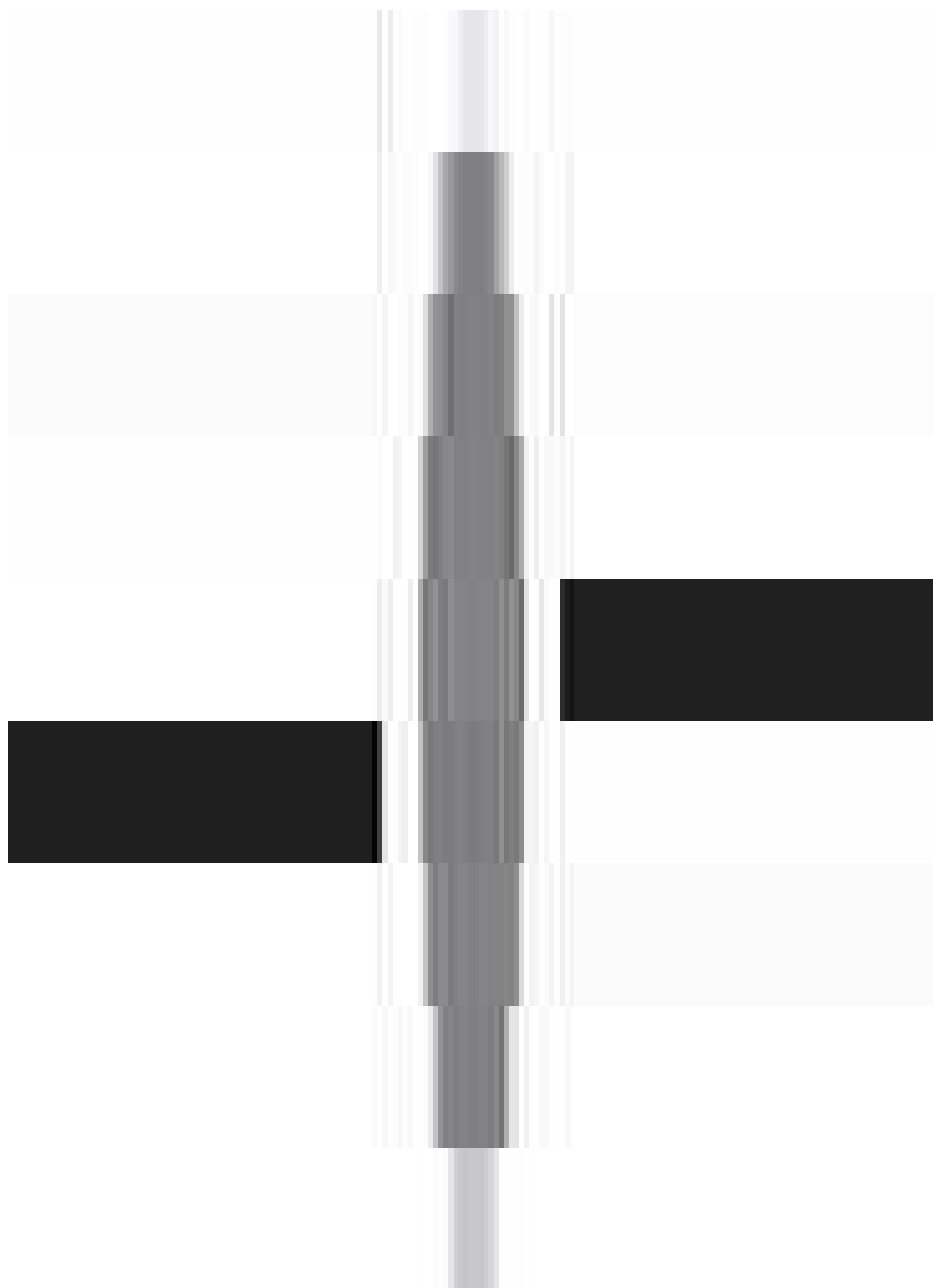
—No te hagas el de las chabras —respondió Martín—. Lo que acabas de hacer.

—¿Qué? ¿Controlarlo con un golpe de voz? —Rigo esbozó una sonrisa burlona—. ¡Pero si tú mismo me lo enseñaste, papá!

—Eso sirve con los perros y algún otro mamífero superior, ¡no con los tucúqueres! —replicó el veterinario confundido.

—Pues, parece que con este sí —concluyó el niño, sonriendo ampliamente.

Sin embargo, su padre se lo quedó viendo con ojos extraños.



En el jeep, camino a su casa, en tanto, Marichen no apartaba la vista del paisaje, limitándose a contestar con monosílabos a lo que le decía su padre. El hombrón la miró entristecido por no poder ser el padre que él, y seguramente ella también, quería.

—Eso que te dije de tu abuelo —le recordó cuando ya estaban por llegar—, no era chiste. No dejes que se entere de que sientes simpatía por el hijo del veterinario y sus ideas ecologistas.

Marichen demoró un rato en contestar y cuando lo hizo, no fue lo que su padre esperaba.

—Veo que mi mamá tenía razón —señaló mirándolo por primera vez en todo el trayecto.

—¿En qué? —quiso saber don Ottito, un tanto inquieto por esa mirada tan directa.

Su hija respondió con otra pregunta:

—¿Por qué le tienes tanto miedo al abuelo?

El hombrón empalideció y no supo qué decir. Fingió concentrarse en la conducción, para no enfrentar a su hija, pero no le resultó.

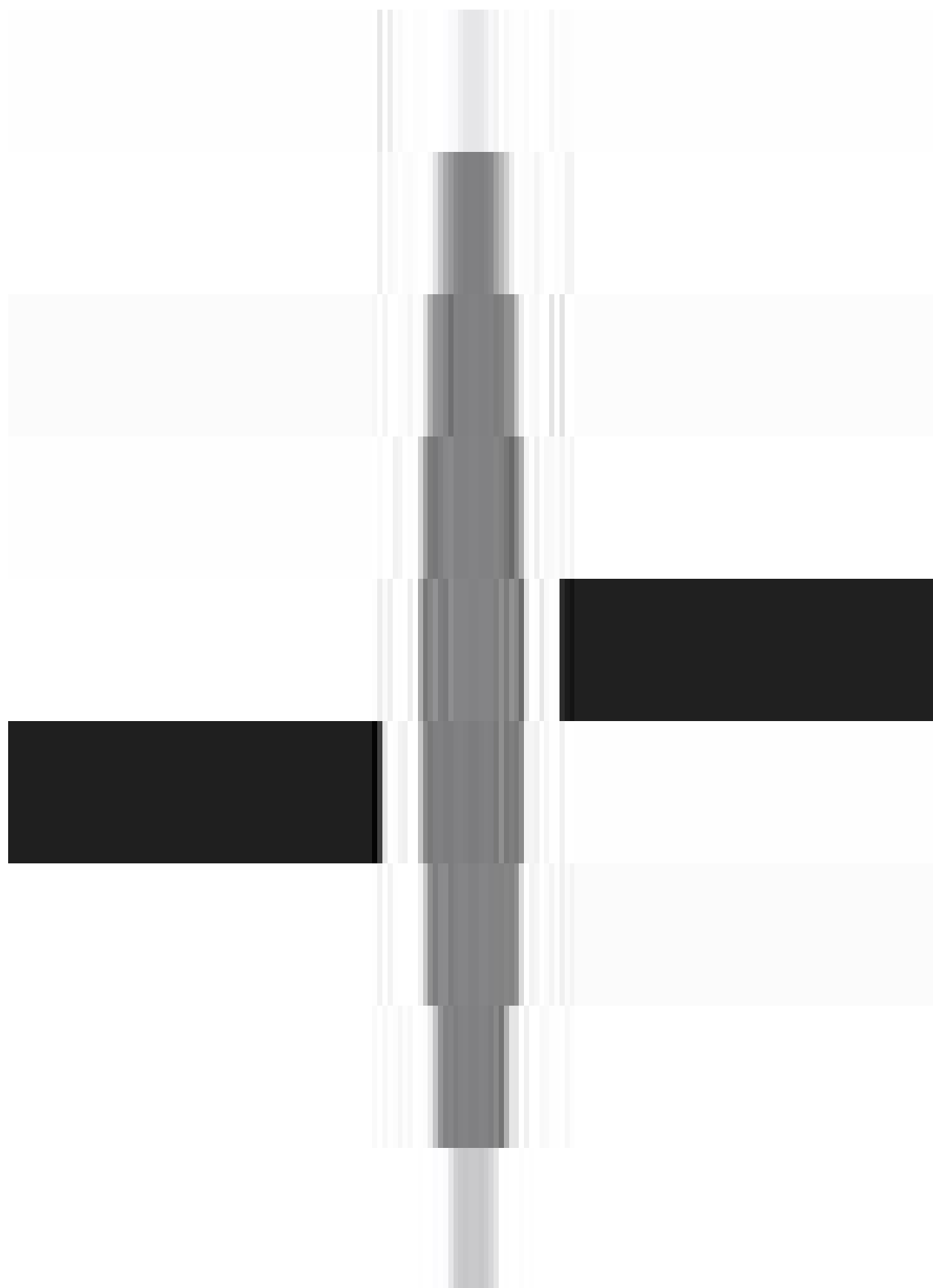
—Solo es un viejo —prosiguió Marichen—. Un viejo ambicioso y cascarrabias.

—Es cierto, es un viejo —dijo por fin don Ottito—. Por eso lo respeto. Respetar no es temer.

—Mi mamá dice que por culpa de él se separaron —la chica quiso llegar hasta el final.

—No sé de quién sea la culpa —afirmó nerviosamente su papá—. Quizás de todos o de nadie, pero nunca es de uno solo.

Y ya no hablaron más por el resto del camino.



Esa noche, poco después de que el sol se escondiera, Violeta veía bajar uno a uno a los pasajeros del bus que, dos veces al día, hacía el trayecto entre El Apartado y Pueblo Escondido. Solo al final de la fila apareció quien ella esperaba y, sonriendo contenta, lo abrazó y besó cariñosa. Era el muchacho de la “Picá del Diablo”, con quien tenía un romance casi secreto desde hacía más de un año.

—¿Y... averiguaste algo? —preguntó ansiosa después de la bienvenida.

—Por supuesto, mi primo de Puerto Montt se las sabe todas para navegar por Internet —respondió él sonriendo—. Es tal como lo pensamos; el viejo no tiene todos los permisos en regla. ¿Qué crees que le falta?

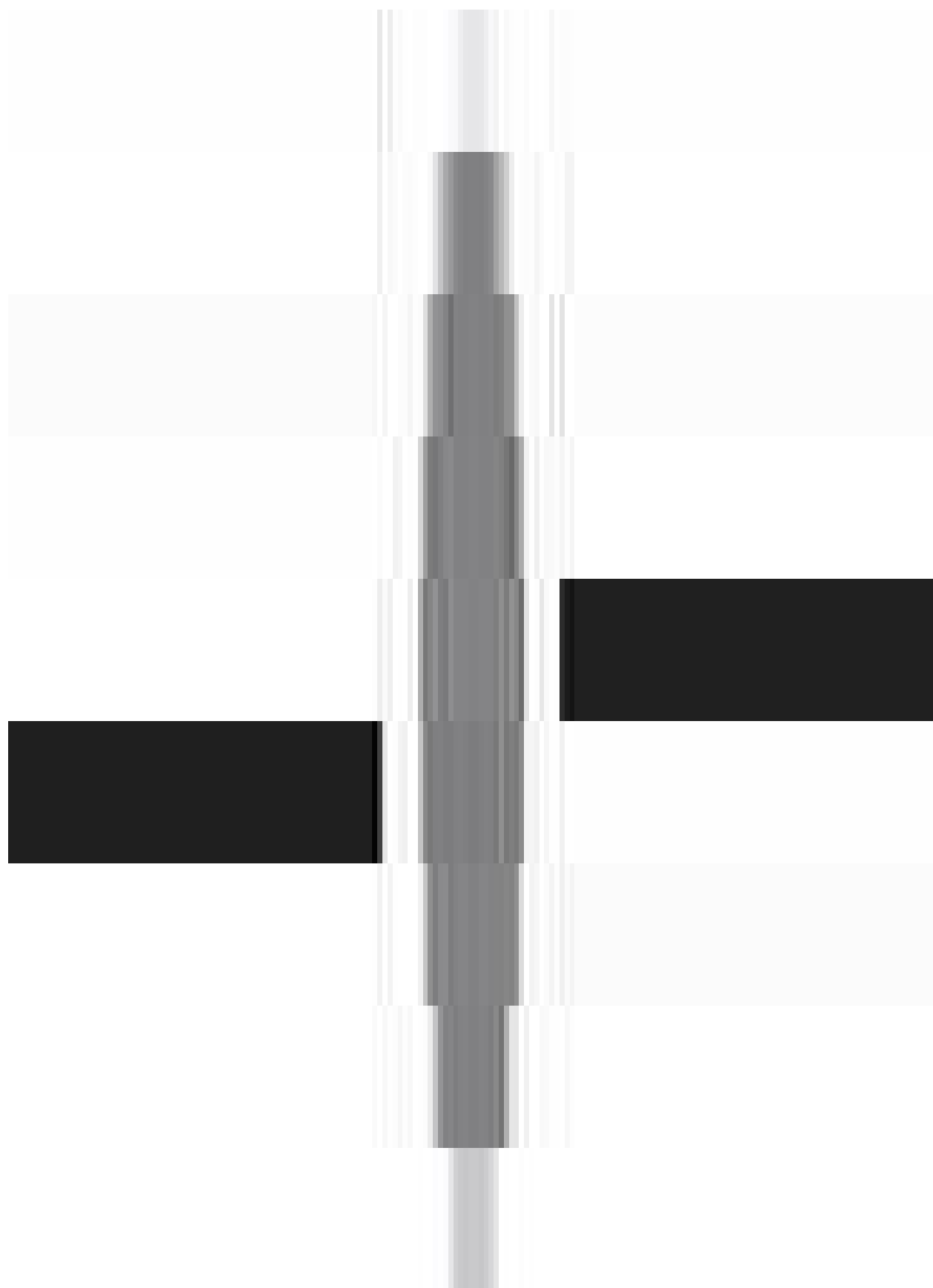
—El estudio de impacto ambiental —contestó Violeta segura.

—¡Exacto! —confirmó el muchacho poniéndose serio—. Pero eso no parece ser obstáculo para que pueda levantar su aserradero, el edificio por lo menos... Cortar árboles ya es otra cosa.

—¿Qué crees que debemos hacer? —lo interrogó Violeta también seria.

—Por ahora, nada —contestó él abrazándola—. Mientras no intente talar, todo bien. Esperemos a ver qué pasa.

Y se alejaron abrazados por la plaza semivacía.



—¿Por qué no me invitas a dar una vuelta contigo? —dijo Marichen.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó a su vez Rigo.

—No sé... donde vas siempre —sugirió ella.

—Eso es cualquier parte —señaló el chico sonriendo—. Yo siempre voy al bosque y aquí todo es bosque.

—Entonces, vamos a ese bosque de allá. ¿Se puede? —pidió la niña entusiasmada, indicando hacia el sur.

—Claro que sí —aseguró Rigo—. Son las tierras de los mapuches y son amigos míos.

—Estupendo, a ver si puedo conocer una ruca, eso me gustaría —dijo Marichen esperanzada, pero él se ensombreció.

—¿Una ruca? No podrá ser —afirmó—. Ellos ya no viven en rucas, sino en casas. ¡Espera! Conozco una que vive en ruca todavía, pero...

—¿Qué? —preguntó ella con ansiedad.

—No es muy amistosa y no sé cómo nos recibirá —concluyó el chico.

—¿Y qué puede pasar? ¿Que saque una escopeta y nos corree a balazos? —se burló Marichen.

—Peor que eso —Rigo siguió la broma—. Es una machi y puede echarnos un maleficio terrible.

—¡Ya! ¿En serio? —la niña lo miró perpleja.

—¿Qué cosa? ¿Lo de que sea machi o lo de la maldición? —quiso saber él.

—Ambas —respondió ella y se rieron.

Al poco rato, caminaban afanosamente por entre mañíos, lumas y ulmos, siguiendo una estrecha huella que avanzaba sinuosa por el bosque. De vez en cuando, los árboles cedían terreno a claros reverdecidos de pasto, donde algunas vacas forrajeaban inmovibles al sol de la mañana. Viejos troncos petrificados, unos aún de pie y otros tumbados, evidenciaban que había sido el fuego, y no el hacha, el que había abierto esos claros en el bosque, como cicatrices enormes en la piel verde de la tierra. Esos troncos grises y duros eran el testimonio del progresivo triunfo de la raza humana sobre la naturaleza, que, aunque indómita, poco a poco cedía terreno ante el hombre y su ambición.

Al pasar uno de esos claros, el camino se hizo cuesta arriba al internarse en un

bosque de araucarias. En algún recodo de la vereda se toparon dos o tres veces con gente de la tierra, que saludaban sonriendo y los seguían con la vista, como si de bichos raros se tratara. Eran recolectores de hongos y piñones, según le explicó Rigo a su amiga; gente buena cuando eran amigos. De no ser así, eran fieros enemigos.

—Si no me crees, pregúntale a Valdivia y a todos los españoles que trataron de conquistarlos —explicaba el chico, no sin cierto orgullo en la voz.

Finalmente, en un claro más pequeño y escondido, dieron con la ruca de Mamartita. Aunque el Winka se desgañitó ladrando, nadie salió a recibirlos, por lo que se sentaron sobre un cerco de palos a esperar.

—¡Ya! ¡Cállate, pesado! —le gritó Rigo al perro, y este dejó de ladrar.

—Gran guardián, ¿eh? —comentó Marichen refiriéndose al animal.

—Aquí no hay ladrones —aclaró el muchacho—, el perro solo llamaba a su ama, porque llegamos nosotros.

—Como quien dice, el timbre, ¿no? —bromeó la niña.

—Más bien, el mayordomo —bromeó también él.

—¿Y sabes cómo se llama este mayordomo? —quiso saber Marichen.

Rigo miró al perro a los ojos por unos segundos y luego contestó:

—Tiene un nombre no muy digno: se llama Winka. ¿Sabes lo que significa?

—Me suena, pero no podría decirte —admitió la niña.

—No estoy seguro, pero creo que es “ladrón de la tierra” —aventuró Rigo.

—No, significa “extranjero” —dijo una voz seca tras ellos—, lo que viene siendo lo mismo para mi pueblo.

Voltearon sorprendidos y Mamartita les echó una mirada altanera y desafiante, muy seria y con el entrecejo arrugado.

—¿Qué quieren? —preguntó sin asomo de amabilidad en la voz.

—Conocer su casa —contestó de inmediato el niño.

—¿Por qué? —inquirió secamente otra vez.

—Curiosidad —fue la rápida respuesta.

—Mi casita no está para el turismo —dijo entonces la mujer, encaminándose hacia la ruca—. ¡Ya, váyanse no más!

—Ella vino desde Santiago —Rigo no se rendía fácilmente—. Allá tiene muchas cosas, pero no tiene una ruca y le gustaría conocer una.

—Mi ruquita no es bonita como su casa —replicó la machi, deteniéndose en la puerta—. Es oscura, fría y huele a comida que ella no ha comido nunca. ¡No le va a gustar!

—¿Por qué? No la conoce, ella se parece mucho a mí —insistió el chico.

La mujer se volvió con la cara iluminada por una súbita sonrisa.

—¿Y tú te crees alguien muy especial, pichiwentru? —preguntó casi riendo.

—No, para nada —dijo rápidamente Rigo—. Solo soy un niño insistente, nada más.

—Pichiwentru... Tú vienes a mi ruquita con tu noviecita a pedirme que se la muestre —señaló burlona Mamartita y siguió—. Bueno, yo se la muestro, pero con una condición...

—¿Cuál? —quiso saber el chico.

—Dile al Winka que me devuelva lo que me robó —pidió la anciana.

Rigo la miró desconcertado, pero de pronto sonrió y dijo:

—Yo no puedo hacer eso. No conozco al que le robó su tierra.

La mujer se rió con ganas y Marichen se la quedó viendo sin entender nada. Sin embargo, el extraño diálogo sirvió después de todo, pues Mamartita por fin accedió y los invitó a pasar, mostrándoles todo lo que había dentro de su ruca, que no era mucho realmente.

—La ruquita es sencilla y humilde —dijo la mujer—, piso de tierrita, techito de paja y el fuego en el centro... Mi camita y el telar. ¿Para qué más? Cuando llueve, me cubre. Cuando hace frío, me abriga. Cuando me muera, aquí me velarán y si no me entierran aquí, es porque no se puede no más.

—¿Por qué tan escondida? —preguntó Marichen—. Digo, en medio de tanto árbol.

—Mamëll peñi¹¹ —contestó Mamartita.

—Los arbolitos también son de la tierra, como mi gente. Los árboles, los animalitos y también los hombres, son hermanitos, viven juntos sobre la tierra.

Pero los hombres parecen estar en guerra contra el bosque, hermano contra hermano, eso es malito. Los chilenitos cortan el coigüe, el mañío, el raulí y la lenga, los muelen chiquitito y los meten en barquitos que se los llevan lejos. Eso es tonto. ¿Para qué sirve un arbolito molido? Tú, pichiwentru, tú puedes hacer algo...

—¿Yo? —exclamó Rigo—. ¿Qué puedo hacer yo?

—Mucho, si piensas y... —la machi hizo una breve pausa antes de continuar— si hablas con quien debes.

—No entiendo —dijo el chico mientras meneaba la cabeza inquieto.

—¿No? Cuando esta tierra era solo de los pueblos que en ella nacieron —explicó la mujer—, sus hijos la respetaban, porque sabían lo feroz que puede ser el desierto seco, la gran montaña o la selva mojada. Ahora, los hombrecitos no temen a la tierra ¡y debieran, porque ella se defenderá!

—¿Cómo? —preguntó Marichen un poco incrédula.

—Hay que hacer que ella les muestre a los hombrecitos lo temible que puede ser —afirmó Mamartita enigmática.

—Hacer que la naturaleza se rebele —dijo Rigo como pensando en voz alta.

—¿Cómo se puede hacer eso? —se rió la niña sin comprender.

—Esa es la preguntita —contestó la machi y luego, mirando al chico, agregó—
¿Tú sabes cómo, pichiwentru?

—No... no lo sé —respondió él mirando hacia los árboles, distraído.

—Bueno, entonces ya es horita de que se vayan —dijo Mamartita dirigiéndose a la puerta—. Yo no voy a invitarlos a almorzar.

Cuando salieron, la mujer se acercó al perro y le quitó algo del hocico. Era un saquito con hierbas aromáticas.

—La supiste hacer, pichiwentru —dijo mirando maliciosamente al chico.

—Yo no hice nada —fue la simple respuesta.

De vuelta al pueblo, los niños caminaban en silencio. Marichen, ensimismada, rumiaba en su mente algo que no la dejaba tranquila desde que se despidieran de la curandera. Por último, no pudo aguantar más y en uno de los claros, se sentó sobre un tronco y dijo:

—Bien, cuéntame.

—¿Qué cosa? —preguntó Rigo sorprendido.

—Lo qué realmente pasó allá —explicó ella, mirándolo a la cara y remarcando notoriamente ese “realmente“.

—No entiendo —él desvió su mirada hacia los cerros—. Mamartita es muy rara y yo solo...

—Rigo, sé que crees que no me di cuenta de nada, pero te equivocas —replicó muy seria la niña—. Cuando la señora esa se largó a reír, creíste que me había distraído con ella, pero no... Me percaté de que te agachaste junto al perro y algo le dijiste.

—¡Yo, ¿al perro...?! —exclamó Rigo, pero Marichen no lo dejó continuar.

—¡Sí, tú! —le respondió enfática—. Ella no hablaba de ningún winka que le hubiese robado su tierra, hablaba del perro, que le había sacado el saquito que tú lograste que le devolviera. ¿Cómo?, no sé, pero eso me lo vas a explicar ahora.

Rigo se quedó mirando el suelo y no dijo nada por un par de minutos por lo menos. Parecía indeciso, como luchando en su interior contra algo que quería y no quería salir a la luz. Finalmente, suspiró y, sin levantar la vista, dijo:

—Está bien, es una cosa difícil de contar... y de creer —señaló—, pero no me dejas muchas opciones. Además, seguramente, después de que te lo diga ya no volveremos a hablar más.

—¡Qué dramático! —exclamó Marichen impaciente, pensando que él quería escabullirse.

—¿De verdad? —preguntó el chico enigmático, y luego continuó—: Va a parecerte ridículo, pero es cierto...

—¿Qué cosa? —dijo ella ante su vacilación.

La respuesta la dejó con la boca abierta.

—Puedo hablar con los animales —afirmó Rigo mirándola a los ojos.

—¿Qué? —Marichen no pudo evitar la exclamación.

—Que puedo hablar con los animales —repitió Rigo sin dejar de mirarla—. No sé cómo ni por qué, pero de alguna manera entiendo lo que piensan y ellos me entienden a mí.

—¿De veras? —exclamó la niña pasmada.

—Por supuesto que no —contestó él, apretando los labios.

—¿Me estás tomando el pelo? —volvió a preguntar ella, cayendo por fin.

—Por supuesto que sí —y Rigo le sonrió burlón.

—¡Antipático! —exclamó Marichen golpeándolo en un brazo—. ¿Qué te has creído...?

—No te enojés, tú te lo buscaste —se defendió él riéndose.

—Eres un pesado —le reprochó ella amurrándose.

—Ya, no es para tanto —señaló Rigo poniéndose serio—. Fue solo una broma.

—Y yo soy una tonta —dijo la niña—. Una tonta dispuesta a creerte.

—¿En serio? —la voz del chico tenía un tono especial al hablar—. ¿De verdad me creerías una cosa así?

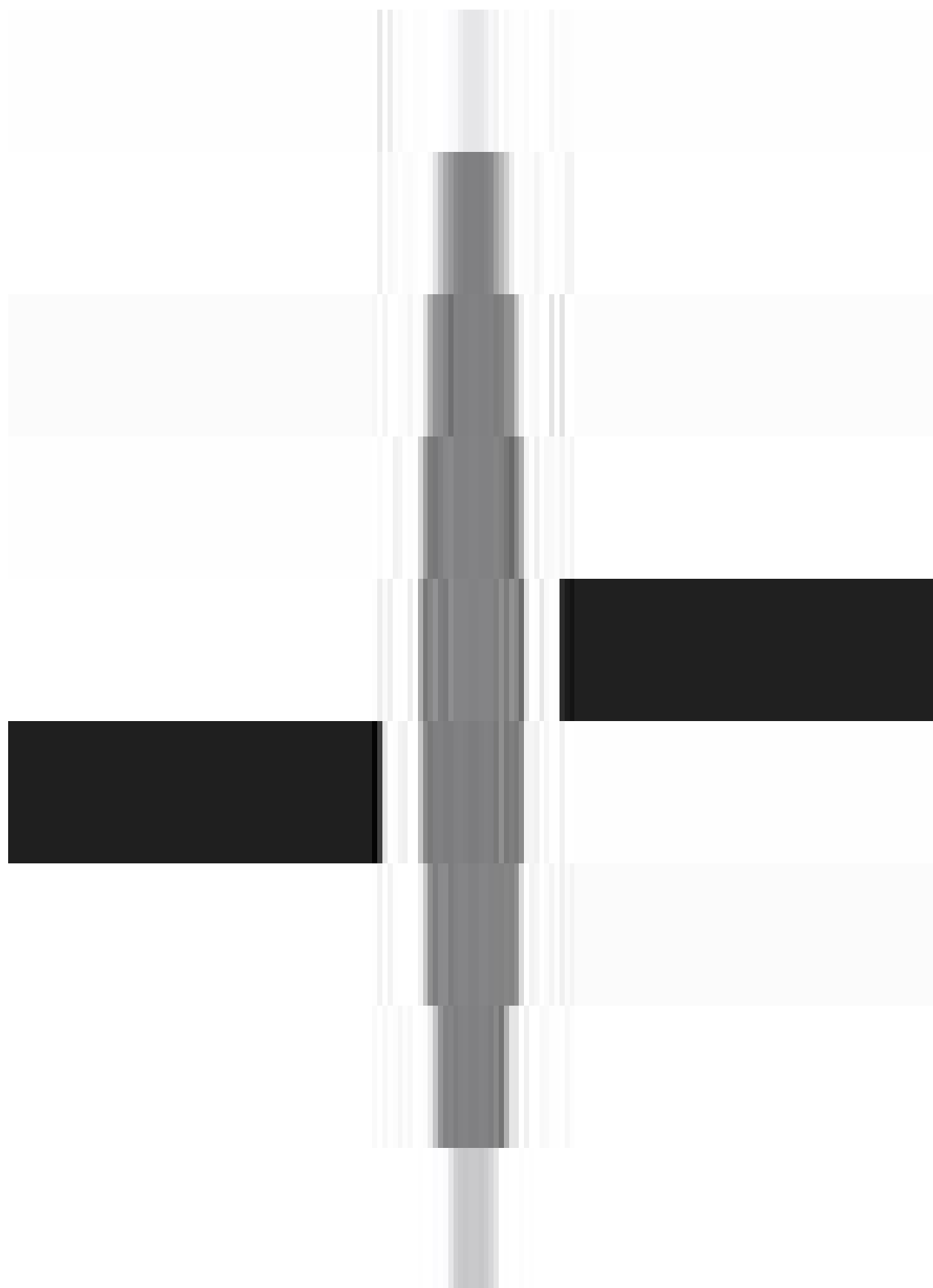
—No sé si te creería lo de hablar con los animales, pero sí que entre tú y ellos pasa algo especial. Para eso me basta lo que pasó con los ciervos, el tucúquere y el Winka... Y también las cosas que te dijo Mamartita.

Rigo la miró con ojos indecisos, vacilantes. Por un momento, su cara reflejó un

cúmulo de emociones diversas, como si en su interior bullera un volcán a punto de estallar. Abrió la boca para decir algo, pero finalmente, solo suspiró.

—Bien, vamos... ya es tarde —fue lo único que dijo.

Y siguieron caminando rumbo al pueblo.



Casi dos semanas después, cuando don Ottito bajó del jeep, junto a los camiones, los treinta hombres ya hacía rato que estaban listos. El hombrón estaba demacrado y serio, la discusión que recién había tenido con su padre lo había dejado alterado y de mal humor, y no tenía ganas de ser amable con nadie. Escupió las órdenes y todos corrieron, internándose entre los troncos que ya no darían buena sombra nunca más. Minutos más tarde, el chillido ominoso de las máquinas se elevó por sobre las copas, rebotó en las cumbres de los cerros cercanos y así, saltando de cima en cima, avanzó por todo el valle hasta los corrales donde los Valenzuela dejaron de jugar al oírlo. Más allá, la Chabela mugió espantada y don Segismundo despertó sobresaltado de su siesta, mientras doña Rosaura se persignaba.

Pero el ruido no se detuvo allí y llegó hasta el pueblo, entrando por las ventanas abiertas y los caños de las chimeneas, llenando las casas de un murmullo ingrato que hizo a las personas salir a la calle y mirarse perplejas unas a otras. Don Eurípides, en su oficina, dejó inconcluso un complicado soneto y se asomó inquieto a la ventana.

El largo e inacabable fragor lo llenó todo en El Apartado. Violeta y el muchacho de la “Picá del Diablo” contuvieron un beso que quedó en el aire, roto como los troncos que caían. Laura y Martín, que se hablaban por teléfono, enmudecieron y olvidaron los aparatos, para mirar hacia el lugar de donde el rumor funesto provenía.

Mucho más lejos aún, el Winka gruñó bajo y erizó los pelos del lomo. Mamartita, sentada en medio de su ruca, escuchó y no se sorprendió. Lentamente, dejó lo que estaba haciendo y tomó el kultrún¹², al ritmo del cual entonó una canción ancestral.

Marichen salió corriendo en bata del baño donde se duchaba y se sentó en la

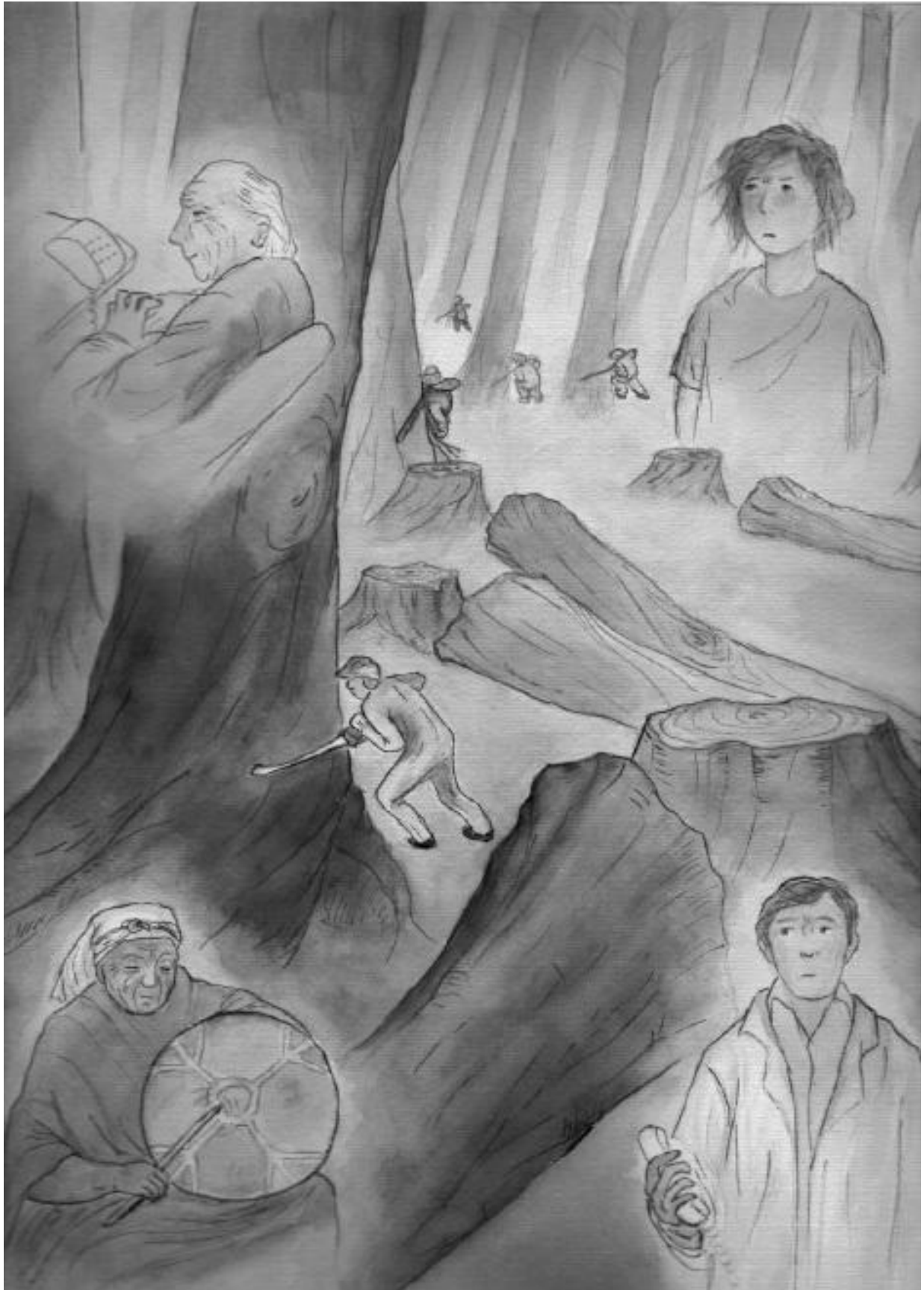
escalera del pórtico de la casa de su abuelo, que sentado en su escritorio, tomaba un vaso de vino blanco.

Y en el bosque, Rigo se quedó como petrificado cuando el alarido espectral de las motosierras, golpeando de tronco en tronco, llegó hasta él. Pero antes de un minuto, ya corría desbocado hacia el pueblo, tapándose los oídos, como si otro clamor, más angustiante que el de las máquinas taladoras, lo persiguiera inclemente.

De pronto, tropezó y cayó de bruces. Al levantarse, descubrió asustado a los ciervos rojos de la señora Meléndez, que le cortaban el paso. Al frente de todos, el macho líder se adelantó unos metros hacia él y se quedó mirándolo. Rigo levantó un brazo y quiso acercarse, pero el ruido de un árbol cayendo llegó hasta ellos y los animales huyeron espantados. Su boca se torció en una mueca de rabia y desesperación, cerró los puños y una lágrima corrió por su cara.

Entonces escuchó un sonido diferente al de las motosierras, un murmullo casi imperceptible al principio, pero que fue creciendo hasta convertirse en una triste y rítmica letanía, un canto entonado por una mujer que parecía llamarlo a la distancia. Casi sin quererlo, fue tras él.

Mucho más tarde, tranquilo y silencioso, llegó a su casa, se tendió en su cama y se quedó dormido.



Pasado el revuelo que la inesperada tala provocó, el pueblo recuperó la calma y, con ella, el habla. Todos hablaron con todos. Hubo comentarios, opiniones, denuestos, maldiciones y bromas. Las señoras rezaron en la iglesia, mientras sus maridos despotricaban a favor o en contra del aserradero en la “Picá del Diablo”.

Los Meyer estaban inubicables. El pueblo se dividió en dos: los que estaban a favor del proyecto y los que no. Entre estos últimos, los jóvenes, encabezados por Violeta, se prepararon para la “revolución verde”. Los comuneros mapuches, en tanto, celebraron un kawín¹³ en la ruca de Mamartita.

Extrañamente, Rigo parecía tranquilo, aunque no salió de su casa en dos días. Tampoco quiso hablar con Marichen que, contraviniendo las órdenes de su abuelo que prohibían a todos los de la casa tener contacto con alguien del pueblo, se las ingenió para ocupar el teléfono a escondidas.

A la hora de la comida, su hermana no aguantó más su silencio y le preguntó:

—¿Y tú no vas a hacer nada? ¿No vas a llorar o algo así, por lo menos?

—De hacer alguna cosa, no sería llorar —respondió sombrío.

—La verdad, es extraño que estés tan tranquilo, hijo —le dijo su madre—. Pensé que esto te impactaría.

—De todos modos, ¿qué puede hacer un niño de su edad? —terció Martín con

tono amargado.

—Yo haré lo que pueda —replicó brusco el muchacho—, pero cruzado de brazos no me voy a quedar.

—Cuidado con hacer tonterías, bandido —le advirtió su padre—. Y eso va también para ti, Violeta, tanta reunión urgente con tus compañeros ya me está dando miedo.

—¡Papá! —respondió seria la chica—. Soy rebelde, pero también soy pacifista.

—Más te vale —concluyó Martín.

En eso, sonó el teléfono y Laura se levantó a contestar. Segundos después, volvió, pálida y nerviosa.

—¿Qué pasó? —preguntó inquieto su marido.

—Era el cura... Debes ir a la iglesia —contestó ella, y añadió—: Ahora.

—Ya... —susurró Rigo para sí y sonrió.

El cura, muy alterado y tembloroso, recibió al veterinario en la calle, evitando al

grupo de curiosos que se asomaba a mirar por la puerta de la iglesia hacia adentro.

—Usted perdone, Martín, por sacarlo de su casa a esta hora —dijo atropelladamente el sacerdote—, no sabía a quién acudir. Pensé en los carabineros y en los bomberos, pero creo que esto cae más bien dentro de su campo de acción.

—¿De qué se trata, padre? —se acercó curioso el veterinario.

—Mejor será que lo vea usted mismo —contestó el cura, invitándolo con un gesto a seguirlo.

Pasaron por entre el grupo de ociosos y entraron a la iglesia. Todo estaba oscuro y más aún cuando el cura cerró la puerta dejando a la gente afuera.

—Prefiero que estemos solos —dijo y se dirigió hacia un costado de la nave central, donde estaban los interruptores de la luz, luego agregó—: Siempre me doy una vuelta antes de acostarme, fue cuando los descubrí...

—¿Los descubrió? ¿Qué? —preguntó el otro intrigado.

Por toda respuesta, el sacerdote encendió la luz e indicó hacia arriba. Martín levantó la vista y no comprendió inmediatamente qué era esa masa informe y grisácea que colgaba de las vigas y lámparas del cielorraso. De pronto exclamó:

—¡Murciélagos!

—Sí... Cientos, tal vez miles de murciélagos —confirmó el cura persignándose.

Los murciélagos no llegaron solos al pueblo. En el envigado metálico del gimnasio de la cooperativa anidó la bandada de loros trichahue más grande jamás vista en El Apartado; en la plaza, el repiqueteo de los pájaros carpinteros era incesante; las loicas, picaflores y chincoles zumbaban en bandadas por todos lados, y en los jardines, las lechuzas, los chunchos y los cernícalos, se tomaron todos los árboles disponibles. Arriba, en las altas araucarias de la Casona de la Cultura y en el campanario, los jotes vigilaban lúgubres las calles del pueblo.

La gente no sabía si reírse o salir huyendo y, sorprendidos como estaban, nadie atinó a nada. Las autoridades locales, es decir, la directiva de la cooperativa, el cabo Carrasco, el jefe de bomberos, el médico del consultorio y el cura, reunidos en la casa de alguien, hablaron con el veterinario, única persona capaz de aventurar alguna opinión respecto al fenómeno.

—¡Esto parece una película de terror! —dijo don Eurípides, entre risueño y nervioso.

—¿Por qué? —objetó el médico muerto de la risa—. ¡Por fin pasa algo en este pueblo aburrido!

—A mí no me gusta nada todo esto —señaló el administrador del gimnasio—. Voy a tener que corretear a esos loros a escopetazos si no se van. ¡Están arruinando la cancha con su caca!

—Usted no puede hacer eso —le advirtió el cabo Carrasco—. El loro trichahue es una especie protegida por la ley y está prohibida su caza, comercio y tenencia como mascota.

—¿Y puedo barrer su caca del piso? —preguntó irónico el administrador.

—Señores, por favor —intervino el cura—. No estamos aquí para pelearnos. En El Apartado está pasando algo muy extraño y debemos saber a qué atenernos. Martín, de todos nosotros, usted es el que más sabe de animales que no sean vacas, ¿tiene esto explicación?

—La verdad, padre —contestó el veterinario dudoso—, es que explicación no tengo, pero sí sé que cosas como esta han ocurrido en otras partes del mundo.

—¡Qué alivio! —exclamó don Eurípides—. Por lo menos hay antecedentes.

—¿Y en qué nos alivia eso, hombre? —quiso saber el médico, siempre muerto de la risa.

—Sé de algunas localidades de los Estados Unidos —prosiguió Martín—, pequeñas ciudades, en realidad, que cada cierto número de años congregan sobre sus cielos a millones de pájaros de todo tipo, especialmente cuervos.

—¡Qué lúgubre! —don Eurípides parecía cada vez más nervioso.

—También se han dado casos aislados en Europa, África y uno particularmente llamativo en Siberia, donde, al igual que en las ciudades de los Estados Unidos, millones de aves se reunieron sobre un pequeño pueblo por una semana completa. Cuando se fueron, había sobre el suelo una capa de veinte centímetros de excremento.

—¡No me diga! —exclamó el administrador y agregó, mirando al carabinero—. Protegidos o no, mi cabo, ¡yo los espanto!

—Bueno, en el caso de Siberia —continuó el veterinario—, resultó una bendición, pues era un poblado agrícola que vio de pronto enriquecida su tierra por un abono natural y... gratuito.

—Dios obra de manera misteriosa —sentenció el cura—. ¿Quién puede decir que la invasión que sufre nuestro pueblo no termine siendo también una bendición?

—Pero, acuérdesese de Sodoma y Gomorra, padrecito —refutó don Eurípides—. ¿Y si no es bendición, sino castigo?

—¡Por favor, don Eurípides, cómo se le ocurre comparar nuestro pueblo con Sodoma y Gomorra¹⁴! —exclamó el sacerdote perdiendo la paciencia.

—¿Esconde muchos pecados usted, mi amigo? —le preguntó burlonamente el doctor a don Eurípides.

—Harto menos que usted, de seguro —contestó molesto el otro.

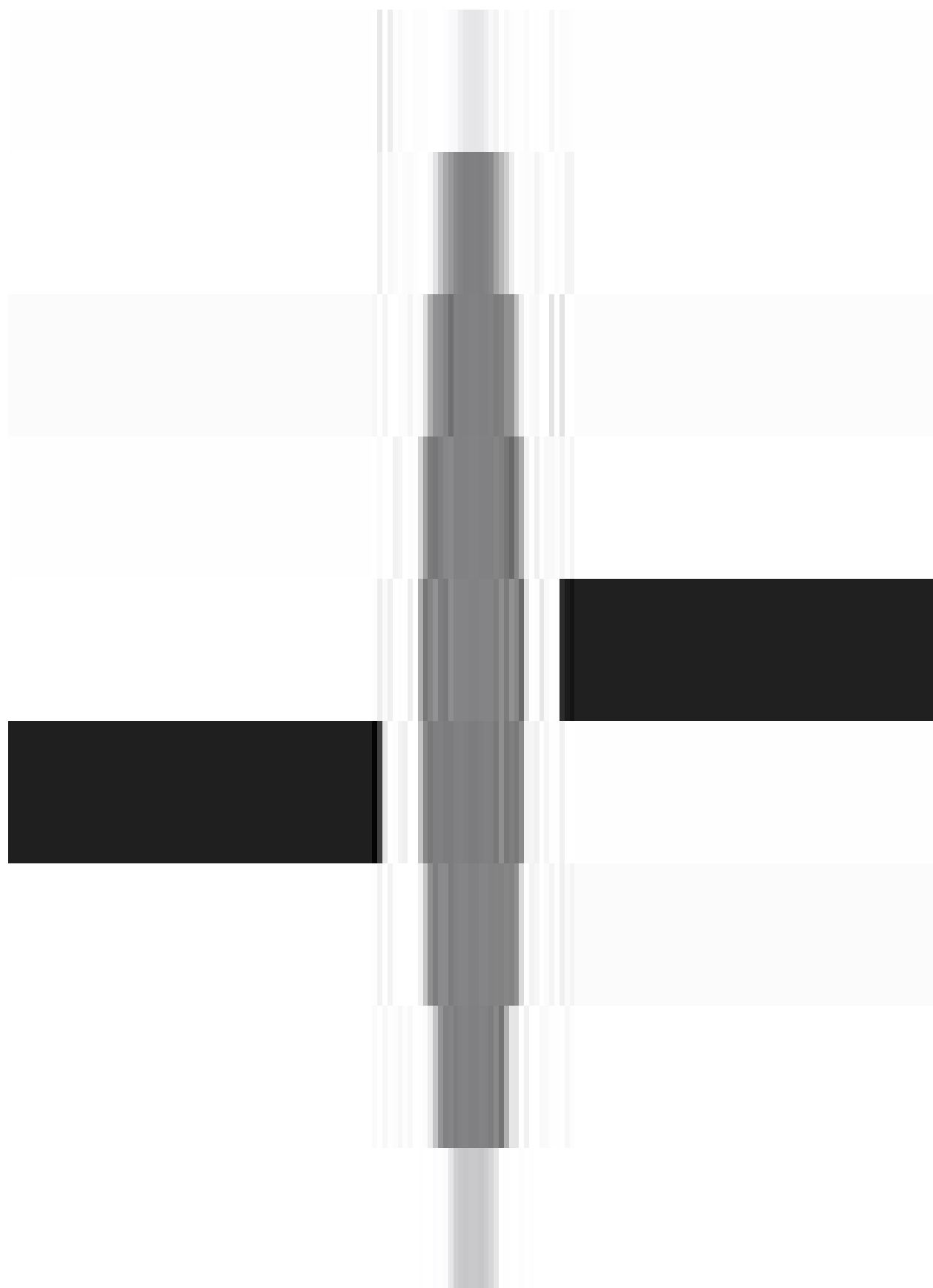
—Basta, caballeros —dijo el jefe de bomberos—. Mejor veamos qué podemos hacer.

—¿Doctor? —el cura se dirigió a Martín.

—Ni idea... —contestó sincero el veterinario—. Pero, supongo que, como en los casos que les conté, los pájaros se irán solos, tal como llegaron...

—Habrá que esperar, entonces... —concluyeron.

Sin embargo, no solo no se fueron las aves, sino que venían más sorpresas.



En la madrugada del día siguiente, Laura se despertó alterada, pues escuchaba ruidos extraños por toda la casa. Sacudió a Martín hasta casi botarlo de la cama.

—¿Qué pasa? —dijo él medio dormido aún.

—Algo o alguien se metió a la casa... ¡Escucha! —le dijo ella.

Martín puso atención y, efectivamente, se percató de los sonidos raros que se oían por todas partes.

—¿Qué está pasando aquí? —se preguntó en voz alta, en tanto descorría las frazadas y bajaba un pie al piso, pero lo subió enseguida, lanzando un grito—. ¡Chuquicamata...!

—¿Qué pasó? —exclamó Laura asustada.

—Pisé algo frío que se movió —explicó Martín, buscando el interruptor de la luz.

Cuando la encendió, casi se desmayaron los dos: en el entablado del piso, por todos lados corrían a esconderse bajo los muebles animales de toda especie: culebras, arañas pollito, ratones de campo, lagartijas y hasta sapos y ranas.

—¿Qué es esto? —el hombre no podía creer lo que veía.

—Martín... los niños... —le recordó Laura con angustia en los ojos.

Rápidamente se vistieron y salieron al pasillo, donde también encontraron bichos y alimañas que huían a toda prisa al verlos. Laura abrió la puerta de la pieza de Violeta y la encontró sentada en su cama y con cara de espanto, rodeada de pequeños monitos del monte¹⁵.

—¡Mamá! —dijo vacilante—. ¡O esta es la pesadilla más delirante que he tenido o el mundo se volvió loco!

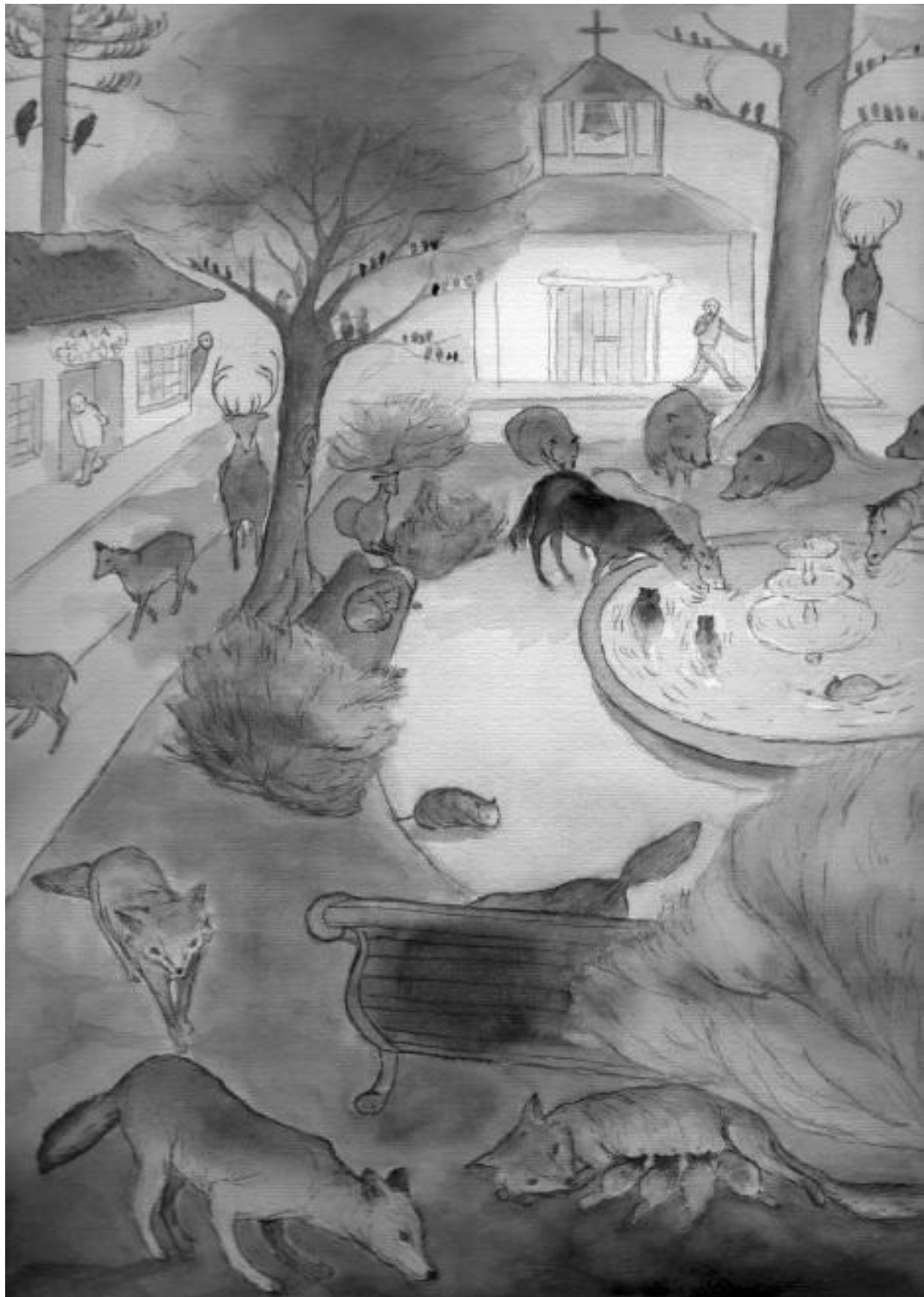
Martín entró al cuarto de Rigo y para su sorpresa, no había animales allí y el chico dormía plácidamente. No lo despertó, pero dejó la puerta abierta.

Los tres avanzaron entonces hacia el resto de la casa. Al encender la luz de la cocina, cientos de ranas comenzaron a croar asustadas, pero no se movieron. En el comedor, encaramadas en las sillas, varias familias de codornices se quedaron viéndolos en tensa espera. Cerraron suavemente la puerta y las dejaron tranquilas. En la sala, sobre los sillones, unos quince conejos pararon las orejas cuando se asomaron. Sobre el televisor tres perdices dormitaban acurrucadas.

Pero lo mejor estaba afuera. En el jardín, una mamá zorro y sus tres crías se habían adueñado de la gran tinaja de greda ornamental. Y atrás, en el patio, por todos lados se acomodaban liebres, coipos, ratones grandes y chicos, y hasta una pareja de jabalíes que, al igual que los ciervos rojos, habían sido traídos de Europa como piezas de caza.

—Lo que más perplejo me tiene —dijo Martín sentado a la mesa de la cocina, donde se tomaban un café, tratando de no pisar las ranas que no querían irse—, es esta convivencia pacífica entre especies... Depredadores y presas se están muy tranquilos uno al lado del otro. Recién vi a un grupo de conejos saltando junto al zorro y no pasó nada.

—Sin contar con el hecho evidente de que no nos tienen miedo —acotó Violeta, sacudiéndose una rana que, muy fresca, se había encaramado en uno de sus pies, y agregó—. Tampoco nos atacan.



—Esto me tiene aterrada —intervino Laura—. Ya han llamado de cinco casas distintas donde pasa lo mismo. La última fue doña Rosaura y me contó que el pobre don Segismundo despertó abrazado a un coipo que se había trepado a su cama... ¡Qué susto!

—Debió creer que era su mujer y se puso amoroso —se burló Violeta y no pudieron evitar reírse a carcajadas.

—¿Se imaginan lo que debe haber pensado el viejo antes de abrir los ojos? —preguntó Martín llorando de la risa—: “¡Por san Cornelio, qué peluda está la Rosaura...!”.

Más carcajadas incontenibles. Eso, hasta que apareció Rigo en pijama y con cara de sueño todavía.

—¿Por qué se levantaron tan temprano? —preguntó bostezando.

—Mira a tu alrededor y entérate —le respondió Violeta.

El chico hizo lo que su hermana le decía, pero no pareció sorprenderle nada. En eso, sonó el teléfono y Laura fue a atenderlo.

—Y bien, piojo, ¿tú qué opinas de todo esto? —lo interrogó Violeta.

—Lo justo es justo —contestó él—. Si les quitamos su casa, los animales nos quitan la nuestra.

—Rigo —dijo su mamá entrando—, Marichen quiere hablar contigo y dice que no te atrevas a no atenderla.

—¡Vaya, vaya! —se burló Violeta—. Es cosa seria tu amiga, ¿eh? ¡Cuidado, piojo, o te van a echar el lazo!

—¡Cállate, fea...! —le replicó él cuando salía a contestar.

—¡Eres hartoo pesadita tú, ah! —le dijo Laura a su hija—. ¡Déjalo tranquilo! ¡Oye! ¿Qué haces?

Violeta se levantó y, de puntillas, caminó hasta la puerta y la abrió suavemente.

—Quiero escuchar lo que dice —susurró muerta de la risa, refiriéndose a su hermano que hablaba en la habitación contigua.

—¡Copuchenta! —le dijo Laura con sonrisa cómplice. —¡Ya! Cierra esa puerta y déjenlo en paz —pidió Martín, pero su hija no le hizo caso. Y la voz de Rigo llegó claramente hasta ellos:

—Te digo que no sé qué está pasando —decía—. No, no quiero que nadie los dañe y que ellos tampoco lo hagan con alguna persona... Sí, te digo que los

animales se irán pronto...

Los tres se miraron con el ceño fruncido, sin entender nada. No hablaron más hasta que el chico volvió. Cuando vio sus caras al entrar, pareció darse cuenta de todo y titubeó un instante.

—Rigo —dijo su papá—, ¿de qué estabas hablando con tu amiga?

—¿De qué creen? —respondió distraídamente—. De los animales. Su casa está llena de culebras y cosas así.

—¿Y por qué le asegurabas que los animales se irían pronto? —quiso saber Laura.

—Porque me imagino que así será. ¿O no? No se van a exponer a que los matemos... no son tontos.

—¿Y por qué te pregunta a ti eso? —esta vez fue Violeta la que interrogó.

—¿Qué sé yo...? —replicó el chico fastidiado—. Supongo que porque soy el único hijo de veterinario que conoce. ¿Y por qué tanta pregunta? Yo creía que las conversaciones por teléfono eran privadas.

—Escuchamos sin querer, piojo —mintió Violeta—, no te enojés.

—¿Sin querer? ¡Como si no te conociera! —le contestó el chico irritado.

—Ya, discúlpame —pidió la chica—. No hubo mala intención.

—Ya sale el sol —dijo Martín para cambiar de tema—. Veremos qué pasa de día.

—¿Por qué? —preguntó Rigo algo inquieto.

—Porque de día los hombres son más valientes y, seguramente, nuestros descabellados vecinos intentarán echar a los animales de sus casas —respondió su padre—. Me temo que más de alguien termine herido y, lo peor, más de alguna bestia resulte muerta.

—¡No, eso no puede pasar! —exclamó el chico—. Los animales no atacarán a nadie, lo sé.

—Está pasando algo anormal con ellos, bandido —dijo Martín, levantando una ceja al mirarlo—. No podemos estar seguros de cómo reaccionarán.

—Debes decirle a la gente que los dejen en paz, que no se les acerquen —pidió el niño—. Con eso bastará.

—¿Sabes? Tienes razón —aprobó su padre—. En esta situación debe primar la

sensatez y tu idea es lo más sensato que he oído últimamente. Voy a hablar con la gente...

Y se fue presuroso.

Rato más tarde, Violeta se asomaba por la puerta a la habitación de su hermano que, tendido en la cama, trataba de recuperar el sueño perdido. Traía consigo una bandeja con un vaso de leche y un plato de cereal.

—¿Tienes hambre? —le dijo desde la puerta—. La mamá te mandó esto. Con tanta cosa rara, no tomaste desayuno.

Rigo no contestó, por lo que ella se encogió de hombros y, sin esperar permiso, entró y dejó la bandeja sobre el velador. Luego, viéndolo tan abrumado, se sentó a su lado y, dándole palmaditas cariñosas, le dijo:

—No te preocupes, piojo, el papá evitará que dañen a los animales.

—Él es uno solo —replicó Rigo—, en cambio, los demás son tantos...

—El papá sabe hacer las cosas —señaló ella—. Conseguirá que lo ayuden.

—No fue una buena idea —dijo el chico, más para sí mismo que otra cosa.

—¿Que el papá hable con los vecinos? —Violeta lo miró confundida—. Estás loco... era lo que había que hacer.

—No, esa no —corrigió su hermano sin mirarla.

—¿Cuál entonces? —ella no entendía nada.

—Que los animales vinieran al pueblo —contestó Rigo.

—Hablas como si alguien hubiera organizado esta “invasión” —dijo su hermana sonriendo.

—Tal vez haya sido así —el niño se volteó, dándole la espalda.

—¡Quién sabe! —concluyó Violeta—. No sé cómo lo hicieron para ponerse de acuerdo, pero cualquiera de ellos que haya discurrido este plan, creo que tuvo una gran idea.

—¿Por qué? —Rigo se volvió de nuevo, interesado.

—Porque le mete presión a la gente y esta, a su vez, presionará a don Otto —explicó ella entusiasmada—. Si los animales aguantan dos o tres días en el pueblo, los apartadinos terminarán rebelándose contra el viejo ese y... ¡chao aserradero!

—¿Tú crees? —preguntó el niño esperanzado.

—¡Claro! —aseguró Violeta—. Si algo no le gusta, la gente puede molestarse, enojarse y reclamar, pero no hará nada, mientras no le toquen su hogar... su “metro cuadrado”, como se dice... Pues, ahora los animales invaden justamente ese metro cuadrado y nadie soportará eso. ¡Te digo que se rebelarán!

—¡Ya! ¡Como en tu libro! —exclamó Rigo por fin comprendiendo.

—¡Oye... sí! No lo había pensado. ¡Don Otto tendrá su Fuenteovejuna! —afirmó Violeta exaltada, pero luego, recapacitando, corrigió—. Aunque, en este caso, es más bien Fuentevacuna.

En tanto Rigo y su hermana hablaban, el caos en las calles y casas del pueblo era cada vez mayor: los ciervos de la señora Meléndez pastaban en la plaza de armas, mientras los coipos se zambullían en su pileta. En el colegio, los zorros retozaban en los jardines y unos cuantos jabalíes se rascaban los lomos en las barandas de la escalera de acceso. El cura no solo tuvo que aceptar la presencia no muy grata de los murciélagos, también se le instaló una pareja de güiñas¹⁶ en el jardín.

Pero la expectación y algarabía llegó al límite cuando alguien descubrió entre los matorrales de helechos y nalcas que bordeaban el estero a una familia de tímidos pudúes que apenas se asomaban por entre las ramas. Sin embargo, también hubo noticias más alarmantes de personas que dijeron haber escuchado rugidos de puma en las afueras del pueblo, lo que no dejó de preocupar a muchos.

El cabo Carrasco y los tres carabineros a su cargo tuvieron más trabajo que nunca, pues debieron recorrer todo el poblado recordándoles a los más desesperados que la caza no estaba permitida en zona urbana y que la mayoría de las especies que correteaban, se escondían o sobrevolaban El Apartado, estaban en peligro de extinción y, por tanto, protegidas por la ley.

—¡Esto es el colmo! ¡Yo pago mis impuestos! ¡Cómo un loro va a tener más derechos que yo! —se quejaba el administrador del gimnasio cuando se lo llevaron preso por intentar usar su escopeta contra las aves.

Las mujeres no fueron a la iglesia por temor a los murciélagos, pero rezaron en sus casas, esperando a que el cura preparara una romería. Sus maridos, menos temerosos, compartían sin mayores problemas la “Picá del Diablo” con dos chunchos, unas cuantas culebras y un jabalí adicto a la cerveza, que los parroquianos le convidaban gustosos.

—¡Les dije, por san Rochefort, les dije...! Que ese aserradero solo daría problemas —el vozarrón de don Segismundo se escuchaba hasta la calle.

—¿Qué tiene que ver el aserradero con los animales? —preguntó el flaco moreno.

—No sé, pero algo tiene que ver —contestaba el anciano vagamente.

—Como sea —dijo el médico del consultorio, que se había unido a la francachela, ordenando una nueva ronda de tragos para todos, incluido el jabalí —. Por lo menos, pasa algo nuevo en este pueblo muerto.

—Lo que es a mí, esta circunstancia tan antinatural me altera los nervios — señaló don Eurípides, mirando preocupado cómo el animal borrachín bebía.

—¿De que está hablando? Con tanto bosque cerca y los únicos animales que se veían por aquí eran las dichas vacas —exclamó divertido el doctor.

—A propósito de vacas... —acotó don Segismundo poniéndose serio—, lo único que espero, es que toda esta trifulca no altere la producción lechera. Yo ya he notado a mis animales un tanto nerviosos...

Los demás lo miraron divertidos, don Segismundo no cambiaba.

Pero, a pesar de todo, la tala continuaba.

Los árboles seguían cayendo heridos por las motosierras y nada hacía presagiar un pronto término de las faenas. Al contrario, llegaron más hombres y más máquinas, se redobló el trabajo y cayeron más árboles.

Violeta y sus amigos denunciaron ante el cabo Carrasco la ilegalidad del aserradero, puesto que no tenía todos los permisos, como había asegurado don Otto. Sin embargo, el policía no hizo más que encogerse de hombros, él solo podía actuar con una orden judicial o, a falta de esta, al tener la certeza de que se estaba cometiendo un delito, cosa que no le constaba.

Conseguir la orden de un fiscal llevaría más de una semana. Aun así, el casi

novio de Violeta partió a la capital regional en procura de ella. La chica, en tanto, organizó protestas y mítines que atraían a mucha gente, pero que no podían evitar que los taladores siguieran con su trabajo.

Entonces, los jóvenes rebeldes recurrieron a otra estrategia: contaron a todo el que quisiera escucharlos una antigua leyenda mapuche que finalizaba con la maldición de Nguenechén¹⁷ contra aquellos que atentaran contra la tierra. No era cierta, pero nadie se preocupó de verificarla y provocó todo el efecto que se podía esperar de ella. Es decir, los que la creyeron, empezaron a murmurar en contra de don Otto y su proyecto y, los que no la creyeron, se reían de los primeros.

En pocas palabras, el asunto se empantanó y “la rebelión de las masas”, que tanto esperaba Violeta, no se producía... y los taladores seguían botando árboles.

Tres días llevaba ya la invasión de los animales, cuando ambos hermanos conversaban en el jardín, tratando de no molestar a mamá zorro y sus crías.

—Esto no está resultando —dijo Violeta desalentada—. La gente no reacciona y no sé qué más hacer.

—A mí tampoco se me ocurre nada —acotó serio Rigo—. Y los animales ya están muy nerviosos fuera del bosque. No creo que aguanten un par de días más.

—¡Pucha...! ¡Tanto trabajo para nada! —ex clamó la muchacha abrumada, volviendo la cara hacia el camino para que su hermano no la viera llorar.

En ese momento, descubrió al caballo montado por la exigua figura de una niña, galopando a toda carrera hacia ellos.

—Creo que tienes visitas —anunció, dirigiéndose a Rigo.

El chico se volvió justo cuando Marichen frenaba la marcha del Pampanito, hasta detenerlo junto a ellos.

—Toda una amazona tu amiga, ¿eh?, piojo —comentó Violeta, celebrando la destreza como jinete de la niña.

—¿Qué pasa? —le dijo Rigo a Marichen, arrugando el entrecejo.

—¡Esto empeora! —respondió la chica agitada—. Mi abuelo contrató gente de afuera para talar. ¡Son más de cien y llegarán pasado mañana!

—¡Lo que nos faltaba! —exclamó Violeta golpeándose la frente—. ¡Es el final...!

—¡No! —replicó Marichen con vehemencia—. ¡No se rindan! Rigo, tú tienes que hacer algo.

—¿Qué puede hacer él? —preguntó Violeta intrigada por la seguridad de la niña.

Marichen no contestó, limitándose a mirar al chico a los ojos. Rigo no pudo sostener esa mirada y desvió la suya hacia el jardín, tropezando de pronto con mamá zorro que, tendida sobre el pasto, amamantaba a sus hijitos. Entonces, una sonrisa radiante se instaló en su cara.

—¿Qué pasa? —quiso saber su hermana al notar el cambio en su rostro.

—Nada... es decir... Se me ocurrió que tal vez sería bueno organizar otra asamblea —propuso él vacilante.

—¿Otra asamblea? ¿Para qué? —Violeta estaba intrigada.

—Para encarar a don Otto —aclaró el chico—, y así levantar al pueblo, como en tu libro...

—¿Quién es don Otto? —preguntó Marichen curiosa.

—Tu abuelo —le contestó Violeta sin mirarla y añadió—. No es mala idea, piojo.

—¿Mi abuelo? —repitió la niña divertida, pero luego se puso seria—. ¡Oye...! ¿Y cómo le dicen a mi papá?

—Don Ottito —le respondió Rigo y agregó—. ¡Claro...! Si lo invitan no podrá negarse, porque si lo hace...

—¡Ottito! ¿Y a mí, cómo me dicen, ah? —preguntó alarmada la chica.

—Marichen —le dijo Violeta sin vacilar, luego prosiguió—. Si se niega a asistir, el pueblo entero se le irá encima. ¡Bien pensado, piojito! Voy a prepararlo todo al tiro —y partió corriendo.

En cuanto quedaron solos, Marichen miró al chico a la cara y, sonriendo con malicia, dijo:

—¿Por qué tengo la impresión de que lo de la asamblea no fue precisamente lo que se te ocurrió?

—Estás loca —contestó él sonriendo—. Ves cosas raras en todos lados.

—¡Hum! ¿Sí...? Te tengo vigilado, Rigo, no te descuides o voy a pillarte —replicó ella, también sonriendo.

—No sé a qué te refieres, pero no pierdas tiempo conmigo, mejor vigila a tu abuelo —pidió él.

—Lo haré, pero no te olvides de mí —dijo la niña.

—No tengo otra opción... —la interrumpió Rigo poniéndose serio y

sonrojándose bastante.

—Yo tampoco —concluyó ella mirándolo también seria y sonrojada.

Entonces, acercándose rápida, lo besó en la mejilla y, antes de que Rigo pudiera reaccionar, espoleó al caballo y partió al galope.

Esa noche, pasadas las doce, Mamartita apagó el fuego en su ruca y se aprestó a salir. Había estado pidiendo a los espíritus amigos, y a los no tanto, que la ayudaran y protegieran en lo que pensaba hacer, y ya se sentía preparada y lista. Se cubrió con su negra manta, cogió el saquito de hierbas recuperado y, después de encomendarle la casa al Winka, salió decidida. La luna llena le prestó su reflejo espectral para alumbrarse el camino.

Algunos kilómetros más allá, en el pueblo, una figura pequeña y vacilante escapaba de su casa por una ventana, sin encomendarse a nada, como no fuera su suerte. Pero también la luna la acompañó.

—¿Qué pasa con esos perros que ladran tanto? —preguntó don Otto, bajando presuroso por la escalera, al mismo tiempo que se acomodaba la bata a medio poner.

—No sé —respondió su hijo desde la puerta donde vigilaba escopeta en mano—, pero ya mandé a los peones a revisar. ¡Marichen, vuelve a tu pieza!

Don Otto se volvió y vio a su nieta parada tras él, pálida y asustada. —No pasa

nada, m'hijita —le dijo tratando de calmarla—. Acuéstate que es muy tarde.

Pero ella no le hizo caso y, al contrario, súbitamente cariñosa (como no lo había sido nunca), lo abrazó diciendo:

—¡Ay, abuelito! ¡Papá! Afuera hay alguien extraño. ¡Yo lo vi... desde mi ventana! ¡Por allá!—y señaló el lado sur de la casa.

—¡Ya oíste, hombre! —le gritó don Otto a su hijo.

El hombrón salió sin dudar llamando a los peones, que lo siguieron a toda carrera hacia donde Marichen había visto al intruso, sin que nadie se preguntara por qué los perros ladraban hacia el lado opuesto, por donde huía una sombra a todo correr.

A la mañana siguiente, Martín tomaba su segunda taza de té, mientras Laura intentaba mantenerse despierta a su lado. En verano, él era el único que trabajaba normalmente, por lo que seguía con su rutina de levantarse temprano para recorrer las lecherías en la mañana y atender los casos especiales por la tarde. Su esposa insistía en levantarse también y prepararle el desayuno, para volver a acostarse después. Pero los últimos días habían sido demasiado extraños como para dormir bien; además, mantener a los animales a raya resultaba agotador, por lo que Laura no disimulaba su cansancio, bostezando sin tapujos.

—¡Cuidado o me vas a tragar! —la embromó su marido.

—Disculpa, pero me muero de sueño —respondió ella sonriendo—. Estoy agotada.

—Te entiendo —dijo él comprensivo—. Anoche, las ranas improvisaron un festival de la canción bastante ruidoso.

—¡Sí... ranas malditas! ¡No me dejaban dormir! —se quejó Laura mostrando los dientes—. Te juro que si no fuera la esposa de un veterinario, ya las habría eliminado todas con la aspiradora.

—“Nobleza obliga”¹⁸, mi amor, lo siento —se rió él.

—No te rías, hablo en... ¡eh! ¿Qué es eso? —Laura se calló y puso atención.

A lo lejos, alguien gritaba desesperado. Alarmados, se levantaron de la mesa y se dirigieron hacia la puerta, pero ya antes de abrirla, supieron de quién se trataba.

—Es don Segismundo —dijo Martín.

—Y te llama a ti —señaló Laura—. ¿Qué le habrá pasado...? ¡Ay! ¡Doña Rosaura...!

—No, peor aún... para él, claro —la interrumpió su esposo.

—¡La Chabela! —exclamaron los dos al mismo tiempo.

Cuando salieron al camino, el pobre anciano ya se caía de agotamiento. Por muy fuerte que fuera, recorrer casi corriendo la distancia desde su casa hasta la del veterinario fue un exceso que pudo costarle la vida. Pero, conociéndolo, el riesgo bien se justificaba.

—¡Mis... vaquitas... doctor...! Mis animales, ¡ya no dan leche! —exclamó angustiado, mientras Martín y Laura lo llevaban casi en brazos hasta adentro.

—¿Cómo? ¿Cuáles? —preguntó intrigado el veterinario.

—¡Todas, doctor, todas! ¡Mártires lactantes! —respondió el anciano desesperado —. ¡Ni una gota de leche me dieron! ¡Ni una! ¡Ay, mísero de mí!

Y se tomaba la cabeza con sus trémulas manos, mirando a Martín con ojos suplicantes.

—Cálmese, hombre —pidió el médico—. En cuanto lo haga, iremos a ver a sus vacas.

El sonido del teléfono lo interrumpió y Laura fue a contestar. Cuando volvió, al verla, Martín se dio cuenta de inmediato de que no podría cumplir lo prometido a don Segismundo.

—¿Ahora qué? —preguntó presintiendo la respuesta.

—Las vacas de los Valenzuela tampoco dieron leche hoy —respondió muy seria ella.

—¡El fin del mundo! ¡Por santa Martirio de la leche cortada! —exclamó don Segismundo levantando los brazos al cielo—. ¡Ay, infelices todos!

El teléfono volvió a sonar y siguió sonando por dos horas más. A la tercera, en el camino, frente a la casa del veterinario, una docena de vehículos mal estacionados y una veintena de caballos a medio amarrar delataban que la mayor parte de los socios de la Cooperativa Lechera de El Apartado S.A. había decidido visitarlo esa mañana.

Rigo y Violeta, sentados en la cerca trasera de la casa, evitaban la desagradable escena de tanta gente desesperada inquiriendo, rogando o exigiendo una respuesta a su padre.

—Esto es lo más patético que he visto en mi vida —dijo la chica con una despectiva sonrisa—. Tanto hombre viejo lloriqueando porque sus vacas no dan leche.

—No tengo idea lo que significa “patético”, pero estoy de acuerdo contigo —acotó el chico, con una sonrisa amplia y contenta en su cansado rostro.

—¿Por qué tan contento? —su hermana se sorprendió al notarlo.

—Porque esta sí fue una buena idea —contestó sin pensar.

Confundida con la respuesta, Violeta iba a preguntar otra vez, pero el sonido del galope a sus espaldas la interrumpió. Se volvieron para ver llegar a Marichen, que venía con el rostro radiante y una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Ajá! Veo que no solo las vacas de mi abuelo se secaron —comentó al ver la algarabía frente a la casa.

—Sí, parece que es un “problema universal” —señaló Violeta irónica.

—¿Y quién será el culpable? —preguntó Marichen con un brillo especial en los ojos.

—¿Quieres decir qué clase de mal o enfermedad puede ser? —inquirió a su vez Rigo, mirándola con el ceño arrugado.

—Debe ser algún virus o algo así —aventuró Violeta con desgano.

—No, yo sé quién provocó este fenómeno, en realidad —replicó la niña con malicia, devolviéndole la mirada al chico.

—¿Quién? —quiso saber Violeta curiosa.

—Pues... mi abuelo —contestó Marichen, sonriendo burlona, mientras Rigo suspiraba.

—¿Tu abuelo? —insistió la otra, más curiosa aún.

—¡Claro! Él instaló el aserradero y está cortando los árboles, atrayendo la furia de los... ¿cómo es?... ¡ah, sí!... los pillanes¹⁹ —respondió la niña.

—¿Qué? —Rigo no entendió, pero su hermana sí.

—¡Oye, es cierto...! —exclamó—. Hay que decírselo a la gente para que lo tenga en cuenta.

—¡Ah, ya caigo! —afirmó el chico sonriendo—. ¡Vamos entonces!

—Espera —lo contuvo Marichen mirando hacia el camino—, me parece que eso tiene que hacerlo alguien más adecuado que nosotros.

—¿Cómo más adecuado...? —preguntó él extrañado.

—Alguien con más autoridad en materia de maleficios —le explicó Violeta, que había seguido la mirada de la chica y sonreía cómplice.

—¿Quién entonces? —quiso saber Rigo.

—Ella —le contestó Marichen haciéndole una seña para que mirara a sus espaldas.

Él volteó y vio a Mamartita acercándose a paso lento y reposado. Parecía cansada, pero su cara, a pesar de su seriedad habitual, trasuntaba en los ojos una vitalidad renovada, como si su espíritu estuviese contento o, más bien, satisfecho. Rigo sonrió al verla, mas, antes de que la mujer llegara hasta ellos, aclaró:

—Pero las machis no hacen maleficios, no son brujas... no Mamartita al menos.

—Eso no lo sé —aseguró Violeta—. Y, como yo, la mayor parte de la gente del pueblo tampoco, esa es nuestra ventaja.

Entretanto, en la consulta de Martín, todo era lamentaciones y preguntas sin respuesta. La situación era grave en realidad, la cooperativa tenía compromisos que cumplir y no podía atrasarse en la entrega de su producción a los compradores. Les había costado un montón de años de verdadera lucha contra las grandes empresas lecheras lograr establecerse como un proveedor independiente e importante, vale decir, con poder de decisión para fijar el precio de venta de su producto. Esto gracias, en parte, a la reconocida calidad de su leche y, también, porque habían sido muy responsables en respetar las condiciones de sus contratos.

Por esto, un estancamiento en la producción significaba un atraso en la entrega y, a la larga, un desastre económico para el pueblo entero, desde los latifundistas (como don Otto), hasta los pequeños productores (como don Segismundo), pasando por los comerciantes, los empleados (como don Eurípides) y los prestadores de servicios (como el veterinario).

—¡Esta es una catástrofe! —exclamaba don Segismundo, a quien nadie podía calmar—. ¡Un mal sueño, eso es!

—¿Qué les pasa a las vacas, doctor? —querían saber todos.

—No lo sé —decía Martín confundido—. No hay en toda la historia de la medicina veterinaria un caso igual o similar a este.

—Pero, algo sabrá usted —insistieron.

—No hay ninguna enfermedad que tenga como síntoma el súbito cese de la elaboración de leche por parte del organismo del animal —explicó el veterinario—. Cuando esto ocurre, es siempre en forma gradual.

—Se tratará de un mal nuevo y desconocido —aventuró don Eurípides.

—No creo tener tanta suerte, mi amigo —replicó con una sonrisa amarga Martín—. No sé lo que está pasando con sus animales, revisé a la mayoría ayer mismo y estaba bien, por eso me atrevo a asegurar que problemas físicos no tienen.

—¿Qué? ¿Nos está diciendo que las vacas están estresadas o que se trastornaron? —señaló alguien irónicamente.

—Aunque usted no me crea —dijo Martín—, hay investigaciones muy respetables que plantean la seria posibilidad de que animales de granja, como las vacas y las gallinas, sufran trastornos psicológicos debido a la manipulación de que son objeto.

—¡Lo que nos faltaba: ahora necesitamos un psicólogo de vacas! —bromeó alguien.

—¡O tendremos que darle vacas-ciones! —siguió otro.

—¡No sé cómo pueden reírse de esta catástrofe! —exclamó don Segismundo indignado—. ¡Tenemos que hacer algo!

—¿Pero qué? —le preguntaron los otros.

—Dejar de cortar los árboles —les respondió una voz grave y solemne desde la puerta.

Sorprendidos, todos se voltearon y descubrieron a Mamartita, cuya figura, normalmente baja y menuda, parecía haber crecido de pronto, al recortarse contra la luz del sol a sus espaldas. Iba vestida con su habitual atuendo, pero había agregado los ornamentos de plata tradicionales, lo que realzaba su aspecto, dándole un aire de cierta nobleza de raza que infundía respeto y hasta temor.

Los presentes, todos hombres, se revolvieron serios, conturbados por sus palabras y, especialmente, por su mirada fiera, aunque serena.

—Mamartita... Buenos días —la saludó sorprendido el veterinario—. ¿Qué decía usted?

—No son buenos los días cuando pasa todo lo que está pasando —respondió ella—. Los animalitos están defendiendo a su madrecita, la Tierra. ¡Dejen de cortar los arbolitos o tendrán que vivir de otra cosa!

—¡Pero nosotros no somos los que estamos talando el bosque! —replicó alguien—. ¿Por qué nos dice eso?

—Cuando llegaron los hombres blancos, españoles, chilenitos o alemanes —contestó Mamartita—, trajeron sus vaquitas y quemaron el bosque para que creciera el pastito con que alimentarlas. Cazaron al guanaco y al huemul, sin dejar nada para el puma, y cuando el pumita les robó una oveja lo cazaron también. Y así ha sido siempre y con todos los animalitos. ¡No pidan que ellos distingan entre el hombre bueno y el hombre malo, porque para ellos todos son malos!

—Mamartita, lo que usted dice quizás sea cierto —dijo Martín—, pero no puede pedirnos que creamos en maldiciones de espíritus y esas cosas...

—Dotorcito Martín, tú eres un buen hombre, muy sabio en tu trabajo, pero no entiendes algunas cositas que yo sí entiendo. Y les digo: si ustedes no hacen algo

para salvar el bosque, los animalitos no se irán del pueblo y las vaquitas no darán leche. ¿No me creen? Entonces, busquen en sus libros una explicación a lo que está pasando —los desafió la mujer.

Los hombres se miraron unos a otros confundidos, sin saber qué contestar. La machi casi tenía ganada la partida, sin embargo, la aparición de don Ottito vino a complicarle las cosas.

—Si los animales se van o se quedan —dijo adelantándose vacilante desde la puerta, sin saludar a nadie—, poco importa. Tampoco importa si las vacas solidarizan con sus parientes salvajes y no dan leche nunca más. En realidad, no importan ni las fantasías de esta señora, ni la habilidad de nuestro amigo el veterinario, ¿y saben por qué? ¡Porque este pueblo miserable ya se acabó! ¡Pronto no será más que un montón de cerros de astillas que se llevarán las multinacionales extranjeras para convertirlas en papel higiénico!

—¡Está borracho! —descubrió alguien.

—Sí, señor, no he dormido en toda la noche tomándome el bar entero de mi casa —admitió él con una sonrisa estúpida.

—¿Y a qué ha venido hasta aquí... y en ese estado? —preguntó otro molesto.

—Venía... venía a buscar al bueno de Martín, como le dice la señora aquí presente, para que fuera a ver lo que le pasaba a mis vacas. Pero después de escucharlos, veo que es inútil y me voy —explicó dirigiéndose hacia la puerta, pero antes de salir, se volvió a medias para agregar—. ¡Créanme, amigos, hagan sus maletas y búsquense otro pueblo donde vivir, porque este...!

No terminó la frase, pues descubrió en una de las ventanas de la consulta el rostro compungido y sonrojado de Marichen, quien, junto a Rigo y Violeta, se había asomado a espiar la intervención de Mamartita, sin esperar, obviamente, la brusca intromisión de su papá.

El hombrón abrió la boca, estupefacto, empalideciendo hasta los labios. Se quedó unos segundos paralizado sin saber qué hacer, pero luego se lanzó atropelladamente hacia su jeep en el que, avergonzado, huyó a toda prisa, dando tumbos por el camino.

Marichen, también pálida y perpleja, se alejó de la ventana, corriendo hacia su caballo. Pero no montó. Se quedó apoyando la cabeza contra un costado del animal, llorando.

Violeta hizo una seña a Rigo para que se le acercara y la consolara, cosa que él hizo no muy convencido. Pero se allegó hasta ella y, sin decirle nada, puso una mano sobre su hombro.

—No puedo ir a casa... él estará allí —dijo la niña sin mirarlo.

—Entonces, quédate... hasta que todo se arregle —ofreció él sonriéndole.

—Eso puede ser mucho tiempo si creemos en lo que dijo —replicó ella también sonriendo.

—No será así... ellos lo evitarán —dijo Rigo señalándole a los hombres que, presurosos, salían de su casa para subirse a sus vehículos y partir a toda carrera.

Mamartita salió al final, los miró desde lejos y, sin decir nada, dio media vuelta y se alejó por el camino también.

Resultaba curioso y un poquito absurdo ver el mar de paraguas que repletaba el gimnasio de la cooperativa bajo los que se cobijaban los apartadinos para protegerse de la caca de los loros que chillaban sobre sus cabezas.

Tal como lo habían planeado, Violeta organizó una segunda asamblea y, aunque la cantidad de autoridades era bastante menor y la presencia de don Otto no era segura, pues no había contestado la invitación que le hicieran, la gente había repletado el local con la misma expectación que en la primera asamblea.

Adelante, sentados entre Laura y Martín, Rigo y Marichen esperaban con cara de aburridos a que la reunión comenzara. Esa noche, después de su infortunada aparición en la consulta del veterinario, don Ottito y Martín hablaron por teléfono, pues la chica no quería volver a su casa, cosa que su papá comprendió y la dejó hacer. Lo increíble pasó al día siguiente, cuando Martín salió en la mañana y se topó con el padre de la niña al poco andar.

—Necesito que me haga un favor enorme, Martín —le dijo con aprensión—. Sé que nunca hemos sido amigos y que me porté muy mal en su casa ayer, pero usted me da más confianza que mi padre, y Marichen parece congeniar bien con sus hijos.

—No entiendo a dónde quiere llegar, pero si puedo ayudarlo... —ofreció no muy

seguro el veterinario.

—Tengo que viajar a Santiago y arreglar un par de asuntos pendientes —explicó el hombrón—. Quiero que Marichen se quede con ustedes hasta que yo vuelva, que, espero, será pronto.

—¿Con nosotros? Pero ¿y su abuelo? —preguntó extrañado Martín.

—Ya se lo dije: está muy viejo y tan metido en esto del aserradero, que no tendrá tiempo para ella —señaló don Ottito—. Además, ellos nunca se han llevado bien y mi padre estará feliz de no tener que preocuparse de la niña. En todo caso, en cuanto usted me diga que sí, yo iré a hablar en persona con el cabo Carrasco para dejar constancia de que mi voluntad es que mi hija esté con ustedes y no con él.

—¿Tan mal están las cosas? —comentó el veterinario levantando una ceja—. Yo no tengo problema y estoy seguro de que mi mujer tampoco, pero ¿y la niña? ¿Se irá sin explicarle nada a ella?

—Después de lo que pasó ayer, no tengo valor para enfrentarme a mi hija —confesó el hombrón bajando la vista—. Espero poder hacerlo cuando vuelva. Entonces, ¿cuento con usted?

—Sí, y no se preocupe, la cuidaremos bien —respondió Martín sonriendo.

—De eso no tengo dudas —señaló don Ottito, y luego sacando una maleta de su jeep, agregó—. Estas son sus cosas, en este sobre hay dinero para los gastos que

pueda ocasionar y, en este otro, una carta mía para ella. ¡Gracias, Martín! ¡No sabe cuánto me ayuda con esto!

—No faltaba más, hombre. Deme la maleta y la carta, pero guarde el dinero. Su chiquilla es nuestra invitada, no una pensionista. Y repito: vaya tranquilo, ¡pero vuelva, eh!

Así, Marichen llevaba ya dos días en casa de su amigo y, a pesar de que esta era mucho más sencilla que la casona patronal de su abuelo, se sentía más cómoda y tranquila que antes. Por eso, en el gimnasio, estaba con la familia de Rigo, aburriéndose de lo lindo, esperando a que todo empezara.

Por otro lado, las cosas seguían igual. Ya se completaban casi seis días del comienzo de la tala de árboles, cuatro de la “invasión salvaje” y dos de la “huelga de la leche”, como las llamaban en el pueblo. Y lo peor es que nadie, o casi nadie, sabía lo que estaba pasando realmente ni cómo terminaría todo. Los más crédulos habían tomado muy en serio las advertencias de Mamartita y culpaban al aserradero del desastre que vivían, pero los abrumaba la certeza de que no podían hacer nada, pues convencer a don Otto resultaba poco menos que imposible, al igual que pretender ganarle un juicio argumentando con maleficios y leyendas. Asimismo, los escépticos, que no creían que el problema de los animales tuviera relación con el bosque talado, tomaban mucho más en serio las palabras de don Ottito, preguntándose qué futuro le esperaba al pueblo de continuar las cosas como estaban.

Como fuera, todos esperaban que don Otto, que no aparecía por ninguna parte, diera una señal, en el sentido que fuera, que les permitiera salvar la situación. De una u otra forma, los apartadinos creían que solo él podía arreglar las cosas, ya fuera cerrando el aserradero o, por último, explicando bien lo que pretendía hacer en realidad con los bosques.

Pero no llegaba, y como no lo hacía, Violeta, paraguas en mano, subió a la tarima, abrió un micrófono y dio por comenzada la asamblea.

—Vecinos de El Apartado —dijo muy seria—, volvemos a juntarnos aquí para tratar el asunto del aserradero, que se ha convertido en algo ingrato para todos nosotros...

Y la chica continuó explicando cómo había averiguado que don Otto les mintió y que no tenía todos los permisos para comenzar a operar el aserradero; por lo tanto, el proyecto era ilegal. Pero también era inmoral, puesto que carecía de transparencia y se fundamentaba en mentiras, como la anteriormente dicha, o la falsa promesa de contratar mano de obra local, cuando la verdad era que en esos mismos momentos debían estar llegando al lugar de la tala cien nuevos operarios traídos de otras zonas del país.

Esta última revelación levantó un murmullo de molestos comentarios entre la multitud. Aprovechando esa incipiente irritación general, Violeta habló entonces de los animales.

—No existe una explicación lógica —dijo—, para que podamos entender la presencia de animales salvajes en nuestras calles y casas. Pero ¿existe una razón más lógica que la de defender su hogar? No hablo de fantasías ni de cosas mágicas, sino de instinto de supervivencia. Cuando un barco se hunde, las ratas lo abandonan. ¿No hacen lo mismo los marineros? ¿No nos iríamos nosotros a un lugar más seguro si este pueblo estuviera en peligro de desaparecer?

Los amigos de la chica iniciaron un aplauso que se convirtió en ovación por todo el gimnasio. Algunos loros, nerviosos, volaron espantados y los paraguas empezaron a cubrirse de manchas malolientes.

—Tampoco podemos explicar lo que pasa con nuestras vacas —continuó la chica cuando retornó el silencio—, pero es posible que así como los animales se alteran cuando se avecina un temblor o alguna catástrofe por el estilo y las aves huyen o los perros aúllan nerviosos etc. ante la catástrofe que significa para la naturaleza la destrucción del bosque nativo, las vacas, alteradas por este hecho, y como no pueden aullar, manifiesten su nerviosismo dejando de dar leche.

Más aplausos. Como se ve, Violeta había preparado con esmero su discurso, relacionando muy bien, y sin caer en teorías supersticiosas (pero sin descartarlas tampoco), los problemas de los animales con el funcionamiento del aserradero. Sin embargo, cuando los aplausos decayeron, una voz se alzó desde la puerta.

—¿Qué sarta de estupideces son esas?! —gritó don Otto avanzando hasta el entarimado y cogiendo un micrófono él también.

A pesar de su impecable presentación, su rostro congestionado y sus gestos bruscos delataban una agitación interna y una cólera mal contenida que lo hacían ver muy distinto al amable y preocupado vecino que pretendió ser en la primera asamblea.

—¿Cómo pueden creer semejantes patrañas? —continuó, mirando con ojos desorbitados a la concurrencia—. Es más, ¿cómo pueden ustedes, la mayoría hombres y mujeres adultos, hechos y derechos, estar escuchando a esta muchacha, casi una niña, contarles un cuento salido de su imaginación?

—¿Salieron de mi imaginación estos papeles que demuestran que usted no ha cumplido con el estudio de impacto ambiental que la ley exige para un proyecto como el suyo? —le replicó la chica sin amilanarse, mostrando una carpeta donde

guardaba los documentos traídos por su casi novio desde Puerto Montt.

—¡Mentiras! —contestó el anciano—. ¡Falsedades sacadas quizás de dónde!

—Y supongo que también es falso que hoy llegarán cien personas, contratadas afuera, para seguir talando árboles, ¿no? —contraatacó Violeta.

—¡Sí, explíquenos eso, señor Meyer! —gritó el flaco moreno desde el público y muchos hicieron gestos de aprobación—. ¡Usted prometió darnos trabajo!

—Eso... eso es solo una situación momentánea, amigos —explicó vacilante don Otto—. Aquí no hay mano de obra calificada para ese trabajo...

Una andanada de imprecaciones salidas del público interrumpió su explicación: —¡¿Hay que ir a la universidad para usar una motosierra?!

—¡Paá lo que cuesta gritar “árbol abajooo...”!

—¡Es que nos quiere como amigos, no como empleados!

—¡Que nos invite a almorzar a su casa entonces!

Las burlas terminaron por enfurecer al anciano, quien, haciendo un feo gesto con

la mano, exclamó:

—¿Y así piden trabajo? ¡Ríanse, no más, pero yo seré el que ría al final! ¡Falte el papel que falte, el aserradero ya está funcionando y no lo parará nada! ¡Ni esta niñita vivaracha, ni ustedes, ni nadie!

—¡Los animales lo harán! —la voz de Rigo interrumpió las amenazas de don Otto y atrajo todas las miradas sobre él—. ¡Ellos no se irán del pueblo ni las vacas darán leche, hasta que usted deje de cortar árboles!

—¡Mocoso impertinente! —replicó el hombre, y luego agregó, dirigiéndose al público con sonrisa burlona—. ¡Aquí tienen a otro chiquillo para que les cuente historias! ¡Él sabe lo que los animales piensan!

—¡Claro que lo sabe! —esta vez fue otra voz la que sorprendió a todos.

—¡Marichen! —exclamaron don Otto y Rigo al mismo tiempo.

—¡Él le pidió a las vacas que no dieran leche! —continuó ella sin pensar, indignada con su abuelo—. La noche que ladraban los perros, ¿recuerdas?, yo lo vi en los establos e hice que los peones buscaran en otro lado para que pudiera escapar.

—¡Ahora quieren convencerme de que el mocoso puede hablar con las vacas! —se burló el hombre, sin importarle que fuera su nieta quien lo asegurara; muchos se rieron con él.

—¡No! ¡Él no habla con los animales, pero los entiende y ellos a él!

Se hizo un súbito silencio y todos miraron hacia quien había pronunciado esas palabras. Rodeada por los comuneros mapuches, serios e inmutables, Mamartita esperó unos segundos antes de continuar.

—Todos tienen un don, bueno o malo, pero lo tienen —explicó—. Tú, viejito Meyer, sabes muy bien cómo ganar platita, aunque tengas que mentir y destruir para hacerlo. Tú, dotorcito Martín, sabes bien cómo curar a los animalitos... Todos tenemos un don y el pichiwentru también: el pichiwentru entiende a los animales y los animalitos lo entienden a él.

—¿Qué es esto? ¿Un congreso de parasicólogos locos? —preguntó irónico don Otto—. Un mocoso que habla con las vacas y una india bruja de porquería...

—¡Cuidado con lo que dice, hombre! —advirtió uno de los comuneros altivo.

—¡Y cuidado con lo que dice de mi hijo también! —agregó Martín en el mismo tono.

—¡Sí! ¡La machi tiene razón, Rigo puede hablar con los animales, somos testigos de eso! —se oyó gritar desde las graderías; eran los Valenzuela.

—¡Por eso se lo pasa merodeando por el bosque! —gritó otro por allá.

—¡Están locos! —replicó un escéptico.

—¡Los perros bravos no le hacen nada! —intervino un tercero.

—¡Por favor, estamos en el siglo XXI! —dijo otro, incrédulo.

Fue Mamartita la que acabó con la discusión. Se adelantó hasta llegar junto al chico y le dijo:

—Tú, pichiwentru, eres el único que puede decirnos qué pasará —le dijo fijando sus ojos en Rigo.

Todos lo miraron expectantes y en silencio. Él calló un momento, recorriendo las caras de quienes lo rodeaban, como buscando un apoyo que no pudieron darle. Sus padres, Violeta y Marichen, le devolvieron una mirada angustiosa. Solo Mamartita le infundió con el brillo ancestral de sus ojos la confianza suficiente para decir:

—Todo seguirá como está, hasta que paren de destruir el bosque.

Un murmullo molesto se levantó entre la gente, gran parte de la cual se tomó muy mal lo anunciado por el chico, sin importarles lo lógico o no de la situación. El disgusto estalló en gritos:

—¡Pero qué te hicimos, cabro de porquería!

—¡De dónde salió este niño endemoniado!

—¡Háganle un exorcismo al mocoso!

En ese momento ocurrió lo inesperado: los loros, ya fuera porque se asustaron con los gritos o por alguna otra extraña razón, se agitaron lanzándose a volar por sobre las cabezas de la gente, al mismo tiempo que arrojaban una lluvia de estiércol sobre ellas. Los apartadinos, entre asustados y asqueados, salieron en desbandada del gimnasio, huyendo del ataque impensado. Solo permanecieron dentro Rigo y su familia, Marichen, Mamartita y los comuneros mapuches, ninguno de los cuales, curiosamente, fue alcanzado por la caca de las aves.

Al llegar a su casa, don Otto bajó de su automóvil y unos cuantos peones que estaban por allí no pudieron evitar reírse ante el aspecto del patrón, que venía bañado entero en una materia blancuzca y maloliente. El anciano los increpó a gritos, haciéndolos tragarse su risa y correr a conseguir una manguera para limpiarlo antes de entrar. Los loros parecían haberse ensañado especialmente con él.

Ya más limpio, entró a su casa llamando a gritos a algún empleado que le diera respuestas. Apareció presuroso su administrador y, mientras el anciano se lavaba y cambiaba de ropa, le informó que la situación de las vacas no había cambiado y seguían sin dar leche.

—¡Al diablo las vacas! —contestó brusco don Otto—. Lo que quiero saber es si hay noticias de mi hijo.

—Me temo que no, señor —respondió el otro—. He intentado ubicarlo en su casa de Santiago, pero me dijeron que no ha aparecido por allá...

El anciano escupió una palabrota y dio un puñetazo en una pared.



—¡Infeliz! —exclamó iracundo—. ¡Escogió el momento preciso para abandonarme!

—Señor, no creo que lo haya abandonado —intentó conciliar el administrador—. Quizás tuvo un accidente y...

—¡Huyó, el muy cobarde! ¡Nada más que eso hizo! —lo interrumpió intransigente el viejo y luego preguntó—. ¿Llegaron los trabajadores nuevos?

—El capataz avisó que ya estaban en terreno y solo esperaban sus órdenes para empezar —contestó el hombre.

—¡Algo bueno, por fin! —dijo don Otto, calmándose un poco—. Que me traigan el jeep... Iré personalmente a ver que nada falle.

Rato después, el anciano, acompañado de un par de peones, partía velozmente hacia el lugar de la tala.

Rigo permanecía silencioso y cabizbajo, sentado en el escaño de la plaza. Junto a él, Marichen miraba a los ciervos que, desde prudente distancia, la observaban. Martín se paseaba en círculos, inquieto y molesto, mientras decía:

—¡Es una locura! ¡Una completa y ridícula locura! Una... una... ¡locura!

—Deja de vociferar y de moverte tanto —le pidió su esposa—. Tú pareces el loco aquí.

—Pero es que es para volverse loco —replicó él—. Tenemos animales salvajes en las calles, tenemos vacas que no dan leche y tenemos a un pueblo que cree que nuestro hijo es el culpable de todo... ¡porque habla con los animales!

—Yo no hablo con ellos, papá —intentó defenderse el chico, pero su amiga lo interrumpió.

—¡Sí lo haces! —dijo ella—. Te vi hacerlo con los ciervos y la otra noche eras tú quien rondaba por los establos, estoy segura.

—Marichen, por favor, creo que ya has hablado suficiente hoy —le señaló en tono suplicante Martín.

—No la tomes con ella, amor —intervino Laura—. Solo dice lo que cree.

—No sé —Martín se rascó la cabeza confundido, luego añadió—. ¿Alguien puede explicarme cómo es que llegamos a esto?

—¿Y si fuera cierto, papá? —Violeta miraba a su padre dudosa.

—¿Qué? —preguntó él a su vez.

—Ya sabes... que el piojo pueda... entenderlos, como dice Mamartita —explicó vacilante su hija.

—¡La locura es contagiosa! —exclamó Martín levantando los ojos hacia el cielo.

—Pero, papá —prosiguió Violeta tozudamente—, recuerda lo del Veneno.

—Y lo de los ciervos rojos —intervino Marichen.

—Y lo del tucúquere —acotó Laura, esbozando una sonrisa burlona.

—¿Tú también? —su marido se la quedó viendo con cara de asustado.

—No estoy diciendo que lo crea, solo dejo constancia de un hecho... que tú mismo me contaste —respondió ella sonriendo abiertamente.

—¡Ya está bueno! —exclamó Rigo levantándose y enfrentándolos a todos—.
¡No soy yo el que importa aquí! ¡Lo que importa es que en estos momentos están destruyendo el bosque! ¿Acaso no oyen nada...?

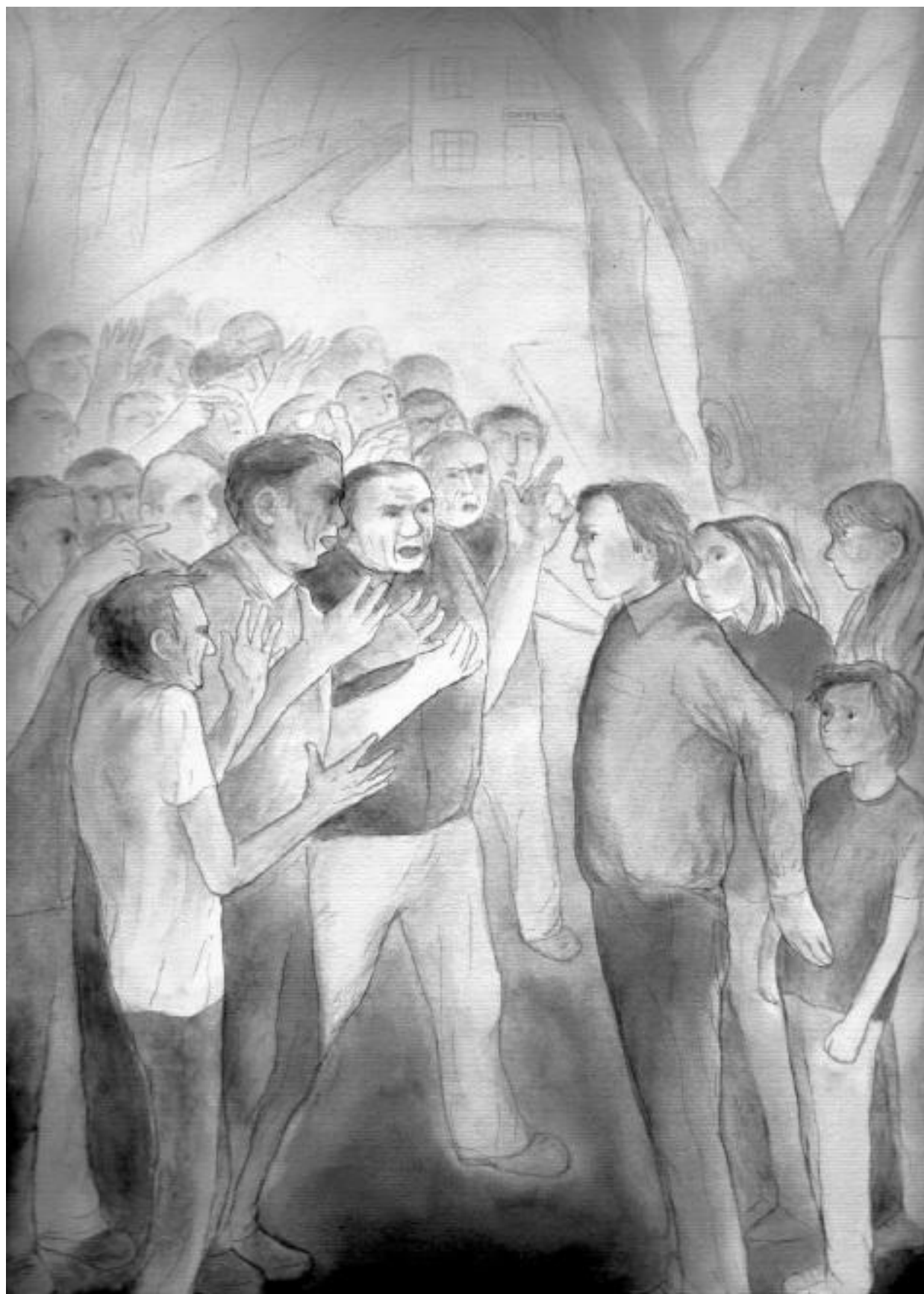
Y el chico apuntó un dedo hacia arriba. Los demás guardaron silencio y pusieron atención. Desde el horizonte de cerros bajó hasta ellos el sonido inclemente de las motosierras, pero que ahora chillaban como un monstruo crecido y

hambriento.

—¡Válgame Dios! —dijo Laura abrumada—. Parece como si hubiera miles.

—No, son solo cien más que ayer —corrigió Marichen desolada.

Lo inesperado sucedió entonces. Desde el edificio de la cooperativa, un grupo bastante numeroso de personas salió a paso firme y con rostros decididos, dirigiéndose hacia donde estaban ellos. En el camino, se les unieron otros más, de modo que al llegar frente a Rigo y su familia eran una muchedumbre considerable. Instintivamente, el veterinario y los suyos se apretujaron entre sí, al percatarse de los ceños fruncidos y las miradas rencorosas de que eran objeto.



—¿Qué pasa? —preguntó Martín.

—Don Martín, nadie quiere dañar a nadie —explicó un hombre que se adelantó unos pasos y habló a nombre de todos—, pero tenemos familias que alimentar y un negocio que cuidar. Usted tiene sus estudios y puede irse cuando quiera y ejercer en cualquier parte, pero nosotros no, lo único que tenemos es un pedazo de tierra y nuestras vacas...

—¿A dónde quiere llegar? —preguntó el veterinario, sospechando lo que vendría.

—Queremos que su hijo haga que los animales se vayan y nuestras vacas vuelvan a producir —le contestó el hombre un poco conturbado por lo que pedía.

—¡Por Dios, señores! —exclamó Martín estupefacto—. ¿Me van a decir que realmente creen que mi hijo controla a los animales?

—¡Lo único que sabemos, es que ni usted ni don Otto solucionarán nuestros problemas! —replicó el otro con ojos desesperados y duros—. ¡Su hijo es el último recurso que nos queda!

Los demás apoyaron al hombre con gritos y gestos de aprobación a lo que decía.

—¡Esto es increíble! —empezó a decir el veterinario, pero no lo dejaron continuar.

—¡Basta de hablar y que el cabro haga lo que tiene que hacer!

—¡Sí, que saque a estas bestias de nuestro pueblo!

—¡Ya, mocoso, arregla esta cuestión, o si no...!

Esta última amenaza pareció sorprenderlos a todos, haciéndolos callar, aunque sus miradas torvas indicaban que no cederían en sus intenciones. A pesar de ello, Rigo tuvo el valor de enfrentarlos.

—Los animales no se irán y las vacas no darán leche, hasta que salven el bosque —dijo.

—¡Cabro tarado! —gritó uno más exaltado que los otros—. ¡Hay que enseñarle a cooperar!

Y la muchedumbre, molesta por la negativa del chico, comenzó a acercarse peligrosamente hacia ellos.

Pero entonces se produjo una extraña agitación entre los animales que estaban en la plaza, aparentemente tranquilos hasta ese momento. Las aves se echaron a volar en círculos sobre las cabezas de la multitud, los ciervos se congregaron alrededor del macho líder y avanzaron decididamente hacia los hombres y, desde la escuela, gruñendo ferozmente, los jabalíes salieron corriendo también hacia el gentío.

Las personas se replegaron asustadas en un primer momento, pero alguien gritó: “¡Son solo animales... un par de escopetazos y listo!”. Y un hombre apareció entre todos, armado con una escopeta, dispuesto a disparar. Tras él venían otros dos.

Rigo se puso blanco. Los animales se refrenaron por un momento, pero luego siguieron acercándose. Los hombres se llevaron las escopetas al hombro y apuntaron. Todos contuvieron la respiración uno, dos, tres segundos...

Justo en ese momento, por una esquina de la plaza y sin que nadie se lo esperara, otro grupo de personas apareció y avanzó en silencio. Al reconocerlos, Rigo sonrió aliviado. Eran Mamartita y su gente.

Los pájaros volvieron a posarse en los árboles y los animales retrocedieron ante la llegada de los mapuches que, serios y portando sus palines²⁰, se detuvieron a las espaldas del chico y su familia, y se quedaron ahí en actitud desafiante. La muchedumbre se paralizó y un murmullo temeroso la recorrió. El hombre que había hablado primero se acercó a los que estaban armados y haciéndoles un gesto negativo con la cabeza, los hizo bajar sus escopetas y retirarse. Entonces, la machi tomó la palabra.

—Los chilenitos, sean hijos de españoles o de alemanes, siempre se equivocan —dijo sin asomo de burla u ofensa en la voz—. El viejito malo les miente, y se ríe de ustedes, y los insulta, y corta los arbolitos... ¡Y ustedes persiguen al pichiwentru valiente que se enfrenta al viejo malo! ¡Y tiene que venir la gente de la tierra a decirles a los descendientes de los que le arrebataron la tierra, cómo defenderla! Este pichiwentru no es su enemigo, estos animalitos no son sus enemigos, los mapuches no somos sus enemigos... ¡Su enemigo está allá cortando los arbolitos!

—¿Qué sabe usted, señora?! —intentó replicar alguien, pero no pudo.

—¡Escucha, hombre! —lo interrumpió en seco uno de los comuneros.

La mujer cambió su expresión seria por una sonrisa burlona y continuó:

—Pero, claro... es más fácil perseguir al pichiwentru. Es más fácil matar a los animalitos que invaden el pueblito. Es más fácil acostumbrarse a ver la tierra sin arbolitos. Cualquiera cosa es más fácil que hacer lo que se debe. ¡No sé cómo los padres de hombreritos como ustedes pudieron arrebatarse la tierra a mi gente! ¡Algo muy malo debió hacer la gente de la tierra para merecer un castigo así! ¡Eso, o ustedes no son dignos hijos de sus ancestros!

—¡Ya, Mamartita! —dijo alguien avergonzado—. Ya entendimos.

—Si es así —replicó la mujer—, ¡vayan y enfrenten al viejito malo como lo haremos nosotros!

Y haciendo un gesto a su gente, dio media vuelta y se encaminó a las afueras del pueblo, encabezando a la muchedumbre silenciosa que la siguió.

Rigo se desprendió de los brazos de su madre y fue tras los mapuches.

—¡Oye! ¿Dónde vas tú? —le preguntó Martín sorprendido.

—¡Ya la oíste, papá, hay que ir allá y detener a don Otto! —respondió el chico sin parar.

—¡Voy contigo! —exclamó Marichen y corrió también.

Cuando ella lo alcanzó, Rigo se detuvo un instante, miró hacia atrás y gritó:

—¡Violeta! ¡Tu libro, ¿recuerdas?!

El rostro de su hermana se iluminó y, sonriendo, se lanzó a correr también, pero en sentido contrario.

—¿Y tú, dónde vas? —le preguntó Laura.

—¡A buscar a Fuentevacuna, mamá! —le respondió sin parar.

—¿A quién?

—¡A mis amigos!

Indefensos, los árboles caían uno tras otro bajo la mordida de los engendros mecánicos que los taladores manejaban diestramente. Después, los troncos desnudos de ramas y recortados a la medida de los gigantes acoplados de los camiones eran elevados por la garra ingente de la grúa que los acomodaba sobre las plataformas, donde quedaban apilados como columnas muertas. Cuando un camión completaba su carga, partía perezoso hacia el aserradero y otro ocupaba su lugar.

Pero no todos los árboles habían sido talados aún. Sagazmente, don Otto había dejado una franja de bosque, de unos veinte metros de ancho, entre la zona de tala y el camino, de modo que desde este no se podía ver la debacle forestal. Sin embargo, el anciano miraba con cierta preocupación hacia esos mismos árboles todavía de pie.

Apenas llegó al lugar, ordenó el comienzo del trabajo y se mantuvo ahí, vigilando que todo marchara como él quería. Al bajar del jeep, se percató de la presencia de numerosos pájaros en los árboles junto al camino y, aunque le pareció raro que no huyeran del ruido y la actividad humana, pronto los olvidó. Pero un poco más tarde, notó que la cantidad de aves había aumentado considerablemente y seguían llegando. El fenómeno no le hubiera llamado la atención en lo más mínimo de no ser por lo que le había pasado en la asamblea, cuando una nube verde lo rodeó y lo dejó lleno de estiércol de loro. Y en esos momentos, casi tres horas luego de su arribo a la zona de trabajo, ya francamente alarmado, veía cómo aves de todas las especies, grandes y pequeñas, rapaces o de presa, bulliciosas o no, se amontonaban por decenas en las ramas de aquellos árboles. Llamó al capataz para preguntarle:

—¿Te parece normal tanto pájaro junto?

—¡Humm! —el hombre, que era de la zona, se rascó la barba antes de responder—. Mire, patrón, han pasado tantas cosas raras aquí en el campamento, que ya no sé lo que es normal o no.

—¿De qué hablas? —quiso saber don Otto intrigado—. ¿Qué cosas?

—De los animales, patrón —contestó el capataz—. Al principio no encontramos ni uno y creímos que se habían ido todos para el pueblo, pero el mismo día que las vacas dejaron de dar leche, aparecieron algunos... no muy simpáticos.

—¿Cómo es eso, hombre? —preguntó de nuevo el anciano, sin dejar de vigilar a los pájaros, que ya debían de ser cientos.

—Bichos desagradables, patrón —explicó el otro—, chingues²¹ hediondos, quiques²² que muerden todo lo que se mueve, ratones cola larga, con hanta y todo, me imagino. ¡Si hasta rugidos de puma hemos escuchado, patrón, y bien cerca, oiga!

Don Otto no quiso saber más y pensó en regresar a su casa. Ordenó al hombre que buscara a los peones que lo habían acompañado y se sentó en el jeep a esperar. La historia del capataz, aun cuando la encontró exagerada, no dejó de despertarle cierto temor que, no obstante, su carácter fuerte y arrogante desechó con desagrado, instalando en su lugar la irritación de sentirse acosado hasta por la naturaleza. “Solo falta que se ponga a llover”, pensó echando un vistazo al cielo que, salvo unas pocas nubes escasas y delgadas, se mantenía limpio y claro.

Pero no fue el clima lo que perturbó su sueño de grandeza o, más bien, de riqueza. No, lo que lo inquietó fue el vuelo repentino de todas las aves al mismo tiempo, que formaron una especie de nube oscura y movediza que, en cierto momento, llegó incluso a velar la luz del sol.

Sin embargo, más inquietante que la huida de las aves, fue la causa de su súbito vuelo: un cerrado y silencioso grupo de gente avanzaba por entre los árboles, sin prisa, pero sin pausa. En un principio, no los reconoció, pero esperó a que avanzaran para distinguirlos mejor. Unos cuantos pasos más y descubrió la figura baja y menuda de Mamartita a la cabeza de su gente y maldijo entre dientes.

—A ver —dijo volviéndose hacia el capataz—. Manda a decirle a esa gente que esto es propiedad privada... y reúne a los hombres aquí, por si acaso.

El capataz lo miró raro, pero hizo lo que le pedía. Uno de los peones corrió hasta el grupo que avanzaba y trató de hablar con la machi, pero ella no le hizo caso y siguió caminando. Don Otto pensó en ese momento que nunca debió hacerle caso a su hijo cuando este lo convenció de no comprar escopetas para la faena. Pero, encogiéndose de hombros, salió del jeep y se enfrentó a la mujer que ya casi llegaba hasta él.

—Esta es mi propiedad, señora —dijo serenamente en cuanto ella pudo escucharlo—. No sé a qué vienen y, francamente, no me interesa saberlo. Así que les pido que se vayan y no interrumpan el trabajo... por favor.

—Tú debes dejar de cortar los arbolitos —replicó la machi—. Estos bosques no te pertenecen, ¡yo lo sé!

—¿Qué está diciendo? —preguntó él, sonriendo despectivamente—. ¡Claro que son míos! No sé de dónde sacó eso de que no lo son.

—¡Yo lo sé, porque el lonko Antonio Lincoqueo, mi chacha²³, vendió estas

tierritas en nombre de toda su comunidad, al señor Yáñez Opitz hace como treinta añitos!

—Correcto, señora —confirmó el anciano, sonriendo burlón—. Pero, resulta que él se casó con mi hermana, o sea, es mi cuñado, ¿entiende?

Mamartita no parecía saber eso, pues no dijo nada y don Otto se sintió vencedor. Pero entre los mapuches distinguió a Rigo y eso distrajo su atención y despertó su mal humor.

—¿Y tú, qué haces aquí?! —le gritó molesto, luego ordenó al capataz—. ¡Saquen a este mocoso de mis tierras ahora mismo!

Pero el hombre no alcanzó a cumplir su orden, porque Marichen se interpuso entre el chico y él.

—¡Cuidado, señor! —le dijo al capataz—. ¡Este niño está protegido por los animales! ¡Si usted lo toca, lo lamentará!

El trabajador se detuvo sin saber qué hacer, no por miedo a la amenaza, que le pareció absurda, sino porque sabía que la niña era la nieta de su patrón.

—¡Marichen! —exclamó su abuelo, e iba a decirle algo más, pero no pudo.

Otro grupo de personas, más bullicioso y gesticulante que los mapuches,

apareció por entre los árboles, haciéndolo suspirar de fastidio. Era la gente del pueblo, con los jóvenes rebeldes al frente, liderados, obviamente, por Violeta, que sonreía feliz, pensando, sin duda, en Lope de Vega.

Cuando se detuvieron junto a los mapuches, los amigos de la chica entonaron un cántico improvisado rápidamente para la ocasión, que en seguida fue coreado por los demás:

Don Otto, don Otto,

un loro te persiguió.

Por más que corriste

igual te alcanzó,

¡y bañado te dejó!

Don Otto, don Otto,

déjate de cortar,

porque si no lo haces

el lorito volverá.

¡Al bosque déjalo en paz!

Los taladores empezaron a murmurar risueños a espaldas de don Otto, que veía que la cosa se le ponía difícil. Rojo de vergüenza e indignación, ordenó a los peones que sacaran a esa gente de sus tierras, pero sus hombres lo miraron con cara de “¿cómo dijo?”, recordándole que ellos eran bastante menos que la muchedumbre molesta y decidida.

Comprendió que su situación era precaria, tanto por la desventaja numérica, como porque no estaba seguro de la lealtad de su gente. Sin embargo, terco y soberbio, no estaba dispuesto a ceder ni un milímetro, así que se volvió hacia sus trabajadores y gritó:

—¡Ya está bueno! ¡Les pago para que corten árboles, no para que cuchicheen tonteras! ¡Partieron a trabajar! Si esta gente no quiere irse, ¡allá ellos! ¡Muévanse!

A regañadientes, los hombres empezaron a moverse, sin quitar la vista de la multitud que los miraba con no muy buenos ojos. Pero el patrón era don Otto y él ordenaba seguir talando. Volvieron al bosque, buscando los árboles marcados. Una de las motosierras comenzó a rugir, pero el hombre que la manejaba la soltó antes de que tocara el árbol que pretendía cortar y salió corriendo espantado. Los demás lo miraron desconcertados, pero un súbito rugido, que no era mecánico, los hizo volverse hacia el bosque. Tres grandes pumas salían de él.

El pánico fue total y los taladores huyeron en desbandada. Ninguno de ellos había visto un puma en su vida, como no fuera en fotos o en la televisión, pero les bastaba ver que era un gato muy, pero muy grande, con garras y colmillos proporcionales a su tamaño. Uno los habría hecho correr, tres ni hablar.

La muchedumbre, en tanto, protestaba a gritos contra don Otto, que fingía ignorarlos, pero sin atreverse a darles la espalda. Por eso no vio venir ni a los taladores ni a los causantes de su huida. Al ver pasar a los hombres por su lado, no comprendió nada, y menos aún cuando la gente frente a él dejó de gritarle groserías, para exclamar: “¡Cuidado, cuidado!”.

Solo al notar que la muchedumbre corría hacia el camino, se volvió y, entonces, se dio cuenta de todo. Súbitamente, se encontró mirando cara a cara a un puma salvaje, a menos de dos metros de distancia, gruñéndole irritado y mirándolo con cara de hambre felina. Lo peor es que había dos más tras el primero.

Fue más de lo que el anciano pudo resistir y, conmocionado, trató de refugiarse en el jeep, pero perdió el equilibrio y cayó de espaldas al suelo, donde se quedó atontado. Los animales, rugiendo, se encaramaron al vehículo y clavaron sus ojos en él, relamiéndose.

—¡Se lo van a comer! —gritó alguien entre la multitud que corría y todos se detuvieron espantados por la posibilidad de la carnicería.



—¡Abuelo! —exclamó Marichen aterrorizada.

—¡Rigo! —gritó Laura cuando el niño echó a correr hacia los pumas.

—¡No... vuelve! —lo llamó Martín inútilmente.

Rigo corrió sin pensar en lo que hacía. Justo cuando estaba por llegar, una de las bestias saltó sobre el anciano semiinconsciente, acercando peligrosamente el hocico a su cuello.

La multitud ahogó un chillido, sin saber qué hacer.

—¡No...! —oyeron entonces al chico gritar.

Luego lo vieron acercarse lentamente a los animales, que lo miraban como sorprendidos de su valor temerario.

Martín contenía a Laura, que lloraba desconsolada, y Violeta afirmaba a Marichen, que también lloraba.

Rigo alzó una mano y los pumas se quedaron quietos.

Mamartita se apoyaba en un árbol, conteniendo la respiración.

El muchacho dio dos pasos y los animales rugieron.

La gente esperó lo peor.

Pero nada pasó. Oyeron a Rigo decir algo dando otro paso hacia los pumas que, increíblemente, no solo no lo atacaron, sino que se calmaron y sin rugir, ni mostrar los colmillos, ni erizar la pelambre de sus lomos, se alejaron del niño y del anciano para echarse, indiferentes, unos cuantos metros más allá.

Entonces, Rigo se agachó y despabilando a don Otto, logró que se pusiera de pie y caminara apoyado en él. A la mitad de su recorrido, Martín y Laura, aliviados, salieron a su encuentro y lo ayudaron con el anciano.

—¡Por Dios, Rigo! —lo reprendió su padre una vez que dejaran al viejo en otras manos—. ¡Una cosa es que todos digan que hablas con los animales, pero otra muy distinta es que tú te creas el cuento!

Pero su hijo no le respondió. Solo se limitó a volverse sonriendo hacia los pumas, que fijaron de inmediato sus ojos en él. Alzó, entonces, una mano como despidiéndose y los animales, sin gruñir ni volver la vista atrás, se levantaron de donde estaban y, trotando, volvieron al bosque, que se los tragó para siempre.

Por supuesto, después de todo lo pasado, el trabajo se terminó, por ese día al menos, y todos volvieron al pueblo. En el campamento de los taladores solo

quedaron algunos encargados de cuidar las cosas. Don Otto, no repuesto del todo, permanecía en su jeep tratando de recuperarse, asistido por Laura y Marichen. Padre e hijo, sentados en un tronco, veían a la multitud marcharse. Martín esperó unos minutos antes de hablar.

—No sé lo que pasa entre tú y los animales —dijo acariciando al chico en la cabeza—, y créeme, ¡no quiero saberlo! Solo me interesa que sepas dos cosas: primero, sea lo que sea, cuídalo y úsalo siempre para bien...

—¿Y la segunda? —preguntó su hijo al notar que callaba.

Martín lo miró sonriendo emocionado.

—Estoy tremendamente orgulloso de ti, bandido —le contestó abrazándolo.

En eso, apareció por el camino un vehículo que se acercaba rápidamente y que se detuvo a unos diez metros de ellos.

Se abrieron las puertas traseras y, por un lado, bajó un hombre joven con un bolso en la mano. Por el otro, el cabo Carrasco.

—¡Antonio! —exclamó Violeta y corrió a abrazar al muchacho de la “Picá del Diablo”, que la recibió sonriente y cariñoso. Martín abrió la boca sorprendido e interrogó con la vista a Laura, quien se encogió de hombros sonriendo.

Después de la bienvenida, los tres se acercaron al jeep donde permanecía don Otto. El cabo Carrasco preguntó cómo estaba el anciano. Una vez informado, se enfrentó a él y le dijo:

—Señor Meyer, cumplo con comunicarle que las faenas de su aserradero, incluida la tala, por supuesto, deben suspenderse indefinidamente, por orden del juzgado...

—Pero, hombre —murmuró interrumpiéndolo el anciano, tratando de incorporarse—, ¿sabe cuánto he invertido en este proyecto?

—Eso no me incumbe, señor —le contestó el policía—. Su aserradero no cumple con los requisitos legales para funcionar, por lo tanto, no tiene autorización para operar.

—¡Nadie me impedirá que...! —trató tozudamente de discutir don Otto.

—No intente reanudar las faenas sin la autorización correspondiente —lo interrumpió el cabo—, o tendré que arrestarlo. Está advertido.

—Pero... —el anciano quiso decir algo más, sin embargo, la súbita aparición de alguien lo detuvo. Era don Ottito.

—¡Papá! —exclamó Marichen que no lo había visto descender del mismo vehículo en que llegaron Antonio y el cabo Carrasco.

—Hola, hija —la saludó él sonriendo cariñoso, pero sin atreverse a abrazarla.

—¡Hijo, por fin! —sacó la voz de nuevo don Otto—. ¡Haz que este señor entienda que no podemos cerrar...!

—¡Ya basta, papá! —lo interrumpió don Ottito—. Se acabó, ¿me entiendes? ¡Se acabó!

—¿Qué estás diciendo? —lo increpó el viejo—. ¡Tú que huiste como un cobarde y apareces ahora...!

—¡Yo no escapé! —lo paró en seco su hijo—. Fui a Santiago a resolver dos cosas. Visité al tío Emilio (Emilio Yáñez Opitz —explicó a los demás—), con quien tuve una larga charla. Te mandó sus saludos y un papel firmado por él y sus abogados en el que me traspasa a mí el fideicomiso²⁴ de sus tierras. En otras palabras, tú ya no eres el patrón, papá.

—¡Traidor! —le gritó el viejo, colorado de indignación.

—¡No digas leseras, papá! —replicó su hijo—. Ahora vamos a arreglar este entuerto, pero a mi manera. Para empezar, la próxima semana llegarán los expertos que elaborarán un estudio de impacto ambiental... de verdad. Este negocio se hará como la ley manda o no se hará. En cuanto a ti, papá, creo que un viaje te haría muy bien para calmarte los nervios. Mañana mismo te vas a Santiago y de ahí a Europa... o donde quieras. Y no te preocupes, yo me encargo de todo aquí.

Don Otto quiso replicar, pero se contuvo, adivinando en el rostro de su hijo una determinación de la que no lo hubiera creído capaz. Estaba vencido.

Cuando entraron al pueblo, el día ya declinaba y todo estaba silencioso y tranquilo. Al parecer, las emociones del día habían sido muchas para la gente y todos estaban en sus casas, tratando de digerir lo que había pasado. En la plaza, se detuvieron para la despedida. Por un lado se irían Rigo y su familia, por el otro, Marichen y su padre (don Otto había sido trasladado rápidamente a su casa). Empezaban a estrecharse las manos, cuando Violeta exclamó:

—¡Oigan! ¿Y los animales? ¡Ya no están!

—¡Claro, poh, tonta! —le dijo Rigo riéndose—. Ya no tienen nada que hacer aquí.

—¿Eso significa que las vacas volverán a dar leche? —preguntó con malicia don Ottito, pero el chico no cayó.

—¿Cómo quieren que sepa yo eso? —constestó Rigo encogiéndose de hombros y los demás se rieron.

Antes de separarse, Marichen se llevó aparte a Rigo. El chico miró a los otros algo abochornado, pero todos se hicieron los desentendidos, fingiendo no verlos, así que respiró un poco más tranquilo.

—¿Sabes? Eres el niño más extraño que he conocido —le dijo ella sonriendo—.

Demasiado tranquilo, cerrado como una caja fuerte y, a veces, un poco brusco y malhumorado, sin embargo, me alegro de haberme topado contigo.

—Hablas como si esta fuera una despedida —replicó él con voz triste.

—No, señor —se rió Marichen—, tienes para rato conmigo. Solo quería decirte eso: que eres especial.

Rigo se revolvió incómodo. Nunca antes una niña le había dicho cosas como esas y no supo qué contestar. Pero ella lo miró comprensiva y con una sonrisa algo apenada, se despidió:

—Chao, nos veremos... uno de estos días.

Y se alejó hacia su padre que la esperaba junto al vehículo. Pero no alcanzó a dar dos pasos.

—Mañana... —dijo Rigo de pronto.

—¿Qué? —preguntó la niña volviéndose.

—Mañana nos vemos... en la tarde —explicó él sonriendo—. Te llevaré a conocer un lugar que te gustará... Ven con el Pampanito ¡y trae un caballo para mí! ¡También me gusta montar!

—¡Bien! —exclamó Marichen radiante—. ¡Hasta mañana...!

Y corrió al encuentro de su padre.

Martín y Laura miraban con disimulo a Violeta y Antonio, esperando pacientemente. Por fin, su hija no pudo aguantar más y, tomando a su enamorado de la mano, se acercó a ellos, diciendo:

—Está bien, está bien... cumpliré con las formalidades de rigor. Papá y mamá, él es Antonio Heine, nos conocimos en el colegio hace varios años y hará cosa de... unos meses... que nosotros... bueno, ya saben.

—¿Del colegio? —preguntó sorprendida Laura—. ¿Y cómo es que no me acuerdo de ti?

—Solo me hizo clases un año... en octavo —respondió el muchacho sonriendo—. Y yo era del montón, no más.

—¿Y qué haces ahora? —quiso averiguar Martín veladamente.

—¡Ya salió el padre de familia! —exclamó molesta Violeta.

—Es lógico, amor, ¿no crees? —le dijo Antonio, luego agregó orgulloso—.

Estudio medicina en la Universidad de Concepción... segundo año...

—¡Bien! ¡Ya se los presenté y saben que es un buen partido! —interrumpió Violeta apresuradamente—. Ahora, él tiene que irse a su casa, porque su abuela lo está esperando.

—¡Por Dios, hija! ¡Qué brusca! —la reprendió Laura—. Adiós, Antonio, ya me acordé de ti. Saludos a tu abuela y qué bueno que la quieras tanto.

—Se lo merece —contestó él con vehemencia—. Por ella voy a ser médico... me lo inculcó desde chico... ¡Adiós!

—¿Así que lo conoces? —preguntó Martín a su esposa, una vez que el muchacho se hubo alejado—. ¿Y...?

—¿Y... qué? —replicó Laura—. Es un buen chico. Por lo que me acuerdo, vive con su abuela, porque es huérfano de madre y su papá trabaja en una salmonera de Puerto Escondido.

Luego sonrió mirando a su hija y agregó:

—¡Toda una “suegra” la que conseguiste!

—¿Por qué...? ¿Quién es? —quiso saber Martín.

Laura y Violeta cruzaron miradas serias y demoraron unos segundos en contestar.

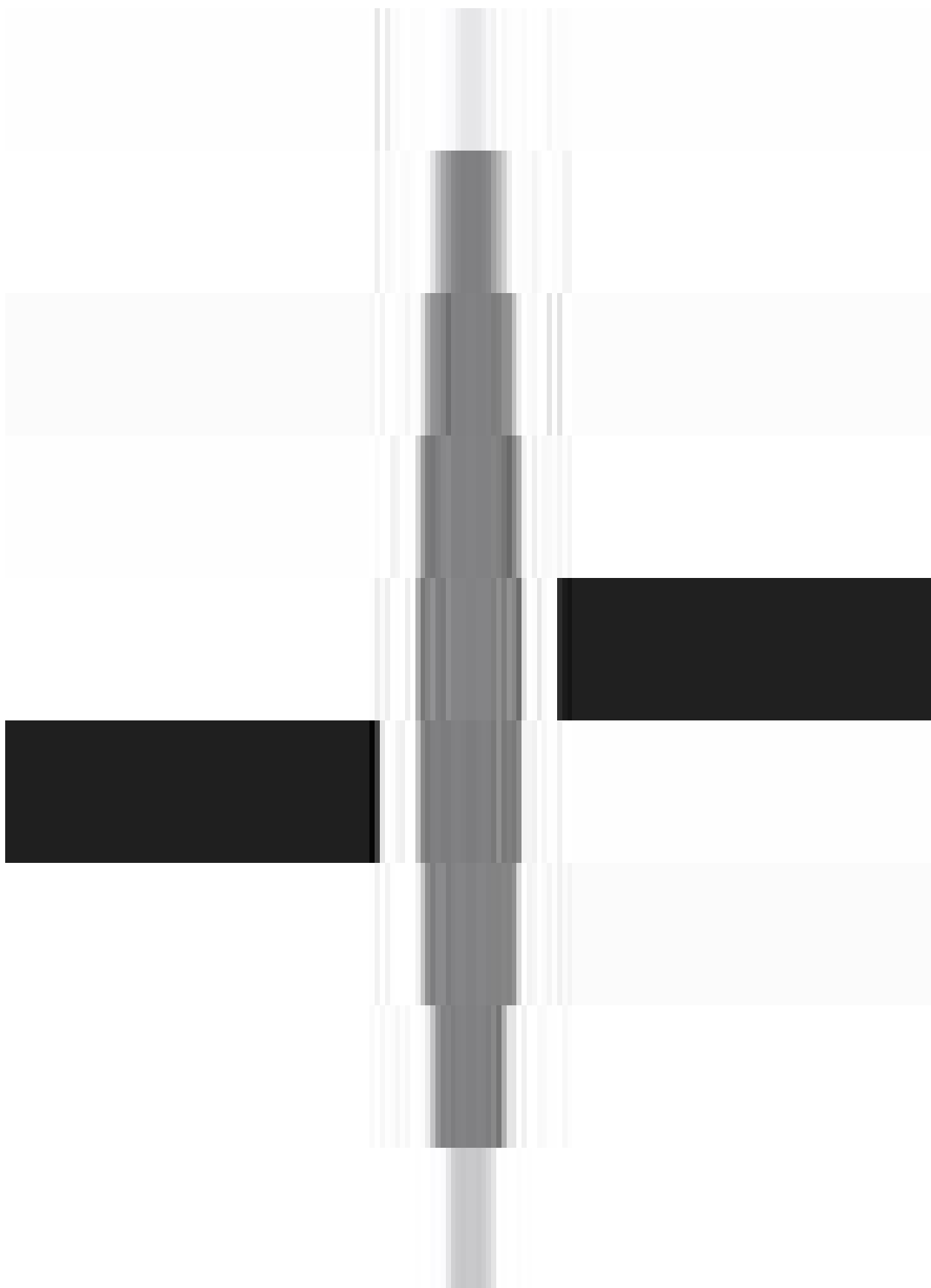
—Antonio Heine Lincoqueo... —susurró casi la madre.

—Su abuela es Mamartita —dijo por fin la muchacha y se quedó mirando a su padre con ojos expectantes.

Martín se puso serio y también se tomó un instante antes de decir algo.

—Bueno... —suspiró resignado—. Espero que cuando la invitemos a comer, se le quite un poco la bronca que me tiene.

Y sonriendo, abrió los brazos para que su mujer y su hija lo abrazaran.



—Dijiste que habías ido a Santiago a arreglar dos cosas —señaló Marichen cuando iban camino a casa.

—Así es —confirmó escuetamente su papá.

—Solo mencionaste una: hablar con el tío Emilio —insistió curiosa la niña—. ¿Cuál fue la otra?

—Esa la sabrás al volver a Santiago. No, en realidad, la sabrás un poco antes de volver a Santiago —explicó enigmático su padre.

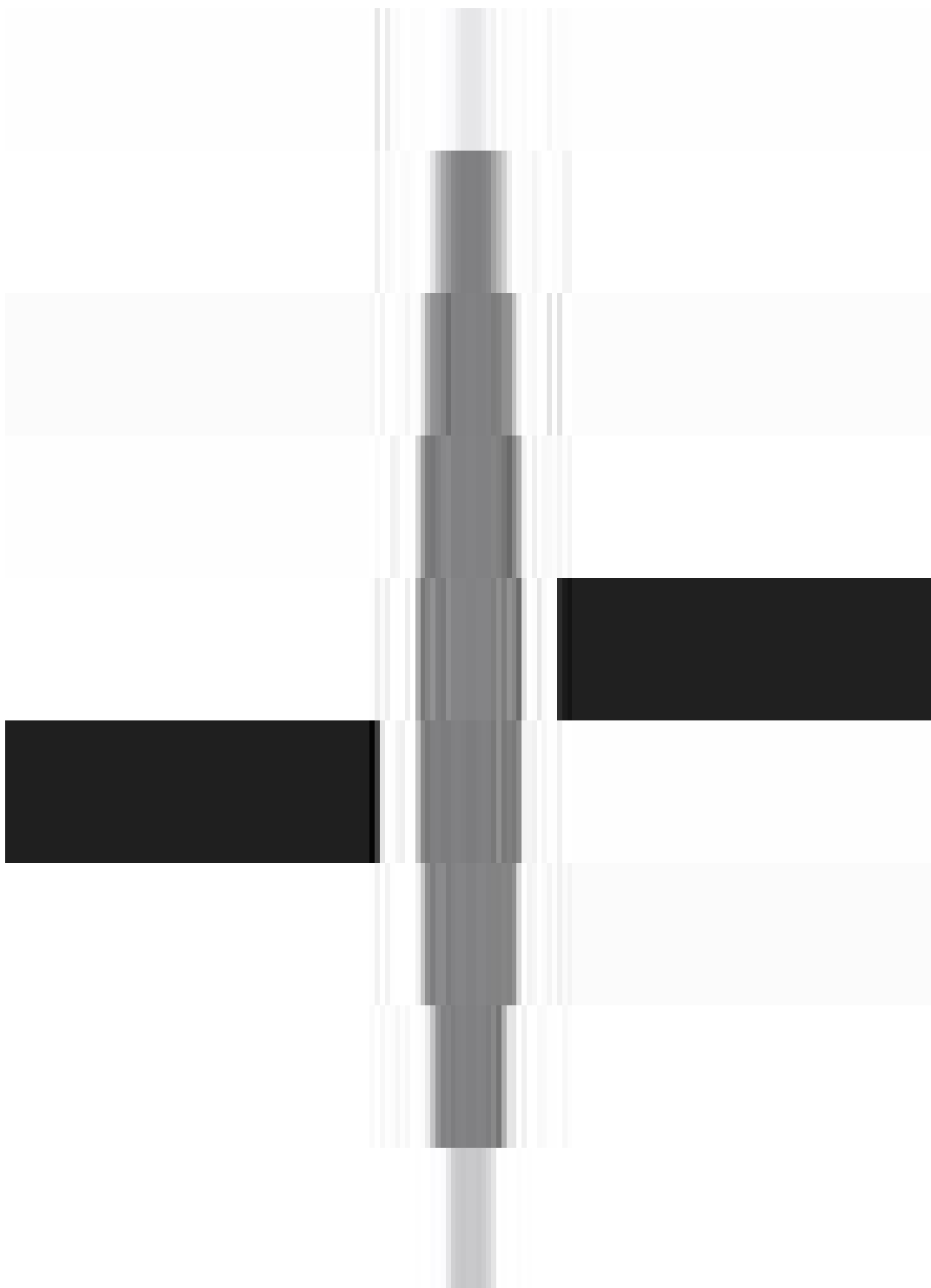
—¿Cuándo? —preguntó ella expectante.

—Cuando tu mamá venga a buscarte —le respondió él sonriendo.

Marichen tardó unos segundos en caer en cuenta de lo que su padre quería decirle.

—¿Mi mamá? ¿Va a venir? ¿Acá? ¡Nooo! —exclamó incrédula, pero feliz.

Y lo abrazó como nunca lo había hecho.



A la mañana siguiente, como todos los días, Rigo se paseaba por el bosque, respirando contento ese aroma del verde que creyó perdido para siempre. Llegó hasta un claro y se sentó sobre un tronco al sol y allí esperó. Al poco rato, un hermoso y robusto ciervo rojo apareció y se le acercó lentamente, hasta colocarse a su alcance. Entonces, Rigo le acarició suavemente el testuz.

Estuvo así un rato, hasta que la voz de Mamartita lo sacó de sus cavilaciones.

—Tú y ese animalito se parecen mucho —dijo la machi, apareciendo por entre los árboles.

El chico y el ciervo volvieron la cabeza para mirarla, pero ninguno pareció sorprenderse con su llegada.

—¿Por qué? —preguntó el niño.

—Ni él ni tú deberían estar aquí —explicó la machi seria—. Pero, a pesar de eso, los dos están y son parte de esta tierra...

—¿Acaso hay que nacer en un lugar para quererlo? —preguntó de nuevo Rigo.

—No, solo hay que vivir en él y... cuidarlo —contestó ella sentándose a su lado.

Guardaron silencio por un minuto completo. Finalmente, sin dejar de acariciar al ciervo, Rigo dijo algo entre dientes.

—¿Qué? —preguntó la machi.

—Marimari, Mamartita... —la saludó el niño sonriéndole.

Ella lo miró y la seriedad de su adusto rostro se quebró al devolverle su sonrisa con otra, al tiempo que le respondía:

—Marimari, hermanito...

Y en el lugar más apartado del mundo, en un valle entre volcanes dormidos, cerros vestidos de bosques como mares verdes y potreros llenos de vacas llenas de leche, la vida siguió apacible, aunque ya no tan igual como antes.

FIN

¹ [Marimari: saludo mapuche.](#)

² [Machi: curandera mapuche.](#)

³ [Meica: de médica. Curandera.](#)

⁴ Lope de Vega: español (1562-1635), autor de más de 1500 obras de teatro, entre ellas, Fuenteovejuna, la más famosa.

⁵ Muchas especies animales han sido introducidas a Chile, provocando un serio desbarajuste ecológico. Entre otras, están el ciervo rojo, el jabalí, el visón y el castor.

⁶ Comuneros: en este caso, grupo de familias mapuches que comparten un territorio común, ya sean praderas para pastura o bosques para recolección de frutos o leña.

⁷ Pichiwentru: (de pichi, “pequeño” y wentru, “hombre”) hombrecito, en mapudungún.

⁸ En Chile, las araucarias y los alerces son especies protegidas por ley; por lo tanto, no se pueden cortar ni explotar de ninguna manera.

⁹ Tucúquere: búho de tonos pardos y líneas blancas, con grandes ojos amarillos, que mide unos 50 cm y habita en las zonas boscosas a lo largo de todo Chile.

¹⁰ Doctor Doolittle: veterinario, personaje de fábula inglesa que tenía el don de hablar con los animales, pero al que todos creían loco.

¹¹Mamëll peñi: “árbol hermano”, en mapudungún.

¹² Kultrún: instrumento de percusión mapuche.

¹³ Kawín: reunión (también fiesta y, por extensión, borrachera).

¹⁴ Ciudades que, según la Biblia, fueron destruidas por Dios, porque sus habitantes cometían los más detestables pecados.

¹⁵ Monito del monte: mamífero marsupial, similar a un ratón trompudo con ojos grandes, sus hábitos son nocturnos y es insectívoro.

¹⁶ Güiña: felino salvaje, del tamaño de un gato doméstico, que habita en las zonas boscosas de Chile.

¹⁷ Nguenechén: divinidad creadora en la mitología mapuche..

¹⁸ Nobleza obliga: se dice esto cuando una persona está obligada a actuar de una determinada manera debido a su trabajo, profesión o declaraciones anteriores.

¹⁹ Pillán: espíritu de un muerto o ser sobrenatural en la mitología mapuche.

²⁰ Palín: vara larga y de madera muy dura, arqueada en uno de sus extremos, con las que los mapuches juegan a la chueca.

²¹ Chingue: mamífero del tamaño de un gato grande, pariente del zorrillo, que, al igual que este, utiliza su orina apestosa como defensa.

²² Quique: mamífero carnívoro, un poco más grande que el chingue, de pelaje gris y negro y una raya blanca desde la frente al cuello. Se caracteriza por su fiereza indómita.

²³ Chacha: papito en mapudungún.

²⁴ Fideicomiso: en este caso, el poder legal para explotar las tierras a su cargo.

■



EL BARCO DE VAPOR

Escrito por Jorge Ibarra

El absurdo Oxi



11

El absurdo Oxi

Las aves de la región han vivido tranquilas, en armonía con la naturaleza, hasta que aparece un excéntrico pájaro verde. Casi no sabe volar, pero lo que sí hace muy bien es hablar... ¡y cuánto! Es el loro Oxi, el más absurdo de los pájaros, que ha perdido a su familia humana y necesita encontrarla para sobrevivir. Ahora, dos intachables halcones y un águila risueña tendrán que ver cómo hacerlo para sacárselo de encima.

Felipe Jordán Jiménez es profesor de Lenguaje. El año 2006 se adjudicó el primer premio en el Concurso de Literatura Infantil El Barco de Vapor realizado en Chile, con su obra Gallito Jazz, también publicada por Ediciones SM en esta colección.



-

■



LA MARCA DE LOS ANIMALES

RECIBIR EL REGISTRO

Los derechos de los animales



LA MARCA DE LOS ANIMALES

Los derechos de los animales

Tal como los niños y los hombres, los animales también tienen sus derechos, los que incluso fueron aprobados por la Unesco. Por eso, el factor común de esta emotiva colección de cuentos radica en la necesidad de protección y resguardo de todas las especies y en la necesidad de que el ser humano las proteja, las ame y las respete.

Héctor Hidalgo, chileno, es un reconocido escritor de obras para niños. Su versatilidad le permite contar historias plenas de fantasía, pero también de profunda humanidad. Es autor de numerosas obras, entre las que destacan La laguna de los coipos y Receta para espantar la tristeza.



-